

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE
VICTORIA OCAMPO

NOVIEMBRE DE 1949

BUENOS AIRES

AÑO XVII

204

THE

AMERICAN

REVIEW

OF

THE

ARTS

AND

LITERATURE

OF

THE

UNITED STATES

OF AMERICA

AND

THE

WEST INDIES

AND

THE

WESTERN ISLANDS

S U M A R I O

V I C E N T E F A T O N E
*LA LEY DEL DÍA Y LA PASIÓN
POR LA NOCHE*

M I G U E L Á N G E L A S T U R I A S
M A C H O J Ó N

H . A . M U R E N A
LA QUIMERA. LA ALEGRÍA

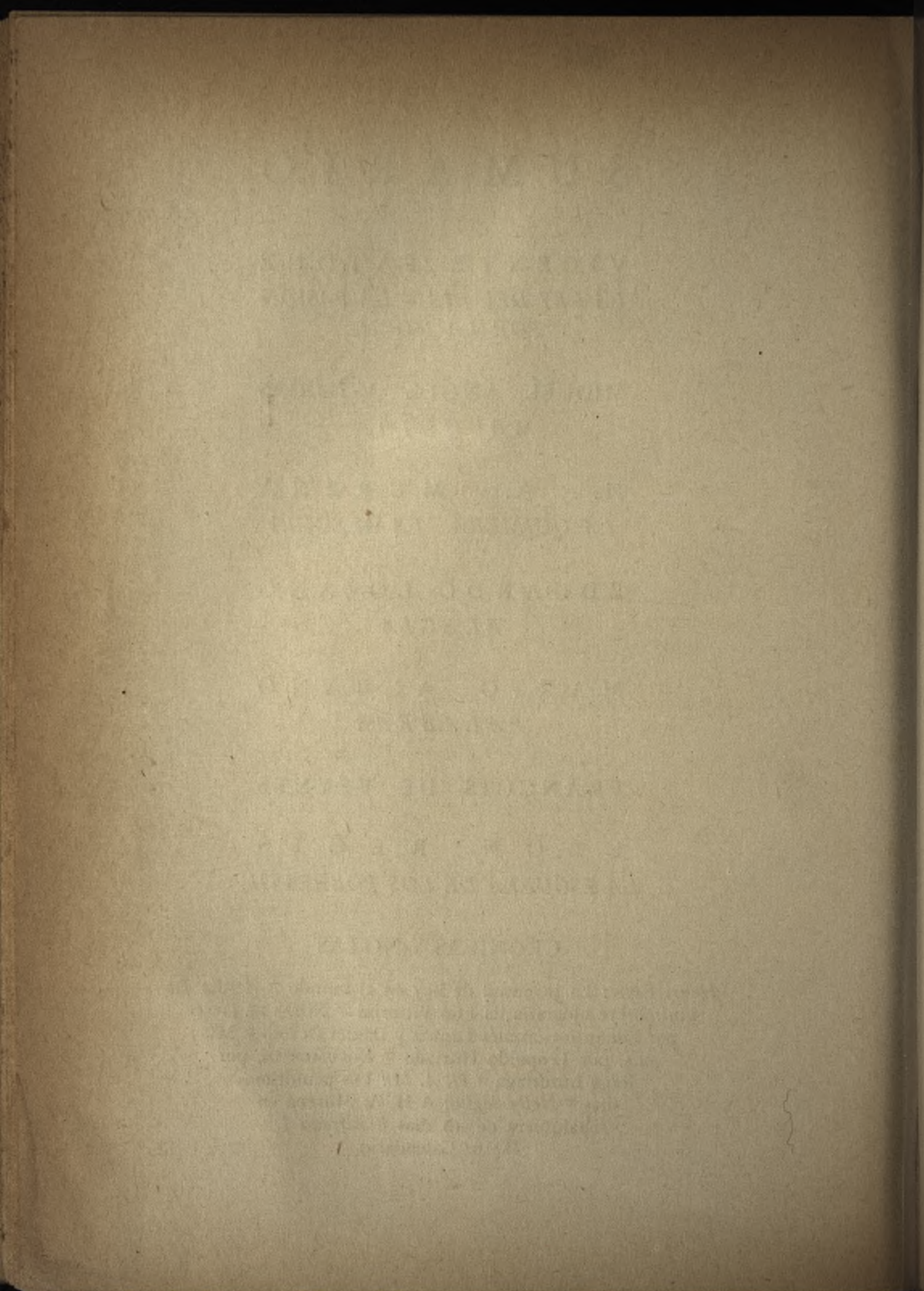
E D U A R D O L O Z A N O
E L E G Í A

M A R I O A L B A N O
P A L A B R A S

F R A N Ç O I S D E V E Y N E S
Y
L É O N R E G I S
LA ESCUELA DE LOS POBRES (II)

CRÓNICAS Y NOTAS

Henri Peyre: La juventud de hoy en el mundo ☆ *Attilio Dabini*: Breve biografía de Elio Vittorini ☆ NOTAS DE LIBROS, por Eduardo González Lanuza y Daniel Devoto ☆ MÚSICA, por Leopoldo Hurtado ☆ DOCUMENTOS, por Jorge Luzuriaga ☆ *H. A. M.*: Los penúltimos días ☆ *Nelly Saglio*: A H. A. Murena en cualquiera de sus días ☆ *Alfredo J. Weiss*: Calendario.



LA LEY DEL DÍA Y LA PASIÓN POR LA NOCHE

Yo he venido a mí mismo de la noche. Quiero, sin embargo, realizarme en el día, construir mi existencia coherentemente, escuchar los dictados de la razón que se sabe o se cree autónoma, imponer orden a esta apariencia de caos, cifrar mi pensamiento y mi conducta en lo claro y lo distinto, disciplinar la diversidad en una trama de relaciones precisas, insertar lo efímero en la serie de un único proceso infinito, convertir lo cotidiano en momento de la historia. Ésta es la ley del día. Necesito, para serle fiel, creer en el tiempo e ignorar la muerte. Hombre del día, hombre lúcido, me negaré a traicionar a la vida, aunque para ello tenga que renegar de la potencia oscura que me gestó no sé cómo ni cuándo y desde la cual he venido a mí mismo. Esa noche amenaza constantemente hundirme en el absurdo, donde ninguna relación es posible, donde toda fórmula carece de sentido, donde no hay misiones que cumplir ni fines que alcanzar. La tierra, la madre, la sangre, la raza, son las fuerzas que quieren arrastrarme al abismo. Necesito liberarme de ellas y de todo vínculo que no alcance a comprender.

Ser un asceta. Ésa sería mi mejor defensa contra la noche. Las fuerzas que me arrastran hacia abajo quedarían anuladas. Pero ¿no me expongo, entonces, a perderme en el puro día de una plenitud abstracta? Liberado de todo vínculo, ¿no reniego de la ley del día, que me exige crear en el tiempo, construir en él? Retrayéndome, ¿no me hundo en la noche? Los ascetas traicionan al día. No creen en el progreso ni en la historia; no creen en las obras del tiempo; no creen en el día al que pretenden permanecer fieles. Los ascetas condenan, por ilusorias, las promesas de la existencia. (Schopenhauer, llorando ante el retrato del fundador de la Trapa y preguntándose si no sería ésa la solución, se abandonaba a las fuerzas oscuras. Los "iluminados", los "sublimes despiertos", los sacerdotes del orden de Melquisedec, sin padre, sin madre, sin genealogía, todos los que se substraen a la existencia en el tiempo, ¿no se entregan, por eso mismo, a la noche?) Si quiero cumplir la ley del día, no puedo buscar la verdad fuera del tiempo, ni la espiritualidad fuera

del mundo. Cuando de esa manera creo reaccionar contra la noche, la estoy sirviendo. En el ascetismo, el día ha dejado de ser para mí la ley: me ha vencido la pasión por la noche, que quiere hallar el ser fuera de la existencia.

La pasión por la noche no necesita, porque es pasión, justificarse: se cierra a cuanto el día quiera mostrarle. Aspira también, como el día, a cumplirse, pero perdiéndose en la familiaridad con la muerte, en el tormento y el misterio. No es ni puede ser una pasión determinada: es la indeterminación misma, la subversión total de la existencia. El día puede sospechar que no lo es todo; pero la noche, ciega, nada sospecha más allá de su caos. El día puede admitir la posible verdad de la noche; la noche está ahí, forzándole a reconocer que sólo no lo es todo, a dudar de sí mismo y hasta a presentir que todo es otra cosa. Yo puedo, como tantos hombres del día, querer ser sólo en la inteligencia, y realizarme a través de ella; pero ahí, en esa pasión de la inteligencia, ¿no está ya la noche que quiero negar? Esa inteligencia me dice que toda construcción sujeta a las normas del tiempo se condena a sí misma: en el tiempo no es posible construir, pues es el tiempo quien lo destruye todo. Al final está el naufragio. Es en vano el esfuerzo. Puedo diferir el término, puedo transmitir el esfuerzo a quienes vendrán, para que ellos a su vez lo transmitan. ¿Hasta cuándo? ¿Postergar, aplazar, durante todo el tiempo que el tiempo nos dé? Sí. Pero, ¿qué postergo y qué aplazo? Yo sé que mi miseria es lo tenaz; sé que los momentos de lucidez son los fugaces; sé que la mayor persistencia está en lo que menos fiel ha sido a la ley del día: sé que la masa es más duradera que yo; que la vida tiene más continuidad que el espíritu; que la materia es más resistente que la vida. Y sé que este tiempo, que todo lo diferencia, todo lo confunde: Aquellas cenizas pueden ser los restos del incendio de Roma o los de la quema de un montón de basuras.

Tengamos coraje, ya que queremos ser hombres fieles a la ley del día. Y preguntémonos, ¿no es el día el gran falsificador? Forzado a iluminarlo todo, ¿no convierte en voces amables los alaridos de la tierra, de la madre, de la sangre, de la raza? Es así como construye sus sistemas éticos, que nos explican por qué hay que venerar a la tierra y a la madre y a la sangre y a la raza. Habla entonces de amor y de deberes. ¿Y no hace de las oscuras fuerzas del Eros motivos racionales de comunicación? ¿no funda en esas fuerzas la dignificación última de la existencia? ¿Tributo de hipocresía? ¿defensa contra la noche? ¿El día confiesa su incapacidad para lograr la plenitud —informe, pero plenitud— de la noche?

¿No podría yo querer realizarme en la noche? Ser una pasión que lo avasalla todo; entregarme a mis impulsos, rebelarme contra toda norma; ser lo que soy y no lo que he de ser, sin remordimientos por lo que destruyo, ávido siempre de novedad, sin nostalgia ni esperanza; ser el gran negador, en la soberbia de mi propia afirmación. Pero también esto es una falsificación de la noche, fraguada por el día. La pasión por la noche no es voluptuosidad del *amor fati*, ni el empecinado "No", ni el abandono al instante. La pasión por la noche tiene que precipitarse en la nada. Un hombre de la noche no puede aspirar a salvarse ni siquiera en la noche, pues toda aspiración responde a la ley del día. La noche tiene que declarar vano e ilusorio cuanto tenga relación con el día: exige anulación del mundo y sólo puede ver en la muerte la liberación del dolor de existir y la disolución de la conciencia desdichada. La pasión por la noche tiene que ser traición absoluta a la existencia. Por eso es indescriptible: toda descripción condiciona la noche al día y se contradice en cuanto quiere ser descripción de la noche. Cuando en nombre de los llamamientos oscuros de la tierra, la madre, la sangre, la raza, se han cometido todos los crímenes, ya no es posible conocer el día. Si se sigue viviendo, se arrastra una existencia obsesionada por la doble traición: haber traicionado al día en la entrega a la pasión por la noche y traicionar ahora a la noche en la impotencia para abandonar el día. La pasión por la noche que ha traicionado toda ley del día exige *ser en la muerte*.

Tal vez la única actitud que pueda acercar a la noche sea el suicidio. Creer estar en la noche y seguir existiendo es renegar de la ley del día pero vivir en ella. A quien pretende estar en la noche puede formularsele esta pregunta: *¿Por qué sigues viviendo?* Por qué sigues viviendo no en abstracto, como si la vida fuese un esquema general dentro del cual cada uno se ubica, sino por qué sigues viviendo ahora, en este instante, y así, minuto a minuto, desde ese ademán con que saludas al amigo que pasa hasta esa sonrisa con que desprecias al enemigo cuyo recuerdo se insinúa en tu imaginación.

La muerte es el límite que la ley del día conoce, y por eso el día tiene que arrojar contra él a quienes sienten pasión por la noche. Yo sigo viviendo. ¿Por qué sigo viviendo? ¿Es la ley del día la que me exige vivir? El seguir viviendo sólo puedo explicármelo a mí mismo si la vida no lo es todo. Sigo viviendo, pero el suicidio es una posibilidad mía; rechazar esa posibilidad es negarme a volver a la noche de que procedo. Suicidándome, traicionaría al día. ¿Es así, efectivamente, o con el suicidio traiciono a la noche que me hizo ser, ya que

no quiero lo que ella quiso? Pero la noche pudo no querer que yo fuese *esto* que soy, aunque quiso que fuese. No en mi ser, sino en *esto* que soy puede estar la traición a la noche. En ese caso el suicidio, cumplido sin el orgullo de quienes desde Plinio vienen viendo en él la señal de nuestra superioridad sobre los dioses, cumplido sin despecho ante la evidencia del fracaso, sería un acto liberador. Pero un suicidio "con toda calma y madura reflexión", ¿puede estar ordenado por la pasión por la noche? Sigue siendo el cumplimiento de la ley del día, aunque ni el mismo Jaspers, que en su *Filosofía* nos habla de estas dos fuerzas, lo haya comprendido. Es lucidez del día, porque es el "coraje de irse con la naturalidad con que se ha venido" y simplemente porque ya todo estaba "maduro" como quiere la imagen romántica que Jaspers repite. ¿Acató la ley del día o se entregó a la pasión por la noche aquel que suicidándose afirmó su total independencia frente al César? ¿Y por qué es cierto que cuantos tienen interés en dominar a los hombres y hacen de éstos instrumentos para satisfacer su pasión por la noche, condenan el suicidio que los deja con un esclavo menos? ¿La pasión por la noche condenando a la pasión por la noche? El suicida que traiciona la ley del día es aquel otro a que se refiere Jaspers: el que procede en forma incondicionada, sin determinarse por tal o cual causa, cerrándose en una noche sin posibilidad de penetración para el extraño ni para el amigo, sin despedidas, sin "motivos", sin justificación. Ni el leopordiano *or poserai per sempre*, ni el abuso de intimidad con el silencio que desconcertó a Valéry en su *entrevista* con Rilke, son la noche. Los himnos *a la noche* se cantan en el día: son un tributo y por lo mismo una traición no al día sino a la noche. Quienes creyeron buscar en la noche un refugio para realizarse, no alcanzaron la noche: la noche no tiene nada que realizar, porque toda realización está sometida a la ley del día. Esto, Jaspers lo ha dicho bien: "los dioses de la embriaguez santifican el olvido de sí mismos".

Hombre del día, naufrago, con mi ley, en la conciencia que tengo de ser culpable por el solo hecho de aceptar un ser que me viene de la noche. Mi culpa es ese ser que no elegí pero que elijo al aceptarlo. Existir es estar sosteniéndose en la noche: la noche de que procedo, la noche adonde voy, la noche que me envuelve. La existencia es tal a condición de naufragar y de perderse, como existencia, en la noche. Es la noche la que entona la letanía: *Morirás...* Y moriré no porque mi existencia sea temporalidad —pues la temporalidad no

es incompatible con la perennidad— sino porque hay en ella una como voluntad de negación que impide cualquier subsistencia. “Para todo lo que es en el tiempo, la última posibilidad es realizarse para naufragar totalmente”. El día tiene que responsabilizarse por lo que no ha elegido ni podido elegir; tiene que acatar el naufragio como la verdad de su naturaleza. La conciencia no es desdichada sólo por su desgarramiento, ni por su extrañarse a sí misma en cada uno de sus momentos. Es desdichada, para Jaspers, por esa su colindancia con la noche —nada más que colindancia, porque la noche es impenetrable: el día que intentase iluminarla se encontraría siempre consigo mismo—. La existencia es limitación; aunque no lo quiera, se sentirá siempre limitada por la noche. En un día que no sospechase a la noche, nadie podría ser él mismo. Por eso el día, que sospecha “lo otro”, y que siente su propia culpa, puede ser disposición generosa, comprensión del “tú”, aceptación, como punto de partida para la lucha, de las situaciones dadas. Pero allí, en el límite, está la noche. Toda tentativa de iluminarla la convierte en día y toda irrupción de la noche en el día, para realizarse allí, convierte el día en noche. Una de dos: “O no soy un iniciado, porque no toqué las puertas de la muerte ni la ley de la noche, o he perdido la vida, pues seguí la noche e infringí la ley del día”. La última palabra —concluye Jaspers— es el medroso respeto mutuo entre el día y la noche.

¿Ésta es la respuesta? Pero... ¿no sabíamos que la respuesta que pretenda romper el silencio “hablará sin decir nada”? ¿No sabíamos que no podemos refugiarnos en ese silencio incapaz de descifrar el misterio? Mi noche, si es noche, ignora que lo es; mi día, si es día, también ignora que lo es: porque no es noche la que tiene sospecha del día, ni día el que tiene sospecha de la noche. Ni el día ni la noche pueden respetar nada. El respeto es el compromiso ambiguo que tal vez adivinó Kant cuando lo definió como “fe racional” y como “sentimiento intelectual”. El día puede sólo tener respeto por sí mismo; no puede respetar, ni contradecir, a la noche. Tiene que negarle, sin más, condición de realidad. Y menos puede ese respeto ser medroso, porque en el día no se da el miedo. El medroso respeto es una entrega a la noche. ¿La última palabra ha de ser dicha, entonces, por la noche?

Pero ¿cómo puede el día tener sólo respeto por sí mismo, si la existencia, precisamente en su fidelidad a la ley que le obliga a construir en el tiempo, consiste en un extrañarse, en un estar fuera de sí, y en una limitación que

como tal denuncia la presencia de "lo otro"? ¿Puedo no estremecerme, entre estos límites, si sé que he de volver a hundirme en la noche de que procedo? Hombre que se ha propuesto tener coraje, soy capaz, sin amor y sin odio, de exaltar mi lucidez hasta llegar a ser filósofo: prepararme a la muerte, como quería Sócrates, o prepararme al naufragio, como quiere Jaspers. Puedo imponer mi propia claridad al mundo y obligarlo a transmutarse en un orden; coherente y racional, mi existencia hará posible esto que llamo mi ciencia, que es, como se ha dicho, una tentativa para ponerse de acuerdo con las cosas, y esto que llamo mi filosofía, que es, como podría decirse, una tentativa para ponerse de acuerdo consigo mismo. Fiel a la ley que impongo y que me impongo, seré un hombre a pleno día y me iré construyendo en el tiempo; y al construirme olvidaré la muerte y el naufragio, que es mi última manera de prepararme para la muerte y de aceptar el naufragio. Puedo desafiarlo todo: las voces de la tierra, de la madre, de la sangre, de la raza. ¿Qué no puedo, si juro ser fiel a la ley del día?

¿Qué no puedo? No puedo dejar de estar en la noche. ¿No es oscura esta misma ley del día? ¿Qué más irracional que la fidelidad? ¿Qué más irracional que la razón misma? ¿Esta pura luz no es la pura tiniebla? La existencia sin amor y sin odio se me convierte en plenitud abstracta; la existencia en el amor y el odio se me convierte en concreción informe. Un poco de amor y un poco de odio me condenarían doblemente, en la traición al día y a la noche; sería el cristianismo "hasta cierto punto" que horrorizaba a Kierkegaard. Un sacerdocio sin amor y sin odio me deshumaniza en la escolástica del rito cumplido a la manera mágica; un sacerdocio con amor y odio me deshumaniza en la contra-escolástica de cualquier misa negra; un poco de amor y un poco de odio me deshumaniza en la vida del... "uomo qualunque". ¿He venido a mí mismo en la noche? No. Porque no he venido a mí mismo. Estoy en la noche. La noche es la potencia oscura que sigue sustentándose.

Pero también esto que yo digo ahora está, como todo lo que dice Jaspers, dicho desde el día. El día se empeña en ver claro, a despecho de la noche. Quiere evidencias, se jacta de sus evidencias, se siente justificado por sus evidencias. Pero la evidencia ¿no es la noche total en que el día se cierra a sí mismo? La claridad sólo es posible *dentro* del día. Ver claro significa renunciar a ver; Pero no hay otra manera de ver. ¿Lo único que puedo hacer es "responder íntegramente de mí mismo, exigirlo todo de mí mismo"? Pero ¿están inspiradas exclusivamente en el día, esas palabras? No puedo hablar así desde

el día, porque una exigencia tal tiene los caracteres de la ciega pasión por la noche; y tampoco puedo hablar así desde la noche, porque la noche no me exige responder de nada. Estoy como obligado a burlarme siempre de mí: si creo asumir mi propio ser en el día, sé que asumo un ser que no elegí; y si quiero renunciar, en la noche, a asumir mi propio ser, elijo un ser sin asumirlo y, por lo mismo, ese ser ya no es mi *propio* ser.

Este tema renovado por Jaspers es tal vez el más antiguo del pensamiento humano. Está en los orígenes de la filosofía occidental y también de la oriental. El día y la noche aparecen, en una "adivinanza" atribuida a uno de los siete sabios, como aquellas extrañas hijas del mismo rey, unas blancas y otras negras, que aunque son mortales nunca mueren; y en otra adivinanza, atribuida a los "sabios" védicos, como las dos hermanas, de rostro diferente, que se amamantan en la misma vaca. Figuración, primero, de la alternancia del día y la noche que se engendran mutuamente, son después las moradas de las diosas ctónicas y los dioses celestes. Desde entonces, hasta Nietzsche o, mejor, hasta Bachofen, había venido repitiéndose el enigma. "La ley del día" y "la pasión por la noche" son una nueva esquematización del contenido de aquellas adivinanzas primitivas. La ley del día intenta describirnos el Olimpo, y la pasión por la noche internarnos en la región de la Magna Mater, de Ge, de Demeter, de Cibele, de Attis, de Adonis, de Dionisos; topográficamente: Asia menor.

Jaspers sabe que está repitiendo el viejo tema. Por ello retrocede a las figuraciones míticas, en busca de corroboración para su antinomia. Junto al día de las divinidades celestes, las divinidades ctónicas fueron como una primera sospecha de la noche. Su mejor expresión es Shiva, "que destruye danzando, y en cuyo rito la pasión por la noche parece dar la conciencia de la verdad". Pero Jaspers ve que aún no hay, en ese doble mundo de fuerzas, la contraposición interna que se da cuando la ley del día sospecha que para sustentarse necesita de la noche. La lucha entre esas fuerzas tiene que ser concebida dentro de un mismo mundo, para que se advierta su carácter antinómico. Las concepciones dualistas relativizan la noche y la condenan, desde el día, simplemente como el mal y la negación, sin reconocer su índole absoluta. En algunas de ellas, que Jaspers hubiera podido recordar, la relativización de la noche se traduce en la promesa hecha a los hombres de la batalla decisiva en que la noche dejará de ser. La figuración mítica última, y en la que más

fuertemente se ha sentido la noche, es la que la declara inextinguible y va a descubrirla en el seno mismo de la divinidad única. Es *la ira de Dios*. Para aplacar esa ira, se recurrió primero al rito mágico; después, a la existencia libre de culpa. Pero toda existencia es culpable, y por ello la noche es absoluta y esa ira de Dios subsiste eternamente.

Hasta aquí, la noche sigue siendo comprensible y, por lo tanto, aún no es la noche. Pero cuando el hombre no encuentra de qué acusarse, como Job, entonces sí esa ira es la noche total, impenetrable. La inocencia obliga al hombre a admitir que ha venido a sí mismo de la noche; le obliga, paradójicamente, a admitir que es culpable. Y cuando el hombre se entrega a la pasión por la noche, es la ira de Dios, la misma que lo creó, la que quiere esa entrega. Pero el hombre no puede *pensar* la ira de Dios. "Ese pensamiento se destroza a sí mismo —concluye Jaspers— y sólo queda la fuerza de la palabra *la ira de Dios*".

¿Es esto todo lo que nos queda? ¿Tendremos que ceder bajo la fuerza de esa palabra? ¿Recurriremos a nuestra Biblia, donde esa palabra se ha multiplicado? ¿Volveremos al "santuario pavoroso", a aquello que no se puede mirar cara a cara, a aquello que "habla desde los torbellinos" y que "sabe envolver en oscuridad, como con envolturas de infancia"? ¿Volveremos a "la presencia espantosa" de Isaías?... ¿Nos propone Jaspers un largo rodeo hacia Jerusalén? ¿Podríamos extrañarnos, si así fuere? También en este tema de la ley del día y la pasión por la noche, su filosofía existencial aspira a ser la mejor teología. Para su ley del día que colinda con la noche, Jaspers hubiera podido encontrar, igualmente, figuraciones y palabras bíblicas. Aquella *sabiduría* que estaba "junto a Él cuando con ley cierta y círculo redondo cercaba los abismos", es el otro pensamiento posible, que no se destroza a sí mismo y que no se resuelve en pura fuerza. Y esa sabiduría es la que obliga, también en la Biblia, a *luchar hasta la madrugada*.

Todos los "existencialistas", y no sólo Jaspers, nos replantean el problema teológico; y casi todos ellos nos hablan de la noche, aunque nadie con la dramaticidad de Jaspers. Aun quienes se declaran ateos, como Sartre, parecen buscar la experiencia de "la noche a plena luz", y hablan empeñosamente de Dios. Heidegger, que ya comienza a decirnos tímidamente lo que cree saber de Dios, nos había hablado, con muy viejo lenguaje, de "la clara noche de la nada". Gabriel Marcel, además de hablarnos de "la noche oscura del cuerpo", insiste en convencernos de que "en el centro está la oscuridad" y no la

luz. Esta es una generación de teólogos —con fe o sin ella, pero teólogos—. Se ha profetizado que el canto de cisne del "existencialismo" será una plegaria. Jaspers, el filósofo de la pasión por la noche, tal vez ya la tenga escrita. Y es fácil, para esa plegaria, formular esta otra profecía: no será dirigida al día ni a la noche, sino a lo que está más allá de toda ley y de toda pasión.

VICENTE FATONE

M A C H O J Ó N

I

Machojón se despidió de su padre, un viejo destrabado del trabajo dende tiempo, y de su madrina, una señora gurrugosa que vivía con su padre y a quien llamaban Vaca Manuela.

—Adiós, tené cuidado por todo y hasta puesito —le gritó el Señor Tomás secamente, sin levantarse del taburete de cuero en que estaba sentado de espaldas a la puerta. Mas cuando oyó que su hijo se alejaba sonajeando las espuelas, encogióse todo él como si se le fuera el calor del cuerpo y con los dedos uñudos se atrancó las lágrimas en los párpados.

La Vaca Manuela abrazó a Machojón mesmo que a un hijo, era su ahijado y su hijastro, le cruzó la cara a bendiciones y le aconsejó que si se casaba fuera buen marido, lo que en pocas palabras quiere decir hombre que no es melcocha ni purga, ni desabrido ni pan dulce.

Y añadió, ya en la puerta tranquera de la casa:

—Vos que has domado más de trescientos machos sabrás tratar a tu mujer por lo seguro. Freno de pelo de ángel, espuelas de refilión y mantillones gruesitos para que no se mate. Ni mucha cincha ni mucho gusto de rienda, que el rigor las estropea y el demasiado mimo las vuelve pajareras.

—Está oído, Señora —contestó Machojón al tiempo de ponerse el sombrero aludo, del tamaño de la plaza de Pisigüilito.

Amigos y rancheros, las caras con tueste de hojaldre, le esperaban para la despedida. A éstos no se les elucidaba del todo por qué el patrón dejaba ir al solúnico a dar fruto en otra parte. Un hombre que le ha visto el ir y venir a la tierra, como el Señor Tomás Machojón, no debía permitir que su hijo se fuera a rodar mundo. Los rancheros se conformaban con decir que no les cuadraba ver irse al Macho, sin pasar de la puerta, mientras los amigos reían con Machojón y le daban sombrerazos.

Machojón iba a la pedimenta de su futura. Una hija de la niña Cheba Reinosá, de los Reinosas de abajo de Sabaneta, en el camino que agarran los

que van a la romería de candelaria. Agua graciosa y quesadilla en las arganas, un pañuelo de yerbia para amarrarse los sentidos, de repente le tocaba dormir en el sereno, y el sombrero oloroso y medio, de aquello que por dende lo dejara en la casa de la novia iba a güeler ocho días. Los amigos lo encaminaron hasta los regadillos de Juan Roseno.

—Y se jué, pue, —gritó uno de los rancheros ya cuando en el plan de la casa grande se borraba, seguido de la comitiva, entre el polvoral, el ladrar de los perros y el movimiento de los caballos, el más macho de los Machojones.

El Señor Tomás humó toda la tarde para disiparse la pena. Después de la muerte de Gaspar Ilóm, los brujos de las luciérnagas subieron al cerro de los sordos y cinco días y cinco noches lloraron con la lengua atravesada con espinas, y el sexto, víspera del día de las maldiciones, guardaron silencio de sangre seca en la boca, y el séptimo día hicieron los augurios.

Una por una reventaban en los oídos del padre de Machojón las maldiciones de los brujos, el día que se fué su hijo, y le sacudió frío.

“Luz de los hijos, luz de las tribus, luz de la prole, ante vuestra faz sea dicho que los conductores del veneno de raíz blanca tengan el pixcoy a la izquierda en sus caminos; que su semilla de girasol sea tierra de muerte en las entrañas de sus mujeres y sus hijas; y que sus descendientes y sus espineros se abracen. Ante vuestra faz sea dicho, ante vuestra faz apagamos en los conductores del veneno blanco y en sus hijos y en sus nietos y en todos sus descendientes, por generaciones de generaciones, la luz de las tribus, la luz de la prole, la luz de los hijos, nosotros, los cabezas amarillas, nosotros cimas del pedernal, moradores de tiendas móviles de piel de venada virgen, aporreadores de tempestades y tambores, que le sacamos al maíz el ojo del colibrí-fuego, ante vuestra faz sea dicho, porque dieron muerte al que había logrado echar el lazo de su palabra al incendio que andaba suelto en las montañas de Illón, llevarlo a su caza y amarrarlo en su casa, para que no acabara con los árboles trabajando a favor de los maiceros negociantes y medieros.”

El Señor Tomás sintió la brasa del cigarrillo de tuza entre las yemas de sus dedos. Un gusanillo de ceniza que su tos de viejo dispersó. De los ranchos llegaban las voces de los vaqueros que cantaban con voz ronca, melódica y como al tanteo al cambiar la tonada. La Vaca Manuela estaría dándoles de beber a la salud de Machojón.

El Señor Tomás suspiró. Era alta, fuerte, buena, sana, limpia la Vaca Manuela. Pero como las mulas. La maldición se iba cumpliendo. El pixcoy en

los caminos del lado zurdo siempre, machorra la Vaca Manuela, sólo faltaba que la centella de los brujos de las luciérnagas le cayera a su hijo. Los vaqueros seguían cantando, ratos al pulso, ratos con guitarra. Si les hablara. Pues tal vez sí. Si les dijera que pesaba sobre Machojón el ahuízote del cerro de los sordos. Pues tal vez que les hablaba. Si los mandara a regresar a su hijo.

El Señor Tomás se dirigió a la puerta, le colgaban las nalgas de viejo, y por detrás de la casa, sin que ninguno lo viera, ensilló un macho que estaba botando el pelo y se echó al camino.

De lejos lo seguía la canción ranchera. El sonsonete. La letra tan sentida por el que la cantaba. ¿Quién la cantaba?

*Hay un lirio
que el tiempo lo consume
y hay una fuente
que lo hace verdecer...
Tú eres el lirio
y dame tu perfume,
yo soy la fuente
y déjame correr...
Hay un ave
que gime noche y día
y hay un ángel
que la viene a consolar...
Tú eres el ángel,
mi bien amada mía,
yo soy el ave
y vénme a consolar.*

—¿Tan tarde y a dónde, Señor Tomás? —salió a gritarle el dueño de los regadillos que llamaban de Juan Rosendo.

El Señor Tomás detuvo la cabalgadura y se confió al amigo que lo había atajado. Un resto de hombre apenas visible en la oscuridad.

—Voy en seguimiento de Machojón, ¿no me lo vido pasar? o de una mujer para tener otro hijo...

El resto de hombre de los regadillos de Juan Rosendo, se acercó al Señor Tomás.

—Pues si por mujer va ir lejos, mejor apéyese de la bestia que por aquí abundan...

Ambos rieron. Luego aquel informó al viejo:

—Don Macho pasó dende temprano. Ni adiós me dijo. Después supe que iba a pedir la mano de una hija de la Cheba Reinoso. Pa qué quiere usté más hijos, Señor Tomás, con el ñeterío que va a tener...

Al Señor Tomás se le frunció la cara. Le helaba la nariz un sollozo. Su hijo no tendría hijos. Salpicón hicieron con los machetes a los brujos de las luciérnagas en el cerro de los sordos, sin embargo de los pedazos de sus cuerpos, de las rasgaduras de sus ropas manchadas de sangre, de sus caras de tecolotes, de sus lenguas en pico seguía saliendo entera, entera, entera la maldición. El filo de los machetes no pudo hacer pedazos la maldición.

—No lo piense mucho, Señor Tomás, apéyese y se arriesga a comer un bocadito aquí con nosotros. Mañana será otro día.

La casa olorosa a miel de morro en los regadillos de Juan Rosendo, las voces de las mujeres, el peso de su cadena de oro y su reloj de plata en el chaleco de jerga, los zapatos que le atrancaban los dedos, la comida en platos blancos, abundante y bien vestida de rábanos y lechugas, el agua fresca en los porrones y bajo la mesa una de perros perigüños, de niños que gateaban y de piernas tibias. El Señor Tomás se olvidó del cerro de los sordos, del pixcoy a la izquierda en los caminos, y de su hijo. Machojón era hombre y las de él no pasaban de ser chocheras, corazonadas de viejo que por la edad de todo se apocaba.

El río de gente que bajaba por estos caminos para la romería de candelaria, se había secado. Cruces adornadas con flores de papel descolorido, nombres escritos con las puntas de carbón de los ocotes, en las piedras, cenizas de fuegos apagados bajo la sombra de los amates, estacas para persongas, playitas de restos de tazol y tuza. No quedaba más de los peregrinos que año con año pasaban acompañados de los izotales floreando en procesión de candelas blancas.

El más macho de los Machojones bajó para este Febrero por estos caminos en la crecida de gente de la romería, vísperas de candelaria, cuando el caudal de los feligreses procedentes de lejos aumentaba con los riachuelos de gente comarcana que por otros caminos salía al camino real. Luceros, cohetes, alabados. Loas, limosneros, crianderas, perros, patojos chillones y hombres y mujeres con sombreros de chichitas amarillas en toquilla de paxte, bordón en la

mano y a la espalda el bastimento, la tuja y las candelas resguardadas en caña de castilla.

Y bajó con su novia, la Candelaria Reinosá, descalza ella, calzado él, ella chapuda, blanquita y él trigueño prieto, ella con hoyuelos de nance en las mejillas y él con bigotes pitudos, caídos de lado y lado de la boca, ella con olor a toma de agua y el hediondo a pixtón y a chivo, ella mordiendo una hojita de romero y él humando su tamagaz con los ojos haraganes de contento, tardo el oído y apocado el tacto para empozarse el gusto de tenerla cerca.

Gentíal. Chalerío. Flores de candelaria. Rosarios de rapaduritas cruzados como cananas de balas de dulces sobre los pechos mozos. Las figuritas de los güipiles hechas de bulto con azúcar de colores en las cajetas de antojos de colación. El pan de maxtate con ajonjolín.

Machojón recordaba que había tenido que desatar muchas veces el nudo del pañuelo en que llevaba los reales, para irle mercando de todas estas chucherías y agrados a la Candelaria Reinosá. De los hombros del jinete a los herrajes del macho en que iba montado a la pedimenta de su novia, era una sola masa de sombra la que trotaba por los llanos. Dos estrellas llevaba el macho cerca de los ijares, temblando al compás de su trotar, en los sentidos, que son los ijares del pensamiento. Pero no eran estrellas, sino luciérnagas, espuelitas de luz verdosa, gordezuelas como choreques.

Una mancha de chapulín con fuego, se dijo Machojón, y agachó la cabeza para esconder la cara de aquella lluvia de insectos luminosos. Las luciérnagas le golpeaban el sombrero de petate, encasquetado hasta las orejas, igual que si le lloviera granizo de oro con alas. El macho resoplaba como fuelle en herrería para abrirse paso entre el chisperío que iba en aumento. Machojón echó de ver que el pixcoy volaba a su izquierda y se santiguó con la mano en que llevaba la rienda.

¡Urrr... pixcoy... urrr! Triste eco de las chachajinas. Hostigoso vuelo descuadrado de los pájaros en la luz de hueso de muerte de las luciérnagas, semejantes a nubes de langostas. Sin arrimo el aullido de los coyotes. Agujeante el canto de los guácharos. Las liebres a saltos. Los venados de serrín de luna en la lumbre rala.

Machojón tanteó el chisperío volador. Seguía en aumento. Iba que ni palo gacho para defender la cara. Pero ya le dolía el pescuezo. El macho, la albarda, la zalea, las arganas en que llevaba los presentes para la Candelaria Reinosá se quemaban sin despedir llama, humo ni olor a chamusquina. Del sombrero

le chorreó tras las orejas, por el cuello de la camisa bordada, sobre los hombros, por las mangas de la chaqueta, por los empeines velludos de las manos, entre los dedos, como sudor helado el brillo pabiloso de las luciérnagas, luz de principio de mundo, claridad en que se veía todo sin forma cierta.

Machojón untado de lumbre con agua sintió que le temblaba la quijada como herradura floja. Pero el sangolotearse de sus manos era peor. Se enderezó para ver de frente con la cara destapada al enemigo que lo estaba luciando y un riendazo de fuego blanco lo cegó. Le clavó las espuelas al macho con toda la fuerza y agarró aviada, mientras no lo apearan, incrustado en la albarda, a tientas.

Mientras no lo apearan seguiría siendo una luminaria del cielo. De los hormigueros salían las tinieblas.

II

La Vaca Manuela, los amigos de los regadillos de Juan Rosendo, los hermanos de la Candelaria la Reinosá, el Alcalde de Pisigüilito, todos juntos para tener valor.

El Señor Tomás cerró los ojos cuando le dijeron que Machojón había desaparecido. Se quedó como machucado. Sin decir palabra se desangraba por dentro.

Muchas veces se restregó el pañuelo en las narices chatas, la Vaca Manuela, con los ojos hinchados de llorar. El Alcalde de Pisigüilito deshacía como arenitas en el piso de ladrillo con la punta del zapato. Alguien sacó un manojo de cigarros de doblador y humaron.

—Se lo tragó la tierra —dijo el Alcalde con la vaz tanteada para no herir mucho al Señor Tomás, agregando mientras soltaba todo el humo del cigarro oloroso a higo, por la nariz: —Por buscarlo no quedó dónde buscarlo, donde se pudiera decir aquí no lo buscamos, hasta bajo las piedras, y en los barrancos no se diga, visto que fuimos rastreando hasta ver atrás de la cascada que queda por las manos de los pajonales de piedra blanca.

—El consuelo es que se haya ido a rodar mundo —terció un hermano de la Candelaria Reinosá—; conocí un hombre que andaba rodando tierra, medio desnudo, con el pelo largo como mujer y barba, comía sal como el ganado y despertaba a cada rato, porque hasta dormido uno debe sentirse ajeno a la

tierra en que está echado cuando no es su tierra, y no se debe hallar el sueño descansado de cuando se acuesta uno en su mera patria, donde puede quedarse dormido de fijo, cuerpeando pa siempre la tierra onde lo han de enterrar.

—Inoficiosidades son todas esas que están hablando —cortó el Señor Tomás—; a mi hijo lo mampuestearon y hay que ver onde prende zopilotería o jiede a muerto, para levantar el cadáver.

—Es la opinión del Coronel Chalo Godoy —adujo el Alcalde moviendo como autoridad que era la vara de borlas negras en la mano derecha y no sin cobrar cierto aplomo de palabra al mentar el nombre del Jefe de la Expedicionaria en campaña: —Mandé un correo propio desde Pisigüilito hasta donde él está para que le dieran parte de lo sucedido con Machojón, y él me mandó recaudo sobre que se tuviera mucho cuidado porque la guerra con los indios sigue.

—Sigue y seguirá —remachó el Señor Tomás, cortado en su palabra por la Vaca Manuela que ahogando sollozos en su pañuelo, entredijo:

—¡Ay!, del ¡ay, Dios del alma!...

—Sigue y seguirá pero ya no con nosotros. Los Machojones se acabaron. Se acabó la guerra para los Machojones. Mijo, el Macho, pa que vean ustedes, fué el último de los Machojones, el mero último... —y con la voz que se le hacía carne y hueso en la ternilla de la nariz, entre sollozo y moco de lágrima, añadió: —Se acabó la semilla, caparon a los machos, porque uno de los machos, no se portó como macho, por eso se acabaron los Machojones.

En un cuero de res extendido en el corredor se oía caer el maíz que con un shilote desgranaba un muchacho janano. El shilote hacía en el mazorca lo que la máquina de rapar en su cabeza, cuando lo pelaba su pagrino, el Señor Tomás. El maíz desgranado sonaba al caer en el cuero, entre el gruñir de los coches y los aspavientos de las gallinas espantadas a gritos por el janano que mostraba los dientes por el labio rasgado:

—Ñingado coche... gallina...

La Vaca Manuela salió a callar al janano y la casa quedó en silencio, como deshabitada. Los amigos, los hermanos de la Candelaria Reinosá, el Alcalde fueron saliendo, sin despedirse del Señor Tomás que se chupaba las lágrimas, sentado en su butaca de cuero, de espaldas a la puerta.

Con la mano del corazón agarrada a un chorizo y el cuchillo con que iba a cortarlo de una sarta de chorizos, en la derecha, se quedó Candelaria Reinosá en el corredorcito de su casa que daba al camino, donde, cada vez que mata-

ban sus hermanos, se improvisaba, sobre un mostrador de cañas, un expendio de carne de coche.

Otras partes del animal lucían desangrándose en un mecate tendido de horcón a horcón, la frita en una marqueta y manteca en un bote de lata.

El muchacho al que Candelaria Reinosá despachaba el chorizo, se quedó mirando que no lo cortaba por ponerle asunto a una mujer que le hablaba desde el camino. La cara negra, el pelo enmarañado y la ropa mantecosa de la mujer contrastaban con sus dientes blancos como la manteca.

—Sí, niña, los que salieron a quemar, quien se lo dice a usted, vieron entre las llamas a Don Macho montado; dicen que dicen que eiba con vestido de oro. El sombrero, la chaqueta, la albarda, hasta las herraduras de la bestia doradas. Una preciosidad. Por lo riendoso dicen que dicen que lo conocieron. Ya se acuerda usted cómo era cuando andaba a caballo. Merecía. ¡Qué hombre para ser hombre, María Santísima!... Hace dos días fui a ponérselo en conocimiento a la Señora Vaca Manuela, pero me echó juerte. Sólo a usted, me dijo, le puede caber en la cabeza que Machojón se aparezca donde queman el monte pa sembrar méiz. Ansina es que me dijo. Esas son bolencias de aguardiente, encomiéndose a Dios. Y más que seyan, niña, pero yo también salí al monte y vide al finado Machojón entre las llamas, entre las humazones de la roza. Adiós, nos dijo con el sombrero en la mano y le metió las espuelas al macho. Todo de oro. Y ésa fué barrida. El fuego lo seguía como chucho lanudo haciéndole fiestas con la cola del humo.

—Y eso, ¿aquí cerca? —preguntó Candelaria Reinosá, sin cortar el chorizo que le había pedido el muchacho, pálida, con los labios blancos como hojitas de flor de izote.

—Pues le sé decir que lejos. Pero después le he visto aquí cerca. Para los muertos no hay cerca ni lejos, niña. Y se lo vine a contar pa ver de hacerle una oración, porque el finado era persona que a usted, pues quizás entuavía no le indifiere.

El filo del cuchillo que tenía en la mano del corazón trozó la pita mantecosa de la sarta de chorizos. En una tira de hoja de plátano se la despachó al muchacho que esperaba con una moneda de cobre en la mano.

El color del camino de tierra blanca, finísima como ceniza que el aire levantaba a veces en nubes cegadoras, era el color de la niña Candelaria Reinosá, desde que desapareció Machojón.

Si no veía por otros ojos que los del Macho ¿por qué veía ahora sin sus

ojos? Su gusto de mujer sola, el domingo, era pasarse el día con los párpados cerrados a la orilla del camino y abrirlos de repente, cuando, después de oír a distancia pasos de caballerías, éstas se acercaban, con la remota esperanza de que en una de tantas fuera Machojón, ya que, como decían otros, puede que se haya ido a rodar tierra, a pasar a caballo por todos los caminos del mundo.

—Dios se lo pague, siempre estuvo bueno que me lo dijera —contestó a la mujer, después de recibir la moneda de manos del chico que se alejó de la improvisada venta de carne de coche levantando una gran polvareda, seguido de un chucho, y se entró a su casa, hasta que otra voz dijo: —¡Ave María! ¿No hay quién despache?...

La mujer aquella había desaparecido del camino, con su pelo alborotado, su traje negro, sucio, y sus dientes blancos como la manteca. Con una paleta larga despachó Candelaria Reinosá media libra de los dientes de aquella mujer fantasma, en la manteca blanca, y un poco de chicharrón. En la romana de canastillos puso de un lado la pesa ajustada con postas de escopeta y en el otro, sobre hoja de plátano, la manteca. Y como la compradora era algo su conocido, le contó, mientras escogía los chicharrones, que Machojón estaba apareciéndose donde quemaban para sembrar, montado en su macho, todo de oro, desde la copa del sombrero, hasta las herraduras de la bestia. Y viera que dicen que se ve regalán, como ver al Apóstol Santiago.

La compradora acogió el relato ensalivando un chicharrón, antes de mascararlo y como es peligroso llevarles la contra en lo que dicen a los que están chiflados o enamorados, le respondió que sí con la cabeza, sin abrir los labios.

En lo empinado de un monte ardían las rejoyas, mientras iba cayendo la tarde. Era una vena azul de cielo y eso hacía que se viera el fuego de la roza color de sol. Candelaria Reinosá cerró los ojos en el corredorcito de su venta de marrano. El camino terminó por borrarse esa tarde como todas las tardes, no del todo. Los caminos de tierra blanca son como los huesos de los caminos que mueren en su actividad por la noche. No se borran. Se ven. Son caminos que han perdido lo vivo de su carne que es el paso por ellos de las romerías, de los rebaños, de los ganados, de los marchantes, de los patachos, de las carretas, de los de a caballo, y se quedan insepultos para que por ellos pasen las ánimas en pena, los que andan rodando tierra, los cupos, la montada, los príncipes cristianos, los reyes de las barajas, los santos de las letanías, la escolta, los presos amarrados, los espíritus malignos.

Cerró los ojos Candelaria Reinosá y soñó o vido que de lo alto del cerro

en que estaban quemando bajaba Machojón en su macho cerrero, las arganas con agua graciosa y quesadilla y el sombrero oloroso y medio que se lo dejaba en las rodillas, para que el cuerpo lo güeliera ocho días.

III

Los mozos le entraban al huatal a machetazos, para romper la continuidad de la vegetación montés con espacios hasta de tres brazadas, en los que de consabido se detenía el fuego de la quema. Las rondas, como llamaban a estos espacios pelados, se miraban como fajas de enormes poleas tendidas de cerro a cerro, de un campo a otro, entre la vegetación condenada a las llamas y la que sólo asistiría con pavor de testigo al incendio.

El Señor Tomás Machojón no paraba en su casa, interesado en las rozas de los terrenos que sin mucho hablar cedía a los medieros para siembras de maíz, desde que supo que su hijo se aparecía en lo mejor de las quemas, montado en su macho, todo de oro, de luna de oro la chaqueta, de luna de oro el sombrero, de lo mismo la camisa, de lo mismo los zapatos, los estribos de la albarda, las espuelas como estrellas y los ojos como soles.

En sus dos piernas flojas, lampiño, pañoso, arrugado, con un cigarrito de tuza en la mano o en la boca, iba y venía el Señor Tomás como tacuazín averiguando quiénes iban a pegar fuego, dónde y cuándo a fin de estar él presente entre los que salían a cuidar el llamerío en las rondas, listos para apagar con ramas las chispas que el aire volaba sobre los espacios pelados, por ser riesgoso, si no se apagaban las chispas, que prendiera todo el monte.

Los ojos bolsonudos del Señor Tomás temblaban como los de un animal caído en la trampa, al resplandor de los fuegos que se regaban en revueltos ríos de oro enloquecido por la sopladera del viento, entre los chiriviscales, las pinadas y los demás palos. El fuego es como el agua cuando se derrama. No hay quien lo ataje. La espuma es el humo del agua y el humo es la espuma del fuego.

La humazón borraba por ratos al Señor Tomás. No se veía ni el bulto del anciano padre que buscaba a su hijo entre los resplandores del fuego. Como si se hubiera quemado. Pero en el mismo sitio o en otro, cercano o distante, resultaba parado viendo fijamente el fuego, la cara tostada por la

brasa del incendio, las pestañas y el pelo canches de los chamuscones, sudando a medianoche en las amanesqueras, igual que si le hicieran zahumerios.

El Señor Tomás volvía a su casa con el alba y se embrocaba a beber agua en la pila en que bebían las bestias. El líquido cristal reflejaba su cara huesosa, sus ojos hinchados y enrojecidos de ver fuego y sus pómulos, y la punta de su nariz, y el mentón de la barba, y sus orejas, y sus ropas, negros de tizne.

La Vaca Manuela lo recibía siempre con la misma pregunta:

—¿Viste algo, tata?

Y el Señor Tomás, después de frotarse los dientes con un dedo y soltar la buchada de agua fresca con que se enjuagaba, movía la cabeza de un lado a otro.

—¿Y los otros lo ven, tata?

—¿Lo vidieron?, les pregunto yo todas las mañanas. Y me contestan que sí. El único que no lo ve soy yo. Es puro castigo. Haberse uno prestado... Mejor me hubiera bebido yo el veneno... Vos fuiste la mal corazón... El Gaspar era mi amigo... ¿Qué daño, defender la tierra de que estos jodidos maiceros la quemen?... ¡Güeno que venadeó un putal!... Salpicón hicieron a los brujos y ni por eso: la maldición se cumple. Hasta el janano lo vido anoche. ¡Ñi, es él, me decía, Ño Maño-on!... Y pegaba de saltos señalándomelo entre las llamas y gritando: ¡Ñorado! ¡Ñorado! ¡Todo ñorado! Yo por más que abrí los ojos, por más que me chamusqué la cara, por más que tragué humo, sólo vide el fuego, el cáir de los árboles por cientos, la humazón lechosa, la lumbrada baldía...

El viejo se tumbaba en su butaca y un rato después, vencida la cabeza sobre el pecho o abandonada para atrás en el respaldo del mueble, se quedaba dormido, como escapado de un incendio, mugroso de hollín, hediondo a pelo quemado y en la ropa agujeros negros, traza de las chispas que le habían volado encima y que los mozos le apagaban a ramazos, con puños de tierra, o con agua de sus tecomates.

Fué un verdadero alivio que pasara la época de quemar para las siembras. El Señor Tomás se dedicó a ver las cositas de la hacienda: hubo que herrar unas novillas, cambiar algunos pilares a la casa, apadrinar algunos bautizos y echarle sus gritos a tiempo al lucero del alba, para que no se lerdeara.

El agua de las primeras lluvias los agarró sembrando a todos. Se había quemado en vicio y la mano no andaba. Tierras nuevitas, puras vírgenes, en las que daba gusto ver cómo se iba el azadón. La milpa va altear luego y

lindamente, se repetían unos a otros, mientras sembraban. Si hoy no salimos de pobres, bueno, pues no hay cuando. Y babosos que fueron al principio echándole a la contrariedad con el viejo chocho. Ellos que no veían al Macho entre las llamas, porque en realidad no lo veían, y el viejo porfiándoles que sí y dándoles tierras para que quemaran bosque y bosque. El buen corazón les hizo mover la cabeza afirmativamente y ése fué el hule: el viejo se les pegó a verlos quemar, les dió licencia para fueguear sin lástima ni medida donde no había entrado hombre y desentendiéndose de ellos al último, sin medirles las cuerdas, sin cerrar ningún trato. Siembren, es que les dijo, y después arreglamos cuentas.

Machojón, según decir de esta nube de maiceros, paseaba entre las llamas y el humear de las rozas, como el torito después que arde la pólvora, vestido de puntintos de oro, de lucecitas titilantes, la cara de imagen, los ojos de vidrio, el ala del sombrero levantada de adelante, y decían que suspiraba, que por las puntitas de las espuelas le salía el suspiro lloroso, casi palabra.

A un maicero llamándose Tiburcio Mena lo corrieron del campamento, porque de pie los andaba amenazando con irle a soplar al señor Tomás que se estaban burlando de él, que no miraban más de lo que él miraba o sea una preciosidad de palos convertidos en antorchas de oro, tizón de sangre y penacho de humo.

Pablo Pirir se le enfrentó a Tiburcio Mena, con el machete pelado en la mano y en el retozo del pleito es que le dijo:

—Ve, mierda, ahuecá el lugar entre nosotros, porque si no aquí no más te jeteas con la tierra.

El Tiburcio Mena se puso color de apazote, sudó feo y esa misma noche recogió sus cosas del campamento y desapareció. Mejor ido que muerto. Pablo Pirir ya debía tres muertes, y evitar no es cobardía.

Lo salado fué sentarse a que lloviera. Las nubes gateaban sobre los cerros y la oscurana del agua, verdosa allá arriba, porque no hay que hacerlo, lo verde cae del cielo, alabanciaba la tierra, pero no caía. Amagaba el agua y no más. Los hombres gastados los ojos de mirar por encima de los cerros, empezaron a ver pal suelo, como chuchos que buscan güeso, en la aflicción de adivinar al través de la tierra si no se habría secado la semilla. Hasta se habló entre ellos de castigo de Dios por haber engañado al viejo Machojón. Y hasta pensaron bajar a la casa grande y arrodillarse ante el señor Tomás a pedirle perdón; con tal que lloviera, a esclarecerle una vez por todas que ellos no

habían visto al Machojón en las quemas y si le habían dicho así, era para no contrariarlo y para que les diera buenas tierras en que sembrar. El viejo, si le hablamos, nos quitará la mitad de la fanega. De perderlo todo a perder la mitad.. Mientras lo tengamos agraviado no llueve y si pasan más días se echará a perder todo. Así decían. Así hablaban.

La lluvia los agarró dormidos, envueltos en sus ponchos como momias. Al principio les pareció que soñaban. De tanto desear el agua la soñaban. Pero estaban despiertos, con los ojos abiertos en la oscuridad, oyendo los riendazos del cielo, la bravencia de los truenos y ya no se pudieron dormir, porque les tardaba el día para ver sus tierras mojadas. Los chuchos se entraron a los ranchos. El agua también se entró a los ranchos, como chucho por su casa. Las mujeres se les juntaron. Hasta dormidas le tenían miedo a la tempestad y al rayo.

El agradecimiento debe oler, si algún huele tiene, a tierra mojada. Ellos sentían el pecho hinchado de agradecimiento y cada rato decían de pensada: "Dios se lo pague a Dios". Los hombres cuando han sembrado y no llueve se van poniendo lisos, las mujeres les sufren en mal carácter, y por eso qué alegre sonaba en los oídos de las mujeres medio dormidas el aguaje que estaba cayendo en grande. El pellejo de sus chiches del mismo color que la tierra llovida. Lo negro del pezón. La humedad del pezón con leche. Pesaba la chiche para dar de mamar como la tierra mojada. Si, la tierra era un gran pezón, un enorme seno al que estaban pegados todos los peones con hambre de cosecha, de leche con de verdad sabor a leche de mujer, a lo que saben las cañas de la nilpa mordeíndoselas tiernitas. Si llueve, ya se ve, hay filosofía. Si no, hay pleito. Una bendición de siembras. Lo parejito que puntearon con los primeros aguaceros. Algo nunca visto. Sesenta fanegas iba a sacar cada quien. Ar cálculo, sesenta. Tal vez más. Nunca menos. Y el frijol, cómo no se iba a dar bien si allí se daba silvestre, con la semilla que trujeron. De fama la semilla que trujeron. Y ayote va haber que es gusto. Hasta para botar. Y tal vez que siembren la segunda. Chambones si no aprovechan ahora. Probado estaba que Dios no les tomó a mal que engañaran al viejo. Engañar al rico es la ley del pobre. La prueba era el invierno tan regüeno. Ni pedido expofeso. Pues, hombre. Cuando aemos elotes. Así decían, creyendo que tardaría el tiempo, y hoy ya los estaban asandito a fuego manso, porque arrebatado no sirve. ¡Pa mi, está pura riata este tunquito, mi compañero!, dijo con los dientes

sucios de granos de maíz tierno soasado, Pablo Pirir, el que hizo cambiar de estaca al Tiburcio Mena.

El sol con mal de ojo, chelón. Cuestaba un triunfo que se medio orearan los trapitos. Pero eso qué portaba. Nada. Y en cambio el llover parejo significaba mucho. Lujo de agua que alentaba la risa de los que solo sabían reír con los dientes de las mazorcas una vez al año.

—¿Qué hay por ay, vos, Gatocho?

—De hablar, dicis, vos... Hay nada. Que el señor Tomás siguió trastornado, que se doblaron a unos maiceros delanteando de Pisigüillito, por el Corral de los Tránsitos, y salió la montada a echarle plomo a los indios de Ilom. Unos Tecún, parecen los cabecillas; pero no se sabe.

—Y el precio de maíz, indagaste.

—Está escaso. Hora vale.

—¿Onde lo igeron?

—Fuide en varias partes a preguntar si tenían méiz y a cómo daban.

—Eso si estuvo bueno, porque así supiste. Sos un fletado, vos, fulano. El todo está en que el méiz tenga su precio este año. Yo voa esperar que esté puro caro para vender el mío y así te aconsejo, porque cosecha como ésta una vez en la vida y más que se repitiera, cosecha en la que no vamos a ir pórlos con el señor Tomás Machojón no hay seguido, porque a los ricos jamás se les miltomateya el sentido.

—En los llanos de Juan Rosendo, bía fiesta.

—Cuentá qué fiesta bía. De pie andaban rumbiando esas gentes. Son famosas sus fiestas.

—No supe. Nada más vide que estaban boqueando unas de sanchomo y el culebreo de las mujeres que bailaban con jonógrafo, que lo aventajan para allá, que lo aventajan para acá.

—Y vos, bravo.

—Si ni me apie de la bestia.

—Pero hombre, haberte arrimado pa que te dieran un trago. No indagaste, pues.

—Tal vez celebración del bautizo. A quien vide allí jué a la niña Candelaria Reinosá, la prometida de Don Macho. Esta algo desmandada, pero es bonita, yo la quisiera pa mi.

—Pues si el méiz se vende caro, te la concedo. A un rico no se le dice

que no. Vos con reales en la bolsa y un par de guarazos entre pecho y espalda, la convencés en seguida.

—¿Se te hace?

—Apostaría mi cabeza.

—Lo malo es que dicen que hizo promesa de no casarse, de serle fiel al dijunto amor.

—Pero es mujer, y entre la piedra de moler y la mano de la piedra de moler, quebranta muchos maicitos todos los días, para hacerles las tortillas a sus hermanos, y en una de tantas esa promesa del difunto que vos decís, cae entre los maicitos cocidos, y la quebranta.

Entre las milpas que a toda priesa echaban mazorcas aparecieron unos muñecos de trapos viejos que cruxificaron la alegría maicera de los pájaros y las palomas rastrojeras. Las piedras de las hondas de pita zumbaban al cortar el aire filudo en el silencio tostado de los maizales en sazón, entre las parvadas de torditos, clarineros, sanates y cuachochos que venían a buscar granos para sus buches y sus nidos.

El janano trajo al viejo a que viera los espantajos. El señor Tomás Machojón, llevado de la mano por el muchacho, recorría el milperio solo por reírse como un bobo de los muñecos de trapo, saludado de lejos por los maiceros desconfiados.

Algo andaba haciendo el viejo. Casual que por ver los espantajos anduviera ronciando los maizales. Quizás midía las fanegas con la vista, al mirujeo, o por pasos, a la paseada. Tantos pasos, tantas cuerdas, de tantas cuerdas, tantas fanegas, la mitad por él. Ellos que ya habían consentido en no darle la mitad de la troje.

El viejo conversaba a pujiditos con el janano, a quien preguntaba qué significado tenían aquellos judas milperos, sin cara, sin pies, algunos hechos con sólo el sombrero y la chaqueta.

—¡Ñecos! —le gritaba el janano mostrando sus dientes por el labio hendido, como si su risa de niño la hubieran partido de una cuchillada para siempre.

—Hueléle el fundillo...

—¡Chis, ñascol!

—¿Cómo crees que se llama este sombrero? —le preguntó el viejo con cierta intención.

El janano agarró una piedra y se la tiró al muñeco que por su sombrero grande parecía un mexicano.

—No digo que se llama... —dudó el chico, su labio leporino tuvo una contracción de pez al que se arranca el anzuelo, pero ante la necedad del viejo, soltó lo que pensaba—, ño digo que se ñama, Maño-ón.

En la rajadura del labio, sus incisivos como dos enormes mocos adelantaron un filo de risa fría.

El señor Tomás se le quedó prendido de la cara, mirándolo. Al respirar el pobre viejo, se chupaba los cachetes salados de tanto pasarles por encima el llanto. Ya no tenía muelas. Sólo las encías claveteadas de raigones. Y en las encías se le pegaba por dentro el pellejo de la boca en cuanto se disgustaba o afligía. Los locos y los niños hablan con la verdad. El Machojón de oro, para estas gentes sencillas, se había vuelto un espantapájaros. Dos palcs en cruz, un sombrero viejo, una chaqueta sin botones, y un pantalón con una pierna completa y la otra cortada en la rodilla a razgones.

El janano lo ayudó a levantarse de la piedra en que se había sentado y regresaron de noche hasta la casa grande haciéndose los quites de los sarespinos que de día parecen tener escondidos los shutes, como tigres, y sacarlos al oscurecer para herir al que pasa.

—Ya por aquí doblaron —dijo el viejo.

A la luz de la tarde amarillona se notaba un repentino cambio en la estatura de las matas de maíz, erguidas antes y ahora todas tronchadas a la mitad, dobladas para que acabaran de secar bien.

—Mañana van a seguir doblando... —añadió el señor Tomás, pero la palabra "doblando", que dijo en el sentido maicero de doblar la milpa, le hizo recordar, al oírla, el eco de las campanas que doblan a muerto en el pueblo, hasta dejar zonza a la gente. Tilán-tilón, tilán-tilón, tilón, tilón, tilón.

Se detuvo, volvió a ver a su espalda varias veces para reconocer el camino y suspiró antes de repetir con mala intención:

—Mañana van a seguir doblando...

La mano del que violentamente quiebra la mata de maíz, para que la mazorca acabe de sazonar, es como la mano que parte en dos el sonido de la campana, para que madure el muerto.

El viejo no durmió. La vaca Manuela vino sin hacer el menor ruido hasta la puerta del cuarto del Machojón, a donde el señor Tomás había pasado su cama, y como no viera luz, acercó el oído. La respiración, fingi-

damente tranquila del viejo, llenaba la pieza. Hizo la cruz con la mano y le echó la bendición a la oscurana en que dormía su hombre: "Jesús y María Santísima, me lo acompañen y libren de todo mal", dijo entre dientes, y se fué a su cuarto. Al acostarse buscó una toalla para taparse la cara, por si las ratas le pasaban encima. Estaba tan abandonada la casa, desde la desaparición de Machojón, que las ratas, las cucarachas, las chinches, las arañas, vivían en familia con ellos. Apagó el candil. A la mano de Dios y la Santa Trinidad. El ronquido gangoso del janano y las carreras de las ratas, verdaderas personas por el ruido que hacían si arrastraban muebles, fué lo último que oyó.

Un bulto con espuelas, gran sombrero y chaqueta guayabera salió del cuarto de Machojón. No era tan alto como el Macho, pero sí la pegaba, si podía pasar por él. En la caballeriza ensilló una bestia y... arriba. La cabalgadura apenas hizo ruido al salir, guiada por unos bordos de llano que orillaban el patio empedrado. Sin parar, como una sombra del difunto, paseó por los regadillos de Juan Rosendo, por las calles de Pisigintilo, donde ahora vivía la Candelaria Reinosá. Aquí oyó voces. Allá vió bultos. Que vieran, que oyeran. Luego se internó en los maizales secos y les pegó fuego. Ni un loco. El mechero del señor Tomás estornudaba chispas al dar la piedra de rayo con el eslabón. ¡Aaaa... chis... pas! Y no para prender el cigarro de tuza que llevaba en la boca apagado, sino para que agarrara llama el milperío. Y no por mal corazón, sino para pasear entre las llamas montado en el macho y que lo creyeran Machojón. Se manoteó la cara, el sombrero, las ropas apagándose las chispas que le saltaban encima, mientras otras volaban a prenderse como ojitos de perdiz a las ropas de seco sol y seca luna, seca sal y seca estrella de almidón con oro de los maizales. En las barbas de las mazorcas, en las axilas polvosas de las hojas y las cañas amoratadas, al madurar, en la sed de las raíces terrosas, en las flores, baldíos banderines escarabajados de insectos, el fuego nacido de las chispas iba soltando llama. El rocío nocturno despertó luchando por atrapar en sus redes de perlas de agua, las moscas de luz que caían del chispero. Despertó con todas las articulaciones dormidas en ángulos de sombra y echó sus redes de trementina de plata llorosa sobre las chispas que ya eran llamas de pequeños fuegos que se iban comunicando a nuevos focos de combustión violenta, fuera de toda estrategia, en la más hábil táctica de escaramuzas. En la hojarasca sanguinolenta por el resplandor del llamerío, ligosa de niebla, caliente de humo, se oían caer

las gotas del agua nocturnal con perforantes sonidos de patas de llovizna hasta el hueso de las cañas muertas, revestidas de telas porosas que tronaban como pólvora seca. Una luciérnaga inmensa, del inmenso tamaño de los llanos y los cerros, del tamaño de todo lo pintado con milpa tostada, ya para tapizar. El señor Tomás detenía el macho para verse las manos doradas, las ropas doradas, como dicen que se veía Machojón. Ya todo el cielo era una soía llama. Abalanzamiento del fuego que no respeta cerco ni puerta. Árboles que se hacían reverencias para caer abrasados sobre la vegetación boscosa que resistía, en medio del calor sofocante, el avance del incendio. Otros que ardían como antorchas de plumas en total olvido de que eran vegetales. Poblados de tantos pájaros eran pájaros, y ahora pájaros de plumas brillantes, azules, blancas, rojas, verdes, amarillas. De las tierras sedientas brotaban chorros de hormigas para combatir la claridad del incendio. Pero era inútil la tiniebla que salía de la tierra en forma de hormiga. No se apaga lo que ya está prendido. Cañas, centellas, dientes de maíz en mazorca contra dientes de maíz en mazorca, a las mordidas. Y como hilos de suturas que saltaran en pedazos, las culebras. Tumores ichintalosos de guisquillares. Ayotales de flores secas. Monte enjuto de flores amarillas. Frijolares en camino de la olla y la manteca al calor del fuego, de los aspavientos del fuego en la cocina. Y decir que era el mismo, el manso amigo de los tetuntes, el que andaba ahora suelto, como toro bravo entre la humazón. El Señor Tomás iba y venía sobre la desobediencia del macho cerrero y ojiblanco, por donde lo llevaba el macho, sin guardarse la piedra de rayo, insignificancia de la que saltó, no más grande que el ojo de un maíz, la chispa del relámpago regado por el suelo tortreado de los campos planos, por los cauces bejuqueros de las quebraditas y los trepones de las montañas afines a las nubes. Oro vivo, oro pólen, oro atmósfera que subía al fresco corazón del cielo desde el brasero iujurioso que iba dejando en las tierras sembradas de maizales, cueros de lagartos rojos. Por algo había sido él y no otro el que chamuscó las orejas de tuza de los conejos amarillos son las hojas de maíz que forman envoltorio a las mazorcas. Por eso son sagradas. Son las protectoras de la leche del elote, el seminal contento de los azulejos de pico negro, largo y plumaje azul profundo. Por algo había sido él y no otro el hombre maldito que condujo por oscuro mandato de su mala suerte, las raíces del veneno blanco hasta el aguardiente de la traición, líquido que desde siempre ha sido helado y poco móvil, como si guardara en su espejo de claridad la más negra traición al hombre.

Porque el hombre bebe oscuridad en la clara luz del aguardiente, líquido luminoso que al tragarse embarra todo de negro, viste de luto por dentro. El Señor Tomás que desde que desapareció Machojón, muerto, huído, quién sabe, se había vuelto como de musgo, apocado, sin voluntad, sin gana de nada, era esta noche un puro alambre que le agarraba la juventud al aire. La cabeza erguida bajo el sombrero grande, el cuerpo hasta la cintura como en corsé de estacas, las piernas en el vacío hasta lo firme de cada estribo, y las espuelas hablándole al macho en idioma telegráfico de estrella. La respiración mantiene el incendio de la sangre que se apaga en las venas, cavidades con hormigas de donde sale la noche que envuelve al que muere en la traición más oscura. La muerte es la traición oscura del aguardiente de la vida. Sólo el viejo parecía ir viviendo ya sin respirar, de una pieza de oro jinete y cabalgadura, como el mismo Machojón. Lo atenazaba el sudor. Le llenaba el humo las narices y la boca. Lo ahogaban con estiércol. Y una visión totopostosa, rajadiza atmósfera sofocante, lo cegaba. Sólo veía las llamas que se escabullían igual que orejas de conejos amarillos, por pares, por cientos, por canastadas de conejos amarillos, huyendo del incendio, bestia redonda que no tenía más que cara, sin cuello, la cara pegada a la tierra, rodando; bestia de cara de piel de ojo irritado, entre las pobladas cejas y las pobladas barbas del humo. Las orejas de los conejos amarillos pasaban sin apagarse por los esteros arenosos de aguas profundas, huyendo del incendio que extendía su piel de ojo pavoroso, piel sin tacto, piel que consume lo palpable al sólo verlo, lo que habría sido imposible desgastar en siglos. Por las manotadas de las llamas felpudas, doradas al rojo, pasaban los jaguares vestidos de ojos. El incendio se enjagua con jaguares vestidos de ojos. Babosidad de luna seca, estéril como la ceniza, como la maldición de los brujos de las luciérnagas en el cerro de los sordos. Costó que los maiceros, después de abrir rondas aquí y allá, improvisadamente, con riesgo de sus vidas, ayudados por sus mujeres, por sus hijos pequeños, se convencieran que era inútil querer atajar la quemazón de todo. Se convencían sí, al caer por tierra exhaustos, revolcándose en el sudor que los chorreaba, que les quemaba las fibras erectas de sus músculos calientes de rabia contra la fatalidad, sin explicarse bien lo que bien veían medio tumbados, tumbados a ratos y a ratos resucitados para luchar con el fuego. Las mujeres se mordían las trenzas, mientras les rodaba por las mejillas de pixton pellizcado a las más viejas, el llanto. Los chicos desnudos se rascaban la cabeza, se rascaban la palomita clavados en las puertas de los

ranchos, entre los chuchos que ladraban en vano. El fuego agarraba ya el bosque y se iba encendiendo la montaña. Todo empezaba a navegar en el humo. Pronto agarrarían mecha los maizales del otro lado de la quebrada. En la cima se veían los bultitos humanos recortados en negro contra la viva carne del cielo, batallando por salvar esos otros maizales, destruyendo parte de las tostadas milpas, barriendo con ellas, sin dejar en las brechas más que la pura tierra. Pero no les dió tiempo. El fuego trepó y bajó corriendo. Muchos no pudieron escapar, cegados por la lumbre violenta o chamuscados de los pies, y las llamas los devoraron sin grito, sin alarido, porque el humo se encargaba de taparlas la boca con su pañuelo asfixiante. Ya no hubo quien defendiera los cañales de la hacienda. Los cuadrilleros que llegaron de los regadillos de Juan Rosendo no se arriesgaron. El aire está en contra, decían, y con sus palas y sus picas y azadones en las manos, contemplaban alelados la chamuscazón de cuanto había: caña, milpa, bosque, monte, palos. De Pisi-güilito llegó la montada. Sólo hombres valientes. Pero ni se apearon. A saber quién jugó con fuego, dijo el que hacía de jefe, y la Vaca Manuela que cerca, envuelta en un pañoloncito de lana, le contestó: El Coronel Godoy, su jefe, fué el que jugó con fuego, al mandarnos a mi marido y a mí a envenenar al Gaspar Ilóm, el varón impávido que había logrado echarle el lazo al fuego que andaba suelto en las montañas, llevarlo a su casa y amarraron a su puerta, para que no saliera a hacer perjuicio. Se lo voy a decir a mi Coronel, para que se lo repita usted en su cara, respondió el otro. Si tuviera cara, la Vaca Manuela le arrebató la palabra, estaría aquí frente al fuego, ayudándonos a combatir la desgracia que nos trujo por el favor que le hicimos. El muy valeroso cree que estando lejos va a salvarse de la maldición de los brujos de las luciérnagas. Pero se equivoca. Antes de la séptima roza, antes de cumplirse las siete rozas, serán tizón, tizón como ese árbol, tizón como la tierra toda de Ilóm que arderá hasta que no quede más que la piedra pelada, veces por culpa de las quemas, veces por incendios misteriosos. Lo cierto es que los bosques desaparecerán, convertidos en nubes de humo y sábanas de ceniza. El que hacía de jefe de la montada le echó el caballo encima a la Vaca Manuela y la tumbó. Los cuadrilleros intervinieron en favor de la patrona. Machetes, máuseres, caballos, hombre a la luz del incendio. Los cuadrilleros se cogían con los dientes la manga zurda de la camisa al sentirse heridos por las balas de los máuseres y las rasgaban para atajarse la sangre con los trapos. Ya también ellos habían logrado apearse a machetazos a dos

jinetes, pero eran como catorce, contados así al vistazo. Los maizales que no habían agarrado fuego, tronaban con sólo el calor de la inmensa hoguera, antes de prender, y ya encendidos, seguían remedando el martilleo de los máuseres. Los machetes al vuelo de una mano a otra, pasaban, brillantes, rojos por lo colorada que teñía los caballos de los jinetes heridos y empezaba a formar pocitos de sangre en el suelo. Las gentes son como tamales envueltos en ropa. Se les sale lo colorado. El bagazo seco del incendio que seguía rodando con su cara de ojo inflamado a la velocidad del viento, les empezó a secar la boca. Pero seguían peleando. Los heridos pisoteados por las bestias. Los muertos como espantajos de maizal caídos, ya agarrando fuego. Seguían peleando los cuadrilleros con los de la montada sin fijarse que el incendio los había ido cercando en una parte algo elevada del terreno. La casa de la hacienda, las caballerizas, las trojes, los palomares, todo estaba en llamas. Bestias y animales huían despavoridos hacia el campo. El fuego se había volado el posteo de los cercos que rodeaban la casa. Las alambradas con las púas rojas, se garapiñaban, algunas pegadas a los postes hechos tizones, otras ya libres de la grampa. ¿Cuántos hombres quedaban? ¿Cuántos caballos? La lucha entre autoridad y cuadrilleros cambió de pronto. Ni autoridad ni cuadrilleros. Los máuseres sin tiros y los machetes rotos, así se disputaban hombres con hombres los caballos para escapar de morir quemados. Las culatas de las armas, los machetes doblados, pero sobre todo las uñas y los dientes, los brazos que se enroscaban como piales alrededor del cuerpo, del cuello de los rivales, las rodillas cuyas chiquezuelas se hacen punta para golpear, para rematar. Poco a poco, todos aquellos hombres feroces en medio de un mar de fuego, fueron desplomándose, unos definitivamente, otros revolcándose del dolor de las quemaduras o los golpes, otros derrotados por el cansancio, con una cólera fría en los ojos, viendo los caballos que se abrían paso al través de las sábanas de fuego, para ponerse a salvo, sin jinetes, bestias de humo con crines de oro que tampoco alcanzaron la segura orilla. Las piernas flacas quemadas en un fustán de ceniza, la cabeza sin orejas con algún mechón de pelo, también ceniza, y las uñas abarquilladas, fué todo lo que se pudo levantar del suelo en que cayó la Vaca Manuela Machojón¹.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS.

¹ De la novela en prensa *Hombres de maíz*. (Editorial Losada.)

L A Q U I M E R A

Entonces basta un simple desencuentro
para suscitar en la ciudad habitual
la quimera:

cada imagen de mujer lejana
es polvo de esperanzas
que la cercanía, oh, muy súbitamente,
va quemando y traduce
en secreta ceniza,
en el humo de un pavor dulce
en el que empiezo a girar.

Entonces,
mientras la gran majada de la noche
desde lejos avanza,
cuando el sol empieza a mezclarse
con la tierra como un moribundo
que lo da ya todo,
se mezcla también con mis ojos
de tan singular manera en esos días
que tu pelo veneciano,
en las mujeres, en las hojas,
en el ardor nostálgico de los cielos,
reluce,
brilla en las piedras perdidas,
en las almas que como maderos
de un gran naufragio cruzan,
seres que así yo amo,
cosas infinitamente oscuras que comprendo,
porque tu pelo las envuelve,
porque la luz de tu pelo

es la malla que ahora cubre
mi mundo de esta larga ciudad.

Entonces, cuando llegas,
más grave y cálida que todo delirio,
y despierto,
pienso
que esa alquimia, ese sueño,
que siempre acontece,
es inevitable, es justo,
porque eres tú quien deja
el perfume más fuerte en esta soledad.

L A A L E G R Í A

Mientras el sol rueda en el poniente
como la cabeza de un dios degollado
que la ascendente traición de la noche acoge,
en esta hora,
en esta hora en que las lejanías y los espacios
se hunden hondamente en mis pupilas,
convocando en ellas las luces
de pérdidas tan duras,
de esa ausencia de la eternidad que falta
y que sin embargo está como tortura,
se agolpa en mi garganta
la pregunta definitiva,
y me golpea,
pero acepto su golpe y no la pronuncio
y a veces entiendo y sube a mis pupilas
la dramática, incomprensible alegría del hombre.

H. A. MURENA

E L E G Í A

1 Navíos van
nutridos por el hambre,
caja de viento aspira
nublados tan abiertos.

Cocean tres caballos para ti
grumo de acecho;
de sal, de carcomidas
estevas te fecundan.

Duerme la piedra viva
el ollejo paterno.

Cerrado lienzo del ayer
tregua con hilos esta lumbre,
mueve astro su pico.

2 Hoy este amor abunda
ciegamente.

Habíteme la turba;
dejadme lirio, apaga
esta cena de muerte.

Sígueme, sombra alada
con tu belfo natal,
ojuelo de las aves,
capullo que en el aire se cobija.

Admítame en tu soplo, no haya herida
que mi desvelo ciña,
refúgiame sin más en rudo vientre,
cántame junto a ti.

- 3 Contra hueso la ausencia
calles atrás, espiga hacia los años
con su oro de amor, castas esferas
van de piedra hasta muro.

¿A quién lloran, a quién
no concilian las llamas tan plañidas?

- 4 Pueda llevarte mirador
alto nivel de olas
en la llana comarca.

Arreos de la noche
naciendo flor en cuello marejaban;
tanta vez y dolor
con su grey de silencio,
con la palabra a fondo
y juntos que se aman.

Me lleve morador, duélame carmen
si algún azadón es, quede en la rosa,
en el seno suceda alto camino.

- 5 Antiguamente a ti, señor
para hallar una cava más profunda.

Corva siniestra del amor.

Oh, la grama del tiempo
mira las horas, cuenta
estas aguas que fluyen dentro
el aire.

EDUARDO LOZANO

P A L A B R A S

Porque tan sólo las palabras habrán de justificarnos,
como nos dice el Libro; y en su distante reinado permanecerán
el olvido, el desdén, la verdad y la gracia.

Pasarán tus días sobre otros días, por ringleras de años,
y tu maduro corazón llegará a diversas pasiones
acercándose a nombres ajenos, a miradas ajenas
como el orante a las verjas de renovados templos;
y tu memoria olvidará la voz por la que tu alma
se apaciguó en los umbrales de una mañana, cuando el tiempo
corría circular y magnífico como una vela en el agua;
y alacres horas del invierno, y marcas silenciosas en tu rostro
pasarán, y con ellas el terror se desvanecerá como un vuelo,
o volverás a las pequeñas moradas del gemido...

Pero tus palabras seguirán diciendo; y cada acento
vivirá desde ti, en un apartado camino, rigiéndote,
guardando un pacto, esperando.

Cada palabra que has pronunciado ha escogido un refugio
y allí espera; y tú mismo esperas, y dura promesa tuya
es la voz que un día, con sosiego o con ira, incrédulo o creyente,
has esparcido desde tu aliento.

No hay olvidos para esta memoria, no hay olvidos. Y el pecado
o el mérito no son otra cosa que un rosario de palabras
a través del tiempo que has tenido; una sangre
que devuelve las veces que el instante en ti ha nacido
con agobiado rencor o con radiante alegría.

Así, las palabras
ofrendadas sin pausa a las cosas, a tu Dios,
son la más clara redención; y todo cuanto has escrito
con piedad, con paciencia, con exultación, con amor,
es la obra cierta que rescata tu duda, y la duda
aún no salvada de otros hombres.

Nacerás al amor con palabras; borrarás el pasado con palabras...

Escucha: esta voz,

esta voz que acoges, como múltiple llama,

ahora en ti, creciendo en tu gesto, en tus signos,

es el milagro más alto, armoniosamente desplegado

desde el ardido fondo de ti mismo;

y es también la lealtad a tu sueño, y la humildad en tu templo,

y la presentida Gracia donde alguna vez

el incesante augurio del hombre, ya en las cosas.

redimido,

ascenderá a las cúpulas del júbilo.

MARIO ALBANO

LA ESCUELA DE LOS POBRES

ACTO SEGUNDO ¹

La misma decoración. Una mesa tendida para el almuerzo. Al levantarse el telón, VALENTINA y SUSANA terminan de poner los cubiertos. Entra GONZALO.

GONZALO. — Valentina, Susana, ¿habéis terminado? ¿Está todo en orden? ¿Habéis dispuesto todo bien? Son las doce y veinticinco, el profesor llegará de un momento a otro.

VALENTINA. — Sí.

GONZALO. — ¿Habéis seguido sus instrucciones?

VALENTINA. — Sí.

GONZALO. — ¿Está todo listo?

VALENTINA. — Sí.

GONZALO. — ¿No habéis olvidado nada?

VALENTINA. — ¡Por favor, Gonzalo! Cuando he decidido hacer una cosa, la hago seriamente. Bien lo sabes.

GONZALO. — Sí, sí... ¿Los criados?

VALENTINA. — Les he dado salida.

GONZALO. — Bueno... ¿El almuerzo?

VALENTINA. — Lo hemos preparado nosotras mismas.

GONZALO. — Bueno.

SUSANA. — Tranquilízate, papá. ¡Tranquilízate, comeremos muy mal!

VALENTINA. — ¡Susana!

SUSANA. — ¿En qué quedamos? ¡Es el programa!

GONZALO. — Hija mía, no hagas la viva. ¿Es que yo hago el vivo?

SUSANA. — No, papá, no lo haces.

GONZALO. — Hija mía, esto puede ser muy bueno para ti.

SUSANA. — ¿Almorzar mal?

¹ Véase el primer acto en nuestro número anterior.

VALENTINA. — No, pero sí pensar en cosas serias.

GONZALO. — Exactamente. Y deberías apreciar los nuevos sacrificios que hacemos por ti.

SUSANA. — Siempre que os dais un capricho, decís: ¡es por Susana!

GONZALO. — Cállate. Tienes una ocasión única de instruirte. ¡Aprovéchala!

SUSANA. — Bien, papá.

GONZALO. — Más tarde, hija mía, nos lo agradecerás. (*A VALENTINA*): Has puesto mantel... ¿Hacía falta poner mantel?

VALENTINA. — Es un mantel todo zurcido.

GONZALO. — Ah, bueno.

VALENTINA. — Y he puesto los cubiertos de alpaca. Los de la cocina.

GONZALO. — Bien... ¡Lllaman! ¡Es él! ¡Ve a abrir, Susana!

SUSANA. — A propósito, no me lo habéis dicho: ¿es que soy la criada o la señorita de la casa?

GONZALO. — ¡No arruines todo! ¡Ve a abrir!

SUSANA *sale*.

GONZALO (*examinando a VALENTINA*). — ¿No estarás demasiado elegante?... No... Puede pasar.

SUSANA *introduce a PALMIRO*.

VALENTINA. — ¡Aquí llegó!

GONZALO. — ¡Sí, es él!

VALENTINA. — ¡Buen día, señor!

GONZALO. — ¡Buen día, señor!

VALENTINA. — ¿Cómo está usted?

GONZALO. — ¿Está usted bien?

PALMIRO *los mira*.

VALENTINA. — Por favor...

GONZALO. — Sí, por favor...

PALMIRO. — ¡No!... ¡Reverencias, no! ¡Sencillez, mucha sencillez!... Y soltura, mucha soltura en la penuria... Los pobres no deben tener nada de advenedizos... Recíbanme sin ceremonias... (*GONZALO y VALENTINA no saben qué actitud tomar.*)... pero cordialmente... No... No está a punto... Hay algo que corregir... Tomen nota, por favor, de que debemos ensayar este recibimiento en una lección próxima.

GONZALO. — Bien.

PALMIRO. — Pero veamos el almuerzo. ¿Está listo?

VALENTINA. — ¡Pero sí! Ahí está la mesa.

PALMIRO. — ¿Ah? (*Examina la mesa.*) Sí...

GONZALO. — ¿Qué le parece?

PALMIRO. — No está mal... No está mal... Hay aplicación... un loable cuidado de exactitud... Hasta diría que cierto estilo... Pero...

VALENTINA. — ¿Pero qué?

PALMIRO. — ¿Y la flor?

GONZALO. — ¿Qué flor?

PALMIRO. — ¡La flor de la costurerita! ¡La nota de poesía! La flor... (*Se acerca a un florero.*) No tan hermosa como ésta, por supuesto. (*Corta una flor y la coloca sobre la mesa.*) Así... Nunca olviden ustedes la nota de poesía en todas partes. ¡La exijo esencialmente!... ¿Qué hay de comer?

VALENTINA. — Guiso de cordero...

PALMIRO. — Sea...

VALENTINA. — Papas hervidas...

PALMIRO. — Ya que les gusta...

SUSANA. — ¡Y frutas secas!

PALMIRO. — Bueno... ¿Eso es todo?

VALENTINA. — Sí...

PALMIRO. — Bien, bien... Tomemos las cosas como son. El tema está dado. Empecemos. Señora, señorita, señor, nuestra lección de hoy está consagrada a la comida. La comida ha sido siempre una gran ocupación del hombre. Tiene efectos sorprendentes sobre su carácter y sus opiniones. Puede alegrarnos el corazón y entusiasmarlos el alma con toda facilidad. También puede muy fácilmente, demasiado fácilmente, turbar nuestra alegría de vivir, ensombrecer nuestra visión del mundo e inducirnos a la melancolía. Hoy aprendemos a mantener esos efectos dentro de sus justos límites, a luchar contra la importancia de la comida y su influencia excesiva en nuestros sentimientos. Veremos los medios a emplear para no dejarnos abatir por una comida mezquina, para liberarnos de las contingencias de la mesa, para escapar a la esclavitud de la boca. Ante los alimentos que el destino nos dispensa, conservemos nuestra entera independencia de espíritu, guardemos intacto nuestro amor a la vida, permanezcamos fuertes y magnánimos y, mientras comemos un guisote, sepamos que somos superiores a él.

VALENTINA. — ¡Susana!

SUSANA (*a media voz*). — ¿El cordero?

VALENTINA (*idem*). — Sí... O las papas...

SUSANA *sale. Espera.*

GONZALO. — Qué lentitud...

PALMIRO. — Sí.

GONZALO. — Disculpe usted... (*Haciendo señas a su mujer.*) Valentina...

VALENTINA *sale. Espera.*

GONZALO (*exasperándose*). — Pero ¿qué hacen?... Voy a ver...

PALMIRO. — No.

GONZALO. — ¡Sí!

PALMIRO. — No. No se mueva. Quédese aquí. Espere... ¡Sí, señor, espere!... Y sobre todo, calma... Nada de fruncir las cejas... Nada de gestos nerviosos... El rostro apacible... La mirada risueña... Así... Bien... Retenga esto, señor: El pobre es paciente, el pobre sabe esperar. Un pobre que no supiera esperar es el pez fuera del agua. ¡Para un pobre, la impaciencia es la muerte!... El pobre espera, señor. Esperar, ésa es toda su vida. ¿Quiere el pobre, un domingo, respirar el aire del campo y regalarse entre los árboles con unos fiambres surtidos? Antes de treparse al ómnibus, bajo el sol o la lluvia, hace cola. Economizando en su magro presupuesto, ¿quiere aprovechar de una ocasión en esa tienda que, a fin de temporada, liquida calzoncillos? Antes de llegar al vendedor, hace cola. ¿Ha reunido un día, vaya a saber por qué milagro, lo bastante para ofrecerse una noche de teatro? Frente a la boletería de las localidades baratas, hace cola... ¡Hacer cola, eso resume al pobre! Espera... Espera órdenes, espera su día de salida, espera una palabra amable, espera su turno... ¡El pobre espera la fortuna!... Por lo tanto, señor, esperemos nuestro guiso... Esperémoslo con serenidad... (*Comienza a impacientarse.*) Esperémoslo sonriendo... ¡Con todo, mientras más mediocre es un plato, más pronto debe servirse!

Las dos mujeres entran. SUSANA trae una fuente.

VALENTINA. — Disculpe usted... Hemos estado un poco lentas...

GONZALO (*sonriendo ampliamente*). — De ningún modo, de ningún modo...

Al contrario...

VALENTINA. — ¿Eh?

PALMIRO. — ¡No exagere!

VALENTINA (*a PALMIRO, indicándole el plato*). — ¿Cómo lo sirvo?

SUSANA. — ¡Vamos, mamá! ¡A la pata a la llana!

PALMIRO. — Disculpe usted. Con sencillez, sin duda... Pero les recomien-

do de buena gana un poco de ceremonia... Sí, alguna ceremonia. Gracias a ella, los pobres evitan el abandonarse demasiado... De tal modo conservan hacia sí mismos un poco de esa dignidad que vemos en los ricos ante sus criados...

GONZALO. — ¡Muy justo! ¡Sí, muy justo! ¡Lo comprendo perfectamente!

PALMIRO. — Tanto mejor. (*A SUSANA.*) Deje la fuente. (*A los otros.*) ¡Y sirvanse ustedes, por favor!

Cambio de cortesías.

VALENTINA (*a PALMIRO*). — Por favor...

PALMIRO. — No, no...

VALENTINA. — Ruego a usted...

PALMIRO. — ¡No haga remilgos, no haga remilgos!

VALENTINA. — ¡Disculpe usted!

Se sirven

PALMIRO. — ¿Todos se han servido? Perfecto. Comamos.

SUSANA. — ¿Puedo servir vino?

PALMIRO. — ¡Ya lo creo! (*SUSANA le sirve vino.*) ¿Qué vino es éste?

VALENTINA. — Es vino carlón.

PALMIRO. — ¿Ah? (*Prueba el vino y hace una mueca horrible.*) ¡Y bien, no!... ¡No, es una falta! ¡Un pobre debe saber que existen cosas cuya mediocridad no es tolerable!... Sepa usted, señora, que no hay vino de pobre... ¡Entonces, tanto peor, no se ofrece vino! Se sirve agua, sencillamente, sin afectación.

GONZALO (*a VALENTINA*). — ¡Ya lo ves!

PALMIRO. — ¡Es una cuestión de tacto!

Comen sin entusiasmo.

VALENTINA. — (*animosamente*). — Después de todo, estas papas son muy ricas... Está muy bueno. ¿No te parece, Gonzalo?

GONZALO *le lanza una mirada sombría.*

PALMIRO. — No, señora, no. Esto no es bueno. Es malo.

VALENTINA (*enfadada*). — ¡No me parece!

PALMIRO. — Sí. Es insípido. Es mísero, y está mal cocido. Atraca. Atasca. Pesa en el estómago. ¡Siempre es así! Un pobre que come, no discute su alimento. ¡Bendice al Señor!... ¡Veamos el segundo plato!

SUSANA *trae el segundo plato. Lo sirven. GONZALO no se sirve.*

PALMIRO. — ¡Vamos, sírvase usted!... ¡Exijo apetito, mucho apetito!

(GONZALO, de mala gana, se sirve una porción minúscula.) ¿Hace usted el desdeñoso?

VALENTINA. — ¡Vamos, Gonzalo!

GONZALO. — No, pero...

PALMIRO. — ¿Qué?

GONZALO. — No tengo hambre...

PALMIRO. — ¿No tiene hambre? ¿Está usted de broma?

VALENTINA. — ¡Seriedad, Gonzalo!

PALMIRO. — ¡Desdichado, usted se muere de hambre! ¡No lo olvide!

SUSANA. — ¡Pobre papá!

PALMIRO. — No lo confiesa, es más digno. ¡Pero come!

SUSANA. — ¡Come, papá!

PALMIRO llena el plato de GONZALO que se muestra muy enfadado.
GONZALO come un bocado; después:

GONZALO (a VALENTINA). — Dame la mostaza.

VALENTINA. — ¿La mostaza?

GONZALO. — Dámela.

VALENTINA. — ¿Para qué?

GONZALO. — ¿Cómo para qué? Dámela.

VALENTINA. — Está bastante sazonado.

GONZALO (huraño). — ¡La mostaza!

VALENTINA (a PALMIRO). — ¡Señor!

PALMIRO. — No soy enemigo de la mostaza... (*Después que GONZALO se sirve, él lo hace a su vez*) ...pero aconsejo más bien la jovialidad... (SUSANA sale durante esta réplica.) Henos aquí en el momento esencial de nuestro ejercicio. No pensemos en lo que estamos comiendo. Elevemos nuestra alma, libremos nuestro espíritu, dejemos que broten nuestras ideas y corra nuestra fantasía, sonríamos, hablemos, conversemos, platiquemos... ¡Vamos!... (*Silencio.*) ¡Vamos!

Silencio. Por fin:

VALENTINA. — El costo de la vida sube mucho... ¿No le parece?

PALMIRO. — ¡Por favor, señora! Esas frases, no. Son buenas para los ricos. ¡Dejemos el dinero! ¡Hay otros temas de conversación!

GONZALO. — ¡Por supuesto!

VALENTINA. — Y bien, habla tú.

GONZALO. — Bueno.

Pero no dice nada.

PALMIRO. — Escucho.

GONZALO. — ¿Decía usted?

PALMIRO. — Digo: escucho.

VALENTINA. — ¿Oyes?

GONZALO. — Naturalmente, oígo.

VALENTINA. — ¿Y bien?

GONZALO. — ¿Y bien qué?

VALENTINA. — ¡Habla!

GONZALO. — ¡No puedo, sólo se te oye a tí!

VALENTINA. — ¿A mí?

GONZALO. — ¡Sí, a tí!

VALENTINA. — Bien. Escucho.

Silencio

PALMIRO. — Claro está, no saben ustedes qué decir. Estaba seguro de ello. Nada más pobre que la conversación de los ricos. ¡Ni la menor libertad, ni la menor variedad! Un circulito estrecho, bien limitado, dentro del cual dan vueltas eternamente... Oh, tendrán ustedes que abrir el espíritu, aguzar la curiosidad, buscar nuevos senderos por donde puedan pasear el alma y los sentimientos. Ahí están esos caminos, ante ustedes, accesibles a todos, abundando en temas que no tienen ustedes más que recoger. ¡Miren ustedes! ¡Elijan! ¿No ven ustedes? ¡Yo les abriré los ojos! Son ustedes pobres, pero la vida es rica. Mil cosas pueden interesarlos, y ustedes nunca lo han sabido. ¡Despierten, sacudan esa torpeza, arranquen! Ah, cuán hermosa puede ser la conversación del pobre que, desinteresado, se interesa en todo, y no poseyendo nada, no teme perder nada; que se entrega a la esperanza y no al temor; que puede tratar todas las cosas libremente, con elevación y serenidad. (SUSANA *ha vuelto trayendo el postre.*) Tomen nota de que en nuestra próxima lección conversaremos sobre la Naturaleza, el Amor y la Vida.

SUSANA. — ¡A ésa no faltó!

PALMIRO. — Bien.

SUSANA. — Y yo hablaré del amor.

VALENTINA. — ¡Susana!

PALMIRO. — Déjela usted. Hablar no es nada.

VALENTINA (*a SUSANA, presentándole el plato con la fruta seca*). — Sírrete.

SUSANA (*presentando el plato a PALMIRO*). — ¿Una avellana?

PALMIRO. — Gracias. (*Presentando el plato a GONZALO*.) ¿Y usted?

SUSANA *sale*.

GONZALO (*rehusando*). — Gracias.

VALENTINA *toma el plato de manos de GONZALO y sale*.

GONZALO. — Dígame usted, mi mujer...

PALMIRO. — Sí.

GONZALO. — ¿Qué le parece?

PALMIRO. — Y bien, Dios mío, me parece... (*Hace un ademán que indica formas opulentas.*)

GONZALO. — No, quiero decir si le parece a usted que hará progresos.

PALMIRO. — Ah... No será fácil, pero lo conseguiremos.

GONZALO. — Gracias.

SUSANA *vuelve*.

SUSANA. — ¡Bueno, no hay nada más!

PALMIRO. — Está bien. Levantémonos. (*Se levanta de la mesa. SUSANA sale.*) Pues bien, acabamos de hacer un almuerzo... ¡Un almuerzo de pobre! (*GONZALO se ha dejado caer en un sillón. VALENTINA vuelve.*) Y bien, señor, ¿qué significa esa cara? ¡Ponga otra cara!... ¡La mirada brillante, la boca sonriente, la tez viva!... ¡Ha comido usted, está usted contento!... Fíjese en la señora. Véala usted ante el espejo, arreglándose el pelo, tratando de emperifollarse, mostrando una coquetería modesta y de buena ley, una coquetería completamente oportuna... ¡Muy bien, señora, muy bien!... Veamos, señor, ¿qué hace uno cuando ha comido bien?... ¡A ver, un poco de imaginación! ¡Pensemos, pensemos! ¿Qué hace uno en ese caso?

GONZALO (*sacando un cigarro del bolsillo*). — Y bien, se fuma un...

PALMIRO (*confiscándole el cigarro*). — ¡No, no! ¡Es usted pobre! Una colilla pase... ¡Pero un cigarro!... No, busque por otro lado, más lejos, en otro dominio. Vamos, reflexione... ¿Qué siente usted, que llega en usted a su plenitud, qué chispa brota de su alma después de una buena comida? Y bien, una suerte de contento general, una satisfacción de sí mismo y de los otros, una especie de alegría íntima y el deseo de verla compartida... Está usted amable, ameno, indulgente, benévolo con sus semejantes... No sé qué simpatía cálida lo arrastra... Su corazón no pide sino abandonarse... ¿No es así, señora?

VALENTINA. — Quizá...

PALMIRO. — Y bien, no luche usted, señor. Nada lo frena. ¡Déjese usted ir! Sólo que, ahí está la cosa, esos movimientos de su alma, ese ímpetu, esa afección, ¿a dónde llevarlos? ¿A dónde?

GONZALO. — Y bien...

PALMIRO. — ¿A otro lado? ¿Afuera?... Imposible. El pobre no lo puede. Afuera, todo es gasto... No, sin salir de casa, en su hogar... No lo sabe usted, pero soy yo quien se lo digo: aquí tiene usted todo lo que necesita. Tome de la mano a su señora... (GONZALO *obedece*.) Bien... Atráigala hacia usted, con todo su corazón... Siéntese... Más cerca... Muy cerca, pegados uno al otro... Entrelacen sus dedos... Así... Y ahora, hablen... No retenga usted esas palabritas cariñosas que suben naturalmente a los labios de los hombres de su edad... ¡Vamos, diga usted, diga!

GONZALO. — Valentina...

VALENTINA. — Te oigo, Gonzalo...

PALMIRO. — ¡Palabritas, palabritas!

GONZALO. — Lulú...

PALMIRO. — No está mal... pero con más alegría. ¡Placer, placer!

VALENTINA. — ¡Es tan mono cuando quiere!

PALMIRO. — Sí, pero no se deja ir... ¡Que se lo proponga! (A GONZALO.) ¡Vamos, siéntela usted en las rodillas!

GONZALO. — ¿Es necesario?

PALMIRO. — ¡Vamos!

VALENTINA. — Tiene razón.

GONZALO. — ¿Qué sabes tú?

PALMIRO. — Vamos, vamos, pronto... Y ahora, muéstrese usted tierno. ¡Dígale algo, dígame algo!

GONZALO. — No puedo... Es muy pesada...

VALENTINA. — ¡Gonzalo!

PALMIRO. — No. Observe usted. La señora es encantadora. ¡Pero si es Lulú! ¡Y está embelesada! ¡Naturalmente!... Eso es muy bueno. ¡Y en invierno, caliente!... Ahí está. Perfecto. ¡Continúen, continúen ustedes! Yo me voy... Hasta pronto...

GONZALO. — Lo acompaño a usted...

PALMIRO. — ¡De ninguna manera! Quédese usted con la señora.

VALENTINA. — Gracias, señor.

PALMIRO. — Hasta pronto... Hasta el miércoles, a la misma hora... Adiós, adiós, adiós... (*Desaparece.*)

GONZALO (*deseoso de desprenderse*). — Uf, uf...

VALENTINA. — Bésame, Gonzalo.

GONZALO. — Me aplastas el estómago...

VALENTINA. — ¡Pero no!

GONZALO. — ¡Lo siento muy bien!

ADRIÁN (*abre la puerta y la cierra inmediatamente murmurando*). — Oh, disculpen los señores.

GONZALO. — ¡Vamos! ¿Lo ves? ¡Es ridículo!... ¿Qué haces en esa postura? ¡Vamos, incorpórate! Es ridículo... Ridículo...

Se ponen de pie y caen en sillones diferentes.

GONZALO. — ¿Qué dices?

VALENTINA. — Nada...

Bostezan.

GONZALO. — Entonces ¿qué impresión tienes?

VALENTINA. — ¿De qué?

GONZALO. — ¡De la lección!

VALENTINA. — Muy buena...

GONZALO (*furioso*). — Entonces, dílo. ¡Dílo! ¡Yo estoy muy contento!

Despliega un diario, bosteza, palmeándose el estómago. Aparece ADRIÁN.

VALENTINA. — Ah, ¿está usted de vuelta, Adrián?

ADRIÁN. — En este instante, señora.

VALENTINA. — Bien, bien.

ADRIÁN. — Agustina me pide que pregunte a la señora si debemos salir de nuevo.

VALENTINA. — No, hijo, no.

ADRIÁN. — Bien, señora.

VALENTINA. — Puede usted levantar la mesa.

ADRIÁN. — Bien, señora. (*Empieza por las copas.*) Si la señora lo permite, la cocinera pregunta a la señora que le ha parecido a la señora el *chaud-froid* de pato.

GONZALO (*emergiendo bruscamente de su diario*). — ¿Qué pato?

ADRIÁN. — La cocinera lo había puesto en el comedor para el almuerzo... Lo había preparado muy bien... Y pone su amor propio en ello... La señora sabe lo que es...

VALENTINA. — Lo servirán esta noche. Póngalo en la frigidaire...

ADRIÁN. — Bien señora. *(Sale.)*

GONZALO *(enfrascado en su diario, soñador)*. — Pato...

ADRIÁN *entra y pasa, llevando el chaud-froid de pato*.

VALENTINA. — ¿A ver? *(ADRIÁN le presenta la fuente. GONZALO se acerca a mirar el pato, luego vuelve a sentarse con tristeza.)* Déjelo allí... Y bien, vaya usted, vaya usted.

ADRIÁN *sale*. VALENTINA, *con aire indiferente, se sirve una porción de pato y empieza a comer*.

GONZALO. — ¿Qué haces?

VALENTINA. — ¿Yo? Nada.

GONZALO. — ¿Tienes hambre?

VALENTINA. — No... Pero necesito comer algo. *(GONZALO se pone de pie y se acerca al pato.)* ¿Quieres un poco?

GONZALO. — No, de ninguna manera. ¿Para qué? *(E inmediatamente se sirve.)*

VALENTINA. — Me parece mejor que la última vez que lo hizo.

GONZALO *(con la boca llena)*. — ¿De qué hablas?

VALENTINA. — Del pato.

GONZALO *(muy lejano)*. — Ah, sí...

Comen. Aparece ADRIÁN.

VALENTINA. — ¿Qué hay?

ADRIÁN. — Venía a levantar la mesa.

VALENTINA. — Bien, bien.

ADRIÁN *sale*.

GONZALO. — ¿Dónde están las copas?

VALENTINA. — ¿Las copas? ¿Para qué?

GONZALO. — No lo sé... Creía que tenías sed...

VALENTINA. — No, de ningún modo.

GONZALO. — ¡Ah! Bueno, bueno...

Entra ADRIÁN con copas y una botella.

ADRIÁN *(llenando los vasos)*. — Margaux 1924. *(Sale.)*

GONZALO. — ¡Excelente, este muchacho! *(Beben.)* Y bien, Lulú, me regocija que estés satisfecha de nuestra lección. Sí, yo estoy muy contento... Lo que me alegra es que comprendas hasta qué punto estas experiencias son útiles... que aprecies todo su valor, todo su sentido... Porque estos ejercicios

¿sabes? no son sencillamente ejercicios... ¿cómo diría?... de... adiestramiento físico... ¡No! Son mucho más que eso... Son algo mucho más... más vasto, más amplio... que va mucho más lejos. Tienen un alcance... moral... filosófico... ¡Se trata, en verdad, de la educación del alma y del espíritu! ¡Hay en ellos algo elevado... profundo... emocionante!... ¿No te sientes mejor?

VALENTINA. — ¡Oh sí!

GONZALO. — Yo también. Porque fíjate, Valentina...

Aparece ADRIÁN.

GONZALO. — ¡Cognac! (*ADRIÁN sale.*) Porque fíjate: el hombre puede fácilmente prescindir de muchas cosas. Imaginamos que son indispensables. ¡Pues bien, no! (*ADRIÁN reaparece, sirve el cognac y luego sale.*) No, Valentina, no, y lo has visto muy bien... El hombre vive dichoso en la simplicidad, en la frugalidad. (*Enciende un cigarro magnífico.*) Mira: hemos vivido toda la mañana como gente humilde, hemos comido Dios sabe qué, hemos bebido agua... Sin embargo, yo estoy muy bien, perfectamente contento, perfectamente satisfecho. No necesito nada...

VALENTINA. — Yo lo mismo, Gonzalo. Sírreme un dedo de cognac.

GONZALO. — Oh, es una gran lección. Y soy feliz, como tú, de comprenderla, de saborearla plenamente, de sentirme libre de tantas naderías, de tantas pamplinas que creemos importantes y que no son más que vanidad de vanidades...

VALENTINA. — Ah, qué razón tienes... Y esto me hace pensar en que es absolutamente indispensable que hoy vaya a probarme mi nuevo abrigo, el de visón. Creo que estará lindísimo ¿sabes?

Aparece ADRIÁN.

VALENTINA. — Y bien, Adrián, ¿qué espera? Levante la mesa.

ADRIÁN empieza a levantar la mesa.

GONZALO. — Y nuestra conversación, ¿eh? ¡Me ha embelesado! El amor, ése es un lindo tema... ¡A la vez poético y práctico! Dígase lo que se diga, el amor es algo importante. Es una de las cosas nobles de la vida. Es algo bonito, fresco, arrebatador... Es muy hermoso... (*Dirigiéndose a ADRIÁN.*) El coche dentro de diez minutos. Prevenga al chauffeur.

ADRIÁN sale.

VALENTINA. — ¿A dónde vas?

GONZALO. — Dios sabe dónde. Pero estoy alegre. (*Sale.*)

VALENTINA (*siguiéndolo*). — ¡En todo caso, abrígate bien! (*Sale.*)

Entra ADRIÁN.

ADRIÁN (*mirando la mesa*). — ¡Vean eso!... Trabajo de patronos... Ah, cuando los amos quieren prescindir de los sirvientes... nos dan un trabajo...

Entran ROBERTO y SUSANA.

ROBERTO (*muy excitado*). — En fin ¿están dispuestos a fijar la fecha? ¿Sí o no?

ADRIÁN. — Estoy aquí, señor.

ROBERTO. — ¿Y qué?

ADRIÁN. — Que he terminado, señor, y me voy. (*Sale.*)

ROBERTO. — Susana ¿están decididos? ¿Sí o no?

SUSANA. — Roberto...

ROBERTO. — ¡Contéstame! ¿Están o no decididos tus padres? Es la única cuestión. ¿Sí o no?

SUSANA. — Todavía no...

ROBERTO. — ¡Todavía no!

SUSANA. — No del todo...

ROBERTO. — ¡Es insensato! ¡Yo estoy enamorado!

SUSANA. — Lo espero.

ROBERTO. — ¿Y entonces, entonces? ¿En qué piensan? ¿Están locos? ¡No, es imposible, esto no puede durar! No hay derecho a jugar de esta manera con el corazón de un hombre... ¡Mi existencia es infernal, no siento ningún placer en la vida, pierdo mi equilibrio! Yo, que soy naturalmente dulce...

SUSANA. — ¿Ah?

ROBERTO. — Bien lo sabes... Me vuelvo colérico, irritable, digo cosas desagradables, riño con los amigos... ¡No, te lo juro, no! Es escandaloso, es inmoral... En fin ¿por qué me impiden ser dichoso?

SUSANA. — Pero Roberto, yo también te quiero y no soy desdichada...

ROBERTO. — ¡No eres desdichada! ¿Qué te hace falta para serlo, entonces? Susana, eres de una inconsciencia...

SUSANA. — Nos vemos todos los días, salimos juntos, nos entendemos muy bien... A veces me digo que acaso nunca sea tan feliz como ahora...

ROBERTO. — Pero...

SUSANA. — Quién sabe...

ROBERTO. — ¡Pues si eres tan feliz viéndome dos horas por día, qué será cuando me veas todo el tiempo!

SUSANA. — Justamente. El exceso de felicidad me da un poco de miedo...

La dicha que esperamos, a la que todo parece conducirnos, ¿no es acaso tan deliciosa, tan arrebatadora como la dicha alcanzada ya?

ROBERTO. — ¡Hablas como una criatura!

SUSANA. — Lo que digo, Roberto, lo siento. Lo siento en el corazón...

ROBERTO. — ¡Pues bien, el mío hierva! ¿Es que tú tampoco comprendes?

SUSANA. — Por favor, no te exasperes.

ROBERTO. — Es que te quiero, Susana.

SUSANA. — Quiéreme sin enfurecerte. Oye, Roberto...

ROBERTO. — Pero, después de todo, ¿qué me reprochan? ¿Qué? ¿Qué?

SUSANA. — Oye. Debes hablar con mi padre.

ROBERTO. — ¿De nuevo?

SUSANA. — Debes hablarle hoy.

ROBERTO. — Volverá a hablarme de dinero, de pobreza.

SUSANA. — Justamente.

ROBERTO. — ¡Entonces, no! ¡Es absurdo!

SUSANA. — Escucha: acaba de tomar su primera lección de pobreza.

ROBERTO. — ¡Qué criatura!

SUSANA. — Está encantado. La pobreza está a la orden del día. Que ahora todo sea por la pobreza. Sólo se admira la pobreza, las cuestiones de dinero ya no existen... ¡Háblale, es el momento!

ROBERTO. — ¿Crees?

SUSANA. — Hay que aprovechar la ocasión. Serás muy bien recibido... Está por irse. Lo atraparemos antes que salga... Ahí está, lo oigo. Canturrea... Te digo que está de muy buen humor... Lo llamo... (*Abre la puerta.*) ¡Papá!

Entra GONZALO.

SUSANA. — Papá, aquí está Roberto que quiere hablarte.

GONZALO. — Ah, tengo un poco de prisa.

SUSANA. — Sí, pero como tienes más amabilidad que prisa, vas a escucharlo. (*Sale.*)

GONZALO. — Bueno, dígame usted. ¡Pronto!

ROBERTO. — Señor, estoy muy contento. Susana me ha dicho que usted no da ya ninguna importancia al dinero y que no es por cierto mi falta de fortuna lo que lo lleva a retardar incesantemente nuestro matrimonio...

GONZALO. — Oh... De ningún modo, de ningún modo.

ROBERTO. — ¡Gracias!

GONZALO. — Es usted pobre. Bueno, bueno. No lo censuro por eso... Pero la cuestión es otra, muy otra... ¿Sabe usted ser pobre?

ROBERTO. — Ah, en mi familia hemos sabido siempre ser pobres, siempre, siempre, de padres a hijos.

GONZALO. — Sí... Es una manera muy ordinaria de ser pobre... Vea usted, joven, hay pobres y pobres. Los que han nacido así, no tienen mérito en serlo... Son pobres primarios... Mientras que aquellos que han sabido formarse, que han estudiado, que han aprendido, que han hecho los sacrificios necesarios para darse una verdadera educación de pobres, éstos, amigo mío, son los pobres superiores... Hasta ahora, entre los hombres, hubo siempre ricos y pobres. Y bien, aunque los ricos desaparecieran, habrá siempre dos categorías: los pobres... y las personas como yo. Y dígame lo que se diga, seremos siempre nosotros la clase dirigente. Entonces, joven amigo, créame usted: tome algunas lecciones de pobreza. ¡Ya verá usted que tengo razón!... ¡Hasta pronto! (*Sale.*)

ROBERTO (*desesperado*). — ¡Al diablo!... ¡Susana, Susana!

Sale. GONZALO *vuelve a entrar por la otra puerta.*

GONZALO. — ¿Quién más está ahora en el vestíbulo? (*Toca el timbre.*) ¡Nunca conseguiré irme!

Entra ADRIÁN.

GONZALO (*gesticulando, más que hablando*). — ¿Quién está ahí?

ADRIÁN (*cerrando la puerta*). — Una visita para el señor.

GONZALO. — ¿Quién?

ADRIÁN. — Es el señor... el señor... Tengo el nombre en la punta de la lengua... Que el señor me disculpe, pero el señor sabe muy bien a quién me refiero... No es el señor Pablo... No es el señor Esteban... No, no es el señor Esteban...

Entra VALENTINA.

GONZALO. — ¡Ve a preguntarle, hombre!

ADRIÁN. — ¿Para qué? Puesto que lo sé... Es ese pariente pobre del señor, ese que...

VALENTINA. — Ah, es Adolfo.

ADRIÁN. — ¡Eso es! ¡Adolfo! La señora se dió cuenta en seguida. Gracias, señora.

GONZALO. — Ah... Y bien, tanto peor. Lo recibiré.

ADRIÁN. — El señor es muy bueno. (*Sale.*)

GONZALO. — ¡Ese Adolfo!

VALENTINA. — Te apuesto a que viene a pedirte plata.

GONZALO. — ¿Crees?

VALENTINA. — ¡Como de costumbre!

GONZALO. — ¡Pobre Adolfo!

VALENTINA. — No le des más que la mitad.

GONZALO. — Sí. Como de costumbre.

VALENTINA *sale*. ADRIÁN *introduce a* ADOLFO.

ADRIÁN (*anunciando*). — El señor Adolfo. (*Sale.*)

GONZALO. — Buenas, Adolfo, buenas.

ADOLFO. — Buenas, primo. Me alegro mucho de verte. ¿La salud buena?
¿Mi prima está bien?

GONZALO. — Muy bien.

ADOLFO. — Ah, tanto mejor, tanto mejor.

GONZALO. — Y bien, Adolfo, espero que hoy las cosas anden. No irás a decirme que no andan, ¿eh?

ADOLFO. — Así, así... Oh, en fin, yo, tú sabes...

GONZALO. — Vamos, amigo. Hoy hace buen tiempo, todo nos sonríe. ¡Vivimos!

ADOLFO. — Vivimos... Ah... ¿Es que yo vivo?

GONZALO. — Tiene gracia...

ADOLFO (*suspirando*). — Ah, Gonzalo...

GONZALO. — Pero en fin, Adolfo, la vida... ¿Eh? ¡La vida!

ADOLFO. — Oh, está cara. Con todo, Gonzalo, he logrado reunir esta pequeña suma... esta pequeña suma que tuviste la bondad de prestarme hace algún tiempo... He acabado por reunirla, y vengo a reembolsarte... Aquí está. (*Saca un sobre del bolsillo y lo entrega a GONZALO. Éste lo coloca negligentemente sobre la mesa.*)

GONZALO. — ¡Ah, muy bien!

ADOLFO. — De nuevo te lo agradezco, Gonzalo... Te he hecho esperar un poco... Disculpame... pero no ha sido por mi culpa... Me ha dado mucho trabajo apartar esta pequeña suma... Conoces mis dificultades, Gonzalo. Nunca llego a fin de mes sin deudas... ¡Hoy todo está tan caro, la vida es tan dura, cuesta tanto ganar un poco de dinero!

GONZALO. — Adolfo, amigo mío, tienes un gran defecto.

ADOLFO. — ¿Eh?

GONZALO. — Piensas demasiado en el dinero.

ADOLFO. — Ah, pero...

GONZALO. — ¡Demasiado, amigo mío, demasiado! El dinero ¿sabes? no es todo en la vida. ¡Hay que hacerle su lugar! ¡Un lugar mínimo, bien mínimo, el único que se merece! Sí, vosotros dais demasiada importancia a cosas que no tienen ninguna. Estáis allí, jugando a los desesperados, hablando de esfuerzos, de dificultades, de privaciones... ¡Eso no es serio! Hay que sobreponerse a todo eso. (ADOLFO hace un ademán hacia el sobre.) ¡Vamos, Adolfo, vamos! ¡Levanta ese ánimo, deja todas esas pequeñeces! (Se mete el sobre en el bolsillo.) No pienses más en ello, ¿me lo prometes? Ah, quisiera verte un poco más liberado, con el corazón más puro... Ve, ve a reunirme con mi excelente prima. ¿Cómo está? ¿Bien? Y, por favor, muéstrate más sonriente, más desenvuelto. Créeme, hay que estar rozagante... ¡Ah, esta religión del dinero nos hará morir a todos! Te lo aseguro. Yo sueño con gente que esté lejos, lejos, lejos de las cuestiones de dinero... Entiéndeme: con gente que planee, que planee... ¡Piensa que existen la Naturaleza, el Amor, la Vida! ¡Eso también cuenta! Buenas tardes. Voy a buscar a Valentina que tendrá mucho gusto en verte. (Sale.)

ADOLFO (solo). — Pues bien, soy un gran...

Entra THORIGNY.

THORIGNY. — ¿No está el señor López Martel?

ADOLFO. — No. Acaba de salir.

THORIGNY. — ¿A quién tengo el gusto...?

ADOLFO. — Soy su primo.

THORIGNY. — Ah, muy bien. Encantado... Entonces, señor, podría usted hacerle un gran servicio.

ADOLFO. — ¿Yo?

THORIGNY. — Comunicarle una noticia. Sería preferible que la supiera por alguien de la familia.

ADOLFO. — ¿De qué se trata?

THORIGNY. — Un acontecimiento imprevisto... enojoso... Digamos: francamente penoso.

ADOLFO. — ¿Ah?

THORIGNY. — Y que afecta gravemente, mucho lo temo, su situación financiera...

ADOLFO. — ¡Oh...! ¿Su fortuna?

THORIGNY. — Sí.

ADOLFO. — ¿Gravemente?

THORIGNY. — Sí.

ADOLFO. — Entonces, señor, hasta pronto.

THORIGNY. — ¿Por qué? Quédese usted.

ADOLFO. — No, no...

THORIGNY. — Se alegrará de verlo aquí. Hay momentos en que desea uno sentirse un poco rodeado.

ADOLFO. — Sí, pero yo... No, prefiero irme. Sí, lo prefiero... (*Se eclipsa.*)

THORIGNY (*solo*). — ¡Ah, la familia!

Entra GONZALO.

GONZALO. — Y bien, no encuentro a Valentina... ¡Ah! ¿Es usted, querido amigo?

THORIGNY. — Sí.

GONZALO. — ¡Encantado de verlo! ¿Qué buen viento lo trae?

THORIGNY. — Pues bien, querido amigo...

GONZALO. — Siéntese usted.

THORIGNY. — Querido amigo...

GONZALO. — ¿Un cigarro?

THORIGNY (*rehusando*). — Gracias. Querido amigo, vengo a verlo por un asunto... un poco delicado...

GONZALO. — ¿De qué se trata? Vamos, vamos, no se ande usted con vueltas.

THORIGNY. — Pues bien. Nuestro negocio de los Yacimientos de Santa Eulalia...

GONZALO. — ¡Del cual me felicito todos los días!

THORIGNY. — ...no anda muy bien.

GONZALO. — ¡Vamos!

THORIGNY. — No. Hasta diría que anda muy mal...

GONZALO. — ¿Eh? Bah...

THORIGNY. — Sí.

GONZALO. — ¿Está usted seguro? ¿Verdaderamente mal?

THORIGNY. — Sí.

GONZALO. — ¡Vaya! Entonces, según usted, ¿no hay dividendos este año?

THORIGNY. — ¡Oh, los dividendos!... ¡Eso ha terminado!

GONZALO. — ¿Cree usted?

THORIGNY. — Sí.

GONZALO. — Tanto peor... Por lo demás, tengo muy pocas acciones.

THORIGNY. — Sí... pero es usted director.

GONZALO. — Y bien, perderé mis honorarios. ¡Eso es todo!

THORIGNY. — Sí... pero... ha habido un aumento de capital.

GONZALO. — En efecto, lo recuerdo. Pero yo he suscrito muy poco.

THORIGNY. — Sí... pero... otros han suscrito.

GONZALO. — Y bien, ¡mala suerte!

THORIGNY. — Sí, pero el balance que los ha seducido era...

GONZALO. — ¡Muy atrayente!

THORIGNY. — Sí, pero... no muy exacto.

GONZALO. — ¿Cree usted?

THORIGNY. — ¡Ah, sí!

GONZALO. — ¡Vaya! ¿Y quién ha hecho eso?

THORIGNY. — El gerente.

GONZALO. — ¡Hizo mal!

THORIGNY. — Sí, pero... lo ha hecho.

GONZALO. — ¡Pues bien, está fresco!

THORIGNY. — Sí, pero... el consejo de administración también.

GONZALO. — En todo caso, yo... yo no he hecho nada. ¡Absolutamente nada!

THORIGNY. — Sí, pero... se ha depositado una demanda.

GONZALO. — ¿Qué quiere usted que haga yo en eso?

THORIGNY. — Sí, pero... va a ser necesario pagar.

GONZALO. — ¿Eh? Y bien, se pagará.

THORIGNY. — Sí, pero... en el directorio sólo hay uno que puede pagar.

GONZALO. — ¡Y bien, que pague!

THORIGNY. — Sí, pero... es usted.

THORIGNY. — ¿Yo? Ah, en cuanto a eso... ¡En cuanto a eso! ¡Sería el colmo!

THORIGNY. — Sí, pero... entonces... es la correccional.

GONZALO. — ¿Qué?

THORIGNY. — La cárcel.

GONZALO. — ¿Usted... usted bromea?

THORIGNY. — ¡No!

GONZALO. — ¿Qué dice usted?... Yo... ¡Yo! ¡Pero es indigno, es monstruoso! ¡Sería una infamia!

THORIGNY. — Sí, pero... es así.

GONZALO. — Pero yo... yo... ¡Oh! En fin... ¡Dios mío!

THORIGNY. — Calma, querido amigo, calma... No se deje usted abatir... Yo estoy aquí para ayudarlo... para intentar sacarlo de este mal paso...

GONZALO. — ¿Usted?

THORIGNY. — ¡Pero sí!

GONZALO. — ¡Ah...! ¿Cómo?

THORIGNY. — Y bien, veamos, ¿de cuánto puede usted disponer?

GONZALO. — ¡Ah, Dios mío!

THORIGNY. — Sí. En fin ¿qué suma puede usted reunir?

GONZALO. — No lo sé... ¿Cuánto es necesario?

THORIGNY. — Ah, mucho...

GONZALO. — Pero usted piensa que...

THORIGNY. — ¡Oh, no!

GONZALO. — ¿Ah? ¿Entonces... un millón?

THORIGNY. — ¡Oh, no!

GONZALO. — ¿Dos?

THORIGNY. — ¡Oh, no!

GONZALO. — ¿Entonces... tres?

THORIGNY. — ¡Oh, no!

GONZALO. — ¡Pero más no puedo! ¡No puedo!

THORIGNY. — Veamos, querido amigo, reflexione bien... ¿Cuenta usted su castillo?

GONZALO. — ¡Eso no!

THORIGNY. — ¡Pues bien, cuéntelo!

GONZALO. — ¿Ah?

THORIGNY. — ¿Y las alhalajas de su mujer?

GONZALO. — ¡Eso no!

THORIGNY. — ¡Pues bien, cuéntelas!

GONZALO. — ¿Ah?

THORIGNY. — ¿Y todos estos hermosos muebles?

GONZALO. — ¡No!

THORIGNY. — ¡Pues bien, cuéntelos!

GONZALO. — ¿Ah?

THORIGNY. — Pero ahora que pienso, ¿y sus bosques?

GONZALO. — ¡Eso no!

THORIGNY. — ¡Cuéntelos!

GONZALO. — ¿Ah?

THORIGNY. — No veo nada más... Pensemos, ¿no olvida usted nada?

GONZALO. — No...

THORIGNY. — Y bien, debemos llegar a...

GONZALO. — Ocho o nueve...

THORIGNY. — Bueno... Así puede arreglarse... ¡Ya ve usted! En suma, tenía usted una bonita fortuna... Yo le daba un poco menos.

GONZALO. — ¡Ay, ay!

THORIGNY. — Estoy desolado, créame usted, y lo lamento infinitamente... Pero también, ¡qué singular idea, cuando se tiene fortuna, meterse en negocios!

GONZALO. — ¡Estoy arruinado!

THORIGNY. — Sí... Entonces contamos con usted para hacer lo necesario inmediatamente ¿verdad? El juez de instrucción nos esperará quince días, pero no más. ¡No remolonee!... Entonces, querido amigo, hasta pronto... Mis respetos a su esposa...

GONZALO (*maquinalmente*). — Gracias...

THORIGNY *sale*. GONZALO *queda agobiado*. Entra VALENTINA.

GONZALO. — Valentina... Es espantoso... ¡Estamos arruinados!

VALENTINA. — ¿Qué?

GONZALO. — ¡Arruinados!

VALENTINA. — ¿Has perdido dinero?

GONZALO. — ¡Todo!... ¡Todo!... Yo, un hombre decente... En un país civilizado... ¡No me queda nada!

VALENTINA. — Pero ¿cómo ha sido?

GONZALO. — A ti tampoco... ¡Es la miseria!

VALENTINA. — ¡Gonzalo!

GONZALO. — ¡Perdón, Valentina, perdón!

VALENTINA. — ¡Vamos, Gonzalo, mi querido!

GONZALO. — ¡Todo ha terminado!

VALENTINA. — Yo estoy aquí, Gonzalo... Yo estoy aquí, yo, tu mujer... tu mujer que te quiere...

GONZALO. — No me quedas sino tú, Valentina, sólo tú... ¡Ah, es espantoso! ¡Espantoso!

Entra PALMIRO.

PALMIRO. — Y bien ¿qué pasa? ¿Qué hacen ustedes? ¿Por qué esos gemidos?

GONZALO. — ¿Usted? ¡Váyase al diablo! ¡Largo de aquí!

PALMIRO (*impasible*). — ¿Ah?

VALENTINA. — Ven, Gonzalo.

GONZALO. — (*fuera de sí, a PALMIRO*). — Querrá usted...

VALENTINA. — Ven... Ven a descansar... Vamos, chiquito, ven...

VALENTINA se lleva a su marido.

PALMIRO (*solo*). — ¡Perfecto! Leve agitación después de nuestro ejercicio, pequeña exaltación nerviosa después de una lección bien conducida... Es lo clásico... Y es buena señal... Me gustan estas naturalezas sensibles, vibrantes, que reaccionan vivamente, intensamente... Creo haber encontrado aquí un sujeto excepcional... Un hombre que todavía tiene una situación sólida, que todavía es rico por algún tiempo... Y bien, ¿lo han visto ustedes? Se excita, se apasiona... Helo aquí ardiente, piafante... Hasta será necesario frenarlo un poco... Verdaderamente, mi método da resultados admirables. ¡Palmiro, puedes estar contento!

Entra SUSANA.

SUSANA. — Y bien, señor profesor, ¿sabe usted la novedad?

PALMIRO. — ¿Qué novedad?

SUSANA. — Ha triunfado usted, señor profesor. ¡Ha sucedido lo que anunciaba!

PALMIRO. — ¿Qué ha sucedido?

SUSANA. — ¡Sus predicciones se han realizado!

PALMIRO. — Naturalmente... Pero ¿cuáles?

SUSANA. — Estamos arruinados.

PALMIRO. — ¡No! ¿No es verdad?

SUSANA. — ¡Sí!

PALMIRO. — ¡Ah, no diga eso!

SUSANA. — ¡Pero sí! ¡Estamos arruinados!

PALMIRO. — ¡Oh, Dios mío! ¡Tan pronto!...

SUSANA. — Ya ve usted.

PALMIRO. — ¡Ah, es espantoso!

SUSANA. — ¿En qué quedamos? ¿Es usted quien dice eso?

PALMIRO. — ¡Calle usted! ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia! Su pobre padre... un alumno tan bueno... que me hubiera dado tantas satisfac-

ciones... Su digna madre... tan aplicada... que empezaba tan bien... ¡Ah, ustedes no merecen esto!... ¡No!... ¡Y yo tampoco! (*Está a punto de llorar.*)

SUSANA. — Vamos, señor, vamos...

PALMIRO. — Ah...

SUSANA. — ¿No irá usted a llorar?

PALMIRO. — Pues sí... Pido a usted disculpas, señorita, pero es más fuerte que yo... El espectáculo de la miseria me trastorna... No lo puedo soportar... ¡No, no puedo!

SUSANA. — Recóbrese usted.

PALMIRO. — Me hace daño.

SUSANA. — Sea razonable.

PALMIRO. — ¡Ah, Dios mío!

SUSANA. — Ya ve usted: yo no lloro. Es la vida.

PALMIRO. — Sí... ¡Es aterrador!

SUSANA. — Ya veremos... Buenas tardes, señor. ¡Ánimo! (*Sale.*)

PALMIRO (*solo*). — Ya veremos... ¿Veremos qué?... ¡Aún más ricos perdidos, aún más pobres!... No se puede contar con nadie... con nadie... Todo se va al diablo... No más ricos... ¿A quién enseñar la pobreza?... Y entonces ¿qué será de mí?

TELÓN

(*Concluirá*)

(*Traducción de José Bianco*)

FRANÇOIS DE VEYNES y LÉON REGIS

Absolutamente reservados todos los derechos de reproducción, adaptación y representación para todos los países. Copyright by SUR, 1949.

C R Ó N I C A S

LA JUVENTUD DE HOY EN EL MUNDO

Se necesita cierta audacia para atreverse a generalizar sobre un tema tan vasto como el de la juventud de nuestros días en el conjunto del mundo civilizado. Y, probablemente, tendría más derecho a hablar un joven y no quien sólo pretende haber guardado cierto contacto, en razón de su profesión y de sus gustos, con la juventud de varios países. A pesar de todo, abordaremos el tema. Es una pregunta fundamental la que se hace uno frente a la juventud de nuestro tiempo, porque de su estado de espíritu puede depender lo que sea el mundo de mañana. Y, entre las juventudes, es la de América —que es la que creemos conocer mejor— la que va a pesar más en el destino de un mundo en gestación.

Hace apenas un siglo y medio, desde la era napoleónica y desde la gran conmoción de la sensibilidad que se llama romanticismo, que el hombre se ha dirigido a la juventud para interrogarla. Pero nunca se ha dirigido a ella con tanto fervor como después de la primera guerra mundial. Cuando regresaron a la vida civil los que habían escapado a la gran hecatombe, se celebró el culto a la juventud en todas partes. Y aquellos a quienes los años habían arrebatado la juventud se esforzaron por parecerse lo más posible a los jóvenes, vistiéndose y peinándose como ellos, ajustándose a sus gustos y a su conducta. Un sinnúmero de encuestas sobre la juventud proclamaron la crisis de las generaciones anteriores, que no habían podido impedir la guerra, incitaron a repudiar el pasado y sus enseñanzas, y llamaron a los jóvenes para edificar un mundo nuevo.

A estos jóvenes, durante quince o veinte años, les tocó la buena parte: se precipitaron sobre los puestos públicos, arrojaron con toda despreocupación a sus mayores y rodearon de cierto cinismo su desprecio por las convenciones morales, sentimentales y sexuales, que juzgaban pasadas de moda. Su audacia aparente disimulaba mucho de timidez y de ingenuidad. Sufrieron de hecho del mal del análisis, de la tentación a hundirse en el lodo, y de una debilidad secreta de la voluntad. La literatura, que es un espejo de aumento, pero fiel, del espíritu de los pueblos, pintó bastante bien esta "generación perdida". En América con Scott Fitzgerald, Hemingway, Dos Passos; en

Inglaterra con Huxley; en Francia con Gide, Mauriac, Martin du Gard y algunos más.

Esta juventud del período de "entre dos guerras", adulada por sus mayores, nos ha decepcionado. No fué del todo su culpa. El culto de la juventud por la juventud, tal como se practicaba entonces, es una gran tontería. Todo es, en la juventud, sueños idealistas y egoísmo a veces vil, frenesí de placeres y sed intensa de heroísmo. A los jóvenes atormenta una gran necesidad de fe que puede hacer de ellos la presa de ciegos fanatismos, si no se les enseña previamente, con inteligencia crítica, aquello en que se puede tener fe. Los dictadores de varios países sacaron provecho, pérfidamente, de este culto de la juventud para reunir a los adolescentes en ligas, para darles un uniforme, todo con el fin de reclutar partidarios y de asegurarse el porvenir. Jugaron con el desinterés y la combatividad de la juventud para preparar una segunda carnicería.

En otros lados, en los países que permanecieron como testigos azorados de esta orquestación totalitaria de la juventud, se engañó igualmente a los jóvenes, enseñándoles una historia de concepciones estrechas que aconsejaba el aislamiento sistemático, la necesidad de la paz a todo precio, el egoísmo nacional. Los hombres de cuarenta a sesenta años, que deberían haberse convertido en los guías de una juventud que crecía sin maestros, prefirieron embriagarla con fórmulas como: "Paso a los jóvenes", o "Los jóvenes obrarán mejor que nosotros". Eso era sencillamente abdicar frente a problemas cuya solución no debería haber sido retardada: dejar estallar la crisis mundial, permitir las agresiones japonesas en Manchuria, las italianas en Abisinia, las alemanas en Europa. Estos problemas adquirirían proporciones tales que la juventud frente a ellos quedaba desarmada, aislada del resto de las juventudes del mundo y poco o mal ayudada por los mayores que, alabando a la juventud mientras cerraban los ojos y gozaban de sus placeres, no hacían otra cosa que repetir la frase demasiado célebre: "Después de mí, el diluvio".

La segunda post-guerra es estimulante, desde muchos puntos de vista, de manera distinta que la primera. Los problemas que se plantean son, sin duda, más angustiosos, pero se los mira de frente. La juventud de cada país sabe que se espera mucho de ella, y que deberá pensar con viveza, con agilidad, en términos nuevos. Pero la juventud de hoy no se entrega a la misma complacencia vana que tentó a sus antepasados de los años veinte. No se imagina que pueda triunfar sola de los obstáculos sobrehumanos con que se encuentra. En cada país se sabe solidaria del resto del mundo. Algunos grandes rasgos nos parece que le son característicos, a condición de que se procure matizarlos y evitar toda expresión dogmática a que naturalmente invitan las generalizaciones que se hacen en unas cuantas páginas.

1. La juventud de 1945-50 es ardiente y apasionada, como todas las juventudes. Pero no quiere dejarse engañar por sus arranques sentimentales. Lo que más detesta es la retórica, es decir, las palabras huecas y las fórmulas. Ya no aceptaría sin más esos *slogans* como "make the world safe for democracy" o "poner la guerra fuera de la ley". Sabe que el milenio no es para mañana; que ningún país posee frente a los demás una superioridad moral. Si aún es romántica (¿y qué juventud no lo es en el fondo?), se ha ejercitado en reprimir su romanticismo. Quiere ser lúcida ante todo. No es más cínica, al considerar las relaciones sexuales, de lo que fué la generación de Aldous Huxley, de Caldwell, de Montherlant o, incluso, la de Moravia y Sartre. Pero trata de conservar la sangre fría y de saber a dónde la llevan los sentidos: la terminología freudiana y las estadísticas sobre el comportamiento sexual la ayudarán, en caso necesario, a desconfiar del romanticismo y de los engaños del corazón, esa víscera tradicionalmente privilegiada por la cual nos excusamos de muchas debilidades.

2. La juventud ha tenido siempre en la boca palabras de sinceridad y de rebelión contra las convenciones. Pero no es sincero el que quiere, o el que cree serlo. Es necesario despojarse de las frases prestadas, de las influencias sufridas en una edad harto receptiva, de las ilusiones voluntarias a que nos entregamos para eliminar lo que es ficticio y lograr la sinceridad desnuda.

Creemos que la juventud de hoy ha cultivado, más que ninguna, este esfuerzo hacia la verdad. Aquí también la literatura, a pesar de provenir de una minoría de espíritus más sensibles que los otros, traduce una tendencia general de la época. El eco que ha obtenido el existencialismo francés en diversos países, es significativo. Los héroes favoritos de nuestros libros no son ya los que quieren ganar dinero, atravesar la escala social, conservar algún poder o una herencia tradicional, conquistar una o varias mujeres. Tratan con desdén estos valores sociales y se burlan de la comedia mentirosa que juegan los hombres y las mujeres en el amor, en la vida conyugal, en la ambición y en los negocios.

Estos héroes literarios de nuestra juventud —en Anohuil, Sartre, Camus— no se muestran menos severos con el fariseísmo intelectual que nos conduce a dormir, seguros de una doctrina, o a columpiarnos en la mala fe. Quieren más autenticidad, y sobre todo más pureza. Cada uno debe elevarse más allá de los satisfactorios hábitos y de las vanidades, mirarse con sus egoísmos, a veces con sus obscenidades y su fealdad moral, con su absurdidad esencial. Pero, lejos de quedarse allí, el hombre así concebido trata de pasar por encima de este engaño de los hombres y de sí mismo, de escoger libremente su destino y de asumir, con pleno y lúcido conocimiento de causa, la suerte que le espera en un mundo que no ha recibido una significación previa-

3. Esto quiere decir que la juventud de 1945-50 no es víctima del optimismo. Jean-Paul Sartre sostuvo, en un artículo reciente, que entre los jóvenes europeos, marcados por una horrible guerra y obsesionados por la brillante presencia del mal en el mundo, y los jóvenes de los Estados Unidos, optimistas inveterados e instintivamente hostiles a la concepción jansenista de la vida que es moralmente la de los "latinos", hay un abismo inmenso. Creemos que su afirmación se halla desmentida por la reciente evolución de la juventud norteamericana. En Norteamérica, como en otras partes, los jóvenes no se embriagan de optimismo. La segunda guerra mundial, que hicieron en una jungla de las islas del Pacífico, o por encima y entre las ciudades bombardeadas de Europa, los ha sacudido profundamente. Saben que existe el mal en el mundo y en el hombre; que ese mal es probablemente inarraigable; que la búsqueda de la felicidad, antes recomendada por los padres de su patria, es una fórmula un tanto huera puesto que quien corre demasiado tras la felicidad, raramente la logra, y que, de hecho, la vida es trágica.

La juventud de hoy es, sin contradicción, pesimista, lo que quiere decir, según pensamos, valiente y constructiva. No quiere embaucarse repitiéndose que las cosas van bien e irán mejor: lo cual sería admitir que su venida al mundo es inútil. Sabe que le ha tocado vivir en una época de apocalipsis, y que las fuerzas del mal, que no fueron nunca el atributo de un solo país, amenazan ahora por todas partes con cegar los espíritus y pervertir los corazones. De ello no infiere que haya que cruzarse de brazos, sino que es menester unirse con otros combatientes de buena voluntad para disminuir este mal, o para reducirlo a la impotencia. Católicos, protestantes, israelitas y ateos se reúnen.

4. Pero los problemas con que deberá enfrentarse la juventud actual de diversos continentes son problemas inmediatos y concretos. En casi todos los países, durante estos últimos años, los mejores elementos juveniles se interesan por el conocimiento de otros pueblos, por el estudio de la política exterior, de las cuestiones de economía internacional y, de una manera general, por el conocimiento de la política en un sentido más amplio. Se ha producido desde hace un siglo el desprestigio de la palabra "político", que los saint-simonianos todavía respetaban. El término debe ser rehabilitado: la profesión de político es, entre todas, la más difícil, puesto que consiste, en principio, en actuar después de haber pensado y según se ha pensado, en unir el conocimiento y la dirección de los hombres a la comprensión de las fuerzas y de las ideas que los mueven. Una de las más grandes desgracias del siglo xx fué la abdicación que hicieron de su juicio crítico diversas juventudes, en favor de un hombre que creían providencial, y que, adulándolas sin vergüenza, las privaba de la independencia

de su acción. No es probable que nuestra actual post-guerra caiga en esta misma trampa. Pueblos como el alemán, donde los mejores espíritus podían en otro tiempo vanagloriarse de ser "apolíticos", y se inclinaban a dejar el manejo de los asuntos de estado a jefes especializados en el dominio práctico aislado de la teoría, parecen darse cuenta de su error. Hoy se hace necesario que los cerebros más cultivados, que los espíritus más imaginativos, se consagren a las labores políticas. La juventud lo ha comprendido. Ha dejado de tener fe en la ciencia, en la técnica, en el maquinismo. Ya no puede, en la edad atómica en que debe vivir, admitir que el desarrollo de la ciencia sirva necesariamente al bienestar y al progreso. La ciencia misma tiene mala conciencia al respecto. No se detendrán sin duda sus descubrimientos. Pero es en otra parte, paralelamente, donde debe buscarse, trabajarse...

5. Pues se trata nada menos que de salvar un mundo amenazado; y de salvarlo en la propia casa primero, como obliga la caridad bien entendida, pero también en la escala mundial. Desde luego, en el interior de cada país, todas las opiniones están representadas por la juventud, que es esencialmente diversidad. Pero puede decirse que, incluso allí donde el conservadorismo es más poderoso, incluso allí donde se retrocede frente a ciertas exageraciones del socialismo teórico de 1945, la juventud se eleva contra la perpetuación de las iniquidades sociales; siente poca simpatía por el capitalismo de los monopolios, cuyo mayor delito ha sido el carecer de poesía y de dinamismo por una parte, de filosofía y de un cuerpo de doctrina por la otra. Sabe que los hechos ilógicos que son la superproducción y el subconsumo, las crisis económicas, las especulaciones egoístas, deben ser corregidos; y que disminuir los excesos de la libertad de comercio es el único medio de salvar su fecundidad. Es esta juventud la que, en Estados Unidos, ha dado el triunfo a Truman contra un rival que se había dirigido mal a ella. Ningún régimen económico y social puede, en el interior, sin injusticia y sin peligro de revolución, dejar sin participar de sus ventajas a un número demasiado elevado de ciudadanos.

6. Menos aún puede hacerlo en el exterior. El aislacionismo es uno de los grandes vencidos de la última guerra y el nacionalismo es otro. El carácter que da más bien que decir de la juventud de hoy es que no es más la presa del nacionalismo, o que lo es mucho menos que después de 1918. Los hombres que han pasado por los años de guerra y los que les suceden y ven surgir delante de ellos el espectro de las nuevas guerras, sienten, en su mayoría, desagrado frente a todo pensamiento estrechamente nacional. Miran a través de las fronteras hacia otras juventudes. Se suman a menudo a los movimientos federalistas, a las agrupaciones europeas o a uniones más vastas aún.

Eso es perceptible en Europa. Eso es tan perceptible como sorprendente en Norteamérica. El gesto de Garry Davis, los proyectos de constitución mundial como el que ha elaborado el Comité Hutchins de Chicago, los numerosos movimientos federalistas que existen en los colegios de los Estados Unidos, son testimonio, en el más favorecido y el más poderoso de los países, de un estado de espíritu que nos deja optimistas. Se siente uno solidario del resto del mundo, obligado a cooperar para que este mundo se salve o, si no, condenado a seguirlo en su ruina. Comprende uno al mismo tiempo que las naciones menos favorecidas, que miran en este momento hacia Norteamérica, esperen de ella una política distinta de la simple política negativa que consiste en reprimir el comunismo. No se detiene la expansión de una fe, así se la juzgue pervertida, con barreras militares o atómicas. No se puede triunfar de ella sino formulando otra fe, más noble y generosa, que dé a los hombres desengañados razones para sufrir un presente a menudo triste en razón de un mejor porvenir.

Es necesario, en resumen, cambiar al hombre. Eso no es imposible. Las religiones cambiaron al hombre en el pasado. La educación puede servir hoy a ese efecto y la conciencia aguda de un peligro inminente puede ayudar al buen éxito. La juventud que vive hoy en los países que conducen el mundo es idealista; detrás de su pesimismo y de su amargura, sabe que debe luchar por ese gran fin que es la reducción de la miseria y la supresión de la guerra. Pero es igualmente realista y no se engaña con quimeras. No ignora que sólo progresivamente, con sabiduría, con arte, con una firme determinación, con el empleo de medios prácticos, podrá realizar sus ideales.

Creemos que tiene conciencia de las dificultades que ha de resolver, de sus posibilidades y de sus limitaciones, en mucho mayor grado que la juventud de hace medio siglo. Los mayores deberán otorgarle confianza, ayudarla con sus experiencias, a veces con sus críticas y siempre con su buena voluntad. Mantener en sí, después de los cuarenta y los cincuenta años, el idealismo y el fervor de la juventud, tal es la ambición de aquellos que, al envejecer, no reniegan sin embargo de la juventud. No aceptar demasiado pronto los compromisos que ofrece el triunfo, desconfiar de las quimeras cuya derrota engendra la desilusión, unir la lucidez al entusiasmo y a la imaginación que permite encontrar nuevas soluciones: si la juventud actual consigue todo esto, conseguirá también librar a nuestro mundo del miedo del futuro y establecer una paz que lo haga habitable.

BREVE BIOGRAFÍA DE ELIO VITTORINI

"Siracusa es una ciudad de marineros y campesinos, construída en un islote que un largo puente une a Sicilia. Allí nací yo, el 23 de julio de 1908, en una casa desde la cual, a los siete años, ví naufragar un vapor cargado de chinos." Así empieza Elio Vittorini las notas autobiográficas que ha escrito, a pedido del editor Bompiani, para sus lectores extranjeros.

La referencia al barco cargado de chinos es importante. El chico lo ve hundirse y piensa angustiado que los pobres diablos amarillos se ahogarán; y el recuerdo explica la insistencia con que muchos años después, en *Conversazione in Sicilia*, recurre, en el largo diálogo entre madre e hijo, a la expresión "un pobre chino" para aludir al más ínfimo, al más desheredado de los parias. A Vittorini hay que buscarlo por ahí, comprender ciertas orientaciones y ciertos resultados suyos de escritor (y de hombre) por ciertas cosas que vió o que le ocurrieron y que se le quedaron viviendo en el alma.

La familia, por parte de la madre, era de campesinos; y, por parte del padre, de marineros. Pero el padre trabajaba en los ferrocarriles, era jefe de una pequeña estación rural siciliana: tejido de alambre en las ventanas y desierto en torno, latifundio y malaria, algún criadero de ovejas o una mina de azufre en las cercanías. La familia vivía en la casa de Siracusa sólo cuando el ferroviario estaba de vacaciones; el resto del tiempo lo pasaban en la perdida estación. Eran cuatro chicos, y para ir a la escuela tomaban el tren hasta la ciudad más cercana. Los estudios regulares de Elio fueron pocos, y, en suma, el muchacho desilusionó al padre, que quería hacer de él un tenedor de libros, o quizá un contador. En efecto, cursó los cinco años elementales, tres de escuela técnica, un par de instituto comercial, reiteradamente aplazado y siempre más reacio al libro de partida doble. Varias veces había intentado zafarse de estos estudios irritantes, y al fin, a los diecisiete años, lo logró. Ya tenía el veneno adentro, obrando en él profundamente: a los seis años había leído una reducción de *Robinson Crusoe*, a los siete otra de *Las mil y una noches*; y ambas lecturas fueron acontecimientos capitales en su vida. Por otra parte, la estación perdida en el desierto estaba asomada a la invitación de los rieles, y ya varias veces —la primera a los trece años— el muchacho, por un lado deseoso de abandonar la aburrida escuela, por otro, ansioso de conocer mundo, se había lanzado a esa invitación con uno de los boletos gratuitos que el Estado concede a los ferroviarios y a los miembros de sus familias. De los trece a los diecisiete años, hizo cuatro escapadas; es decir, una por año. La primera, se escabulló con un boleto para toda la red fe-

roviaria de Italia y cincuenta liras en el bolsillo, dejando una carta en la que explicaba a su padre que se iba y que volvería. Cuenta que de noche, para no gastar en alojamiento, se metía en un tren y viajaba; y de día visitaba las ciudades. Vittorini ahora explica que esos viajes eran para él lo mismo que leer: "Me iba para ver mundo: lo más que podía ver de la gente del mundo y de las cosas del mundo, del mismo modo que leía para saber algo, para saber más acerca del mundo". También volvió a casa las otras dos veces que escapó. La cuarta vez, en cambio, se quedó picando piedras en un camino de montaña, en el Norte, en la región de Goricia. Era un rudo trabajo, pero le sentó mejor que los estudios comerciales. A los seis meses ya lo habían ascendido a capataz de equipo. Y entonces tomó parte en la construcción de un puente; cosa —dice— "que marcó una época en mi adolescencia, como la lectura de *Robinson* en mi primera infancia". Construir un puente es algo. Oigámosle a él: "Construir un puente no es lo mismo que construir una mesa o construir una casa. Una vez que se empieza, ya no se puede suspender el trabajo hasta el final, por lo menos en lo que respecta a los pilones. Se hacen cajones de cemento que hay que meter poco a poco en el cauce del río, cavándoles sus hoyos y extrayéndoles el agua a fuerza de bombear. Si llueve, hay que ser más listos que la lluvia, así en cavar como en bombear. Y entonces se trabaja día y noche, sin turnarse, sin pensar ya que se trabaja para ganarse el pan, pensando en vencer, en lograr nuestro intento. Esto fué lo que marcó una época para mí".

Ya tenemos datos esenciales. Cuatro experiencias: la de los chinos ahogándose; la de la lectura de *Robinson*; la de la vida independiente; la de la construcción de una obra en la que se requiere esfuerzo, solidaridad y generosidad. Acerca de la segunda experiencia, anotaremos aquí un rasgo que tiene su significado; Vittorini recuerda la carátula del libro, en que Robinson aparece inclinado examinando la huella del pie de *otro* hombre en la arena de la isla desierta. No es del todo exacto decir que las experiencias hacen al hombre. Es la calidad del hombre lo que hace el valor de las experiencias. No se conoce a un hombre por las experiencias que ha tenido, sino por cómo las aprovecha. Lo importante, lo que define y forma, es la selección que hace uno de sus propias experiencias, y el sentido que les da. Vittorini ha escogido algunas de los años de su formación que dejan de ser hechos para convertirse en rasgos de su figura y en orientación de su conciencia. Aquellos chinos ahogándose quedaron para siempre como expresión de la infelicidad humana; aquella construcción del puente fué para siempre la lección del esfuerzo humano asociado. Y entre estas dos experiencias, está bien, está en su justo lugar, la del hombre descubriendo —o buscando— la huella de *otro* hombre: lo cual significa el descubrimiento de sí mismo, de la

propia individualidad, a la vez que la busca de comunión con los semejantes en la vida. Son experiencias que provocan aptitudes y engendran conceptos morales; pero, más que eso, son adquisiciones vivientes, son cultivos que prenden en el ánimo y después ramifican en la obra con íntima y humana riqueza de significados. Casi está de más precisar que al decir, a propósito de los parias chinos, *infelicidad humana*, no se entiende aludir a una idea abstracta de la infelicidad humana. Vittorini no ignora los conceptos absolutos, pero aquí estamos en un plano práctico y social: se trata de la desventura de unos hombres desventajosamente colocados en la sociedad; se alude a todo un sistema de convivencia que se resuelve para ciertos hombres en un enorme margen de sufrimientos provocado por otros hombres o por el sistema mismo. En suma, los conceptos absolutos acerca de la condición del hombre han de buscarse en la aptitud del hombre que se descubre a sí mismo.

Colocaremos, entre los datos esenciales, la noción del nativo paisaje siciliano; la vida de las gentes humildes; y el descubrimiento de Italia en sus escapadas, ese su buscar mundo a través de Italia, y ese su llegar y empezar a trabajar en el norte de Italia. Años después, el norte de Italia será un descubrimiento decisivo para él.

Su vida de escritor empieza más o menos en la época de la construcción del puente: 1927. A los dieciocho años. Escribe prosas líricas, algunos cuentos. Envía un cuento a un periódico que dirige Curzio Malaparte. Malaparte lo publica y alienta al debutante a proseguir; durante dos años le hace colaborar en publicaciones por él dirigidas. Después hay un desacuerdo de tendencias. Malaparte predicaba entonces una concepción artística "bárbara" o "strapaesana", en oposición al "novecentismo" de Bontempelli. Buscaba lo más popular, campesino, aldeano y característico que podía hallarse en Italia y, en nombre de ello, se pronunciaba en un sentido antiburgués, antieuropeo y antimoderno. "Strapaese" tenía su antecedente literario en un relato de Antonio Baldini, ingenio de ariostesca devoción; en ese relato, *Michelaccio*, quiso ejemplarizar una especie de italiano primordial. Pero Michelaccio resultó una mezcla de nobleza y popularidad, de historicidad y primordialidad; no era una creación espontánea; era un engendro intelectual; su padre era el demasiado fino espíritu de Baldini y su madre era una cierta concepción vital-literaria que le gustaba a Baldini. El hijo debía resultar, por fuerza, tan fuera de lo natural como los héroes caballerescos de Ariosto; pero al revés, pues si el caballero es el hombre idealizado (y, en Ariosto, proyectado en la pura fantasía), Michelaccio es el hombre en sus rudimentos instintivos (tan expertos, sin embargo) y está proyectado en elementos de puro cálculo fisiológico. Y se echa de ver en seguida que ese cálculo es puramente intelectual, como que del intelecto nace, no de la vida, Michelaccio: especie de Sancho al cual, para ser

un verdadero Sancho, le falta lo que Sancho tiene de hombre, en tanto que le sobra todo eso de alegórico que es propio de un arquetipo demasiado arquetipo. Del mismo modo, en el movimiento malapartiano de "Strapaese" había un "michelaccismo" (o un "sanchismo") demasiado arquetípico, demasiado salido de una liberación intelectual. Por ese camino hubiera sido más fácil llegar a una especie de Arcadia de la grosería que a la verdadera realidad popular.

Para Vittorini, "Strapaese" no era sino una nueva y extremada versión del provincialismo, peligroso mal para cualquier literatura; creía que la literatura italiana no podía vivir sino en la atmósfera de las grandes corrientes europeas. Tomó posición con un artículo de sentido claro, publicado en *L'Italia Letteraria* en 1929. Dato curioso: uno de los directores de este periódico era Malaparte; el otro era Angioletti, espíritu amplio de humanista moderno. En ese artículo Vittorini formulaba una precisa imputación de provincialismo a la cultura italiana y sostenía "la necesidad de escribir con sentido europeo". Fué su primer éxito y su primer incidente literario. Le valió la pérdida de ciertas colaboraciones pagas, las primeras acusaciones de antifascismo, y su ingreso en el grupo literario florentino que editaba la revista *Solaria*, en que figuraban Montale, Loria, Bonsanti, Ferrata y que reveló y valorizó a un escritor tan europeo como Italo Svevo. En los ambientes literarios de entonces, dice, ser *solariano* significaba ser antifascista, europeísta, universalista, anti-tradicionalista. "Papini —agrega— nos injuriaba por un lado y Farinacci por otro". En *Solaria* publicó Vittorini los cuentos que luego formaron su primer libro: *Piccola borghesia*, así como el *Viaggio in Sardegna* que fué su segundo libro y, por fin, los capítulos de su primera novela, *Il garofano rosso*. Había abandonado su trabajo de capataz de equipo caminero en la Venecia Julia, y desde 1930 se había establecido en Florencia, empleándose como corrector de pruebas en el diario *La Nazione*. Trabajaba en una jaula de vidrio colocada en el centro de la imprenta, en turno nocturno, de 22,30 a 5,30. Tenía veintidós años, pero ya estaba casado y ya tenía un hijo. Su mujer, de la que más tarde se separó, era hermana del poeta Quasimodo, también descendiente de ferroviarios.

Con estos datos —de muchacho que no quiere estudiar, de vagabundo metódico, de adolescente que se mete a peón y a capataz de equipo caminero y de pronto surge como corrector de pruebas y escritor, con mujer y un hijo, a la edad en que otros jóvenes apenas empiezan a tener permiso para salir de noche —podríamos sugerir una idea falsa de Vittorini. Un Vittorini sin cultura y todo instinto, improvisación y aventura. Nada de esto. Lo que ha habido siempre en él es un afán de realizar por completo su personalidad, de contraer con la vida todos los compromisos propios de un

hombre auténtico. La cultura de Vittorini me ha sorprendido siempre. Me ha sorprendido siempre su capacidad de aprender y organizar. Hablando con él, es difícil hallarle desprevenido acerca de cualquier argumento. Ya veremos manifestarse en él, junto al artista creador, el intelectual, el hombre de cultura, en forma de crítico, de traductor, de director de iniciativas editoriales. Lo cierto es que en la época de su establecimiento en Florencia, ya poseía el francés, y había leído en este idioma a Proust, a Gide, a los escritores de la N. R. F., y, traducidos al mismo idioma, a Joyce y a Kafka. Esto, además de lo que podía darle el italiano. Después del francés, acometió el inglés. Cuenta que su maestro fué un viejo tipógrafo de *La Nazione*, ex emigrante que había vivido en Estados Unidos, su texto fué *Robinson Crusoe*, y su sistema el de ir escribiendo sobre cada palabra inglesa su equivalente palabra italiana. Pero en 1934 uno de los editores italianos más exigentes, Mondadori, ya publicaba una novela de Lawrence traducida por Vittorini. Desde entonces hasta 1941 su profesión fué la de traductor. A ello contribuyó una intoxicación de plomo, con complicaciones pulmonares, contraída en la imprenta, y que, obligándole a dejar el trabajo de corrector, le creaba la necesidad de hallar un nuevo modo de ganarse el pan. El inglés fué su idioma de elección, y, además de D. H. Lawrence, tradujo a Poe, De Foë, Faulkner, Hemingway, Saroyan, Caldwell, etc.; y a los poetas nuevos de lengua inglesa, como Elliot, Auden, Mac Neice, acerca de los cuales también publicaba notas críticas. Publicó una antología de autores norteamericanos, escribió interesantes ensayos sobre los desenvolvimientos históricos de la literatura de los Estados Unidos. También aprendió el español y, además de publicar una antología del teatro clásico español y otra de narradores, tradujo una serie de cosas, en particular de García Lorca. Su manera de traducir era de escritor, no de mero traductor. Su labor creadora durante este período son las dos novelas *Il garofano rosso*, que es un poco indicativa de lo que Vittorini no debía hacer, y *Conversazione in Sicilia*. Hay también una serie de cuentos, no reunidos hasta ahora en volumen: algunos, notables; los más, ejercicios de un lenguaje narrativo poético en formación, y acerca de los cuales diríamos que son literatura *pura*, en el sentido en que se dice pintura *pura*.

El período florentino duró ocho años. Fué de gran trabajo, de formación (los años decisivos, de los 22 a los 30) y de orientación irremediablemente antifascista; digo irremediablemente, porque esta orientación era consecuencia natural de su modo de ser, de su modo de ver, de sentir y de pensar. Y como Florencia, que nunca ha desmentido su tradición, era una ciudad facciosa, Vittorini no tardó en suscitar las reacciones de la facción dominante, la fascista. Por lo demás, lo que en su juvenil disenso con Malaparte era sólo intuído, ahora era consciente y razonado,

probado en la experiencia de una vida intelectual intensa proyectada en un plano mundial y consolidado en la madurez de una conciencia. Lo que había sostenido contra "Strapaese", lo vivió y lo trabajó; para él la polémica era vida. Convirtió su labor en la literatura italiana en un trabajar con las literaturas del mundo. Su lenguaje se plasmó a través de una experiencia de idiomas, y, sobre todo, supo hallar y desarrollar en esa forma suya suelta y aparentemente fácil pero sensibilísima, a la vez popular y elegante, que le permite su maravillosa libertad expresiva actual, los nexos profundos que, bajo una gran diversidad aparente, acomunan el idioma italiano y el idioma inglés. Parece absurdo; pero, íntimamente, el italiano tiene quizá más afinidad con el inglés que con el español o el francés, que sin embargo tanto se le parecen formalmente. (He aquí una cuestión que convendría profundizar: yo también tengo mi pequeña experiencia de traductor, pero me baso sobre todo en la que tengo como lector; y sé que un texto inglés bien vertido se puede leer en italiano como si hubiera sido escrito en italiano; en tanto que cada vez que he tomado entre manos una traducción del francés o del español, he sentido estos idiomas detrás de la provisoria forma italiana.) Puede decirse que la formación literaria de Vittorini se ha producido tanto sobre la línea del espíritu de su idioma como sobre la del espíritu del idioma inglés; y no sé si tiene más parentesco con los escritores italianos de su generación (Moravia, Piovene, Pratolini, Bilenchi, etc.) o con escritores ingleses y norteamericanos (con estos últimos sobre todo) como D. H. Lawrence, Faulkner, Hemingway, Caldwell y Saroyan; sea dicho de paso que, de éstos, los que le están más cerca son Hemingway y Caldwell.

Pero se ha de hacer todavía hincapié en aquel juvenil disentiimiento con "Strapaese", que fué en Vittorini una intuición tan decisiva como las experiencias que destacamos al principio —en realidad, tal intuición nacía como una consecuencia natural de aquellas experiencias formativas, o, más propiamente, del espíritu de interpretación de las mismas. "Strapaese" quería ser lo exclusivo —con el agravante de su falsedad—; era aislamiento y reacción; y como no podía basarse sobre una voluntad real del pueblo, invocaba la ideología fascista. Al afirmar, contra esto, la colaboración intelectual, Vittorini afirmaba también el principio de la indiferenciación localista en el arte; la necesidad de lo esencial humano; lo que siendo natural y común a todos los hombres es universal; y entonces el escenario se simplifica y a la vez se ensancha, y el hombre puede sentir como suyas las vicisitudes ocurridas a otros hombres en todas partes. Es una tontería creer que deba uno ser primero italiano, francés o español, y después hombre; así, sin adjetivo; creer que pierde uno originalidad si se siente hermano de los que viven dentro de otras fronteras y hablan otro idioma. Lo que uno es se revela

mejor en la comunión y en el libre comercio con todos que en el aislamiento y en la árida afirmación de diferencias que, en definitiva, son más accidentales que substanciales. Y en este confundirse con los otros, llega uno a lo suyo más particular, a lo que tiene de esencial como hombre; y eso mismo, lo que uno es substancialmente, lo que hace nuestra efectiva individualidad, es también lo que tiene de realmente en común con los demás. Las diferencias suelen ser más accidentales que de fondo. En Vittorini esta reducción al común dominador es una tendencia espontánea y una deliberación razonada. "En Milán, como en Shanghai, como en Madrid, como en Buenos Aires, como en Nueva York", le oiremos repetir más de una vez al encuadrar una vicisitud humana; y ello significa: en Milán como simple lugar del mundo, como expresión del mundo y, como tal, válida en cualquier otra parte. Recordaremos cómo explica que sitúa en Sicilia la acción de *Conversazione* simplemente porque Sicilia le suena mejor que, por ejemplo, Venezuela u otro nombre. Es que la suya es también Sicilia sólo como pedazo, como expresión de mundo. Y veremos también cómo la identificación substancial, en tanto que afirma lo común y universal como sentido íntimo, da más evidencia al juego de diferencias mantenidas en el plano de lo accidental. Todas las caras humanas están hechas de los mismos rasgos y los mismos órganos; sin embargo, cada una compone una fisonomía única. Y lo mismo que sucede con las caras, sucede con los hombres; todos son semejantes, pero cada uno es un caso distinto. A veces Vittorini ni siquiera quiere distinguir a sus personajes por sus nombres; pero ¡cómo se particularizan y distinguen por sí solos en cuanto comienzan a actuar! Sin desvirtuarse, empero, en simples figuraciones características, como en realidad no pasan de ser muchas creaciones de tanto novelista psicólogo y definidor. Ni siquiera recordaríamos a los dos policías de *Conversazione*, personajes de paso por la novela, simplemente ocasionales, si no fueran tan "la misma cosa", con la única diferencia notable de que uno de ellos tiene bigote y el otro no, y si Vittorini no les diera más que el nombre de esa diferencia llamándolos *Con-Bigote* y *Sin-Bigote*; el hecho de que la insignificante y a la vez decisiva caracterización exterior de esta diferencia sea la fuente de la cual los dos desconocidos policías toman sus nombres, los torna de inmediato pintorescos y curiosos. El protagonista de *Uomini e no* se llama simplemente con una letra y un número: N2; y en *Le donne di Messina*, gran novela coral, hay personajes que adquieren nombre, es decir, que nacen al hacer un gesto. Y sin embargo estos personajes, que son "cualquiera", resultan tan "ellos", bajo esos toques delicados y decisivos del arte de Vittorini, que uno realmente los ve y no los olvida ya. Lo importante es que su modo de ver a los hombres es de alguien que comulga con los hombres.

En el otoño de 1936, a causa de un artículo en el cual decía que Italia debía ayudar a los republicanos españoles, y no a los franquistas, fué amenazado de confinamiento político. Fué la primera ruptura abierta con el fascismo. El año 36 es el año de la definición para Vittorini como hombre y escritor. Es el año en que con amigos obreros e intelectuales oye clandestinamente Radio Madrid, Radio Barcelona

...; en que de la guerra
e"; en que decide que
ar repudiado y comba-
raba dentro de sí— y
, a la cara del público,
como la música, como
na y en que fermenta-
febrero de 1933 ("Si
cia que tuvo para mí
s, del mundo mismo,
. Y de todo esto, que

Sicilia, su primer gran
ño del 38, cuando ya
vela fué publicada en
laria; después un mo-
a censura la dejó pasar
a música; pero era un
endió en 1942, cuando
es, que se agotó en un
) sea que siguió apare-
ta edición; y fué tra-

modernos, Vittorini es uno de los más libres con respecto a deliberados esquemas morales o ideológicos. Indudablemente responden más que él a esquemas de este género un Piovene, un Moravia, un Pratolini, un Sartre, un Camus, un Graham Greene. En Piovene el propósito es explícito: para él el arte es un medio de depuración moral y psicológica. En Moravia hay la crítica del mundo burgués desde dentro del mundo burgués mismo. En Pratolini a veces se eleva ostensiblemente la mística del hombre de izquierda. El existencialismo de Sartre y el post-existencialismo de Camus hacen innecesario buscar una definición. Y Graham Greene ve la vida desde el ángulo visual del católico experto en la noción teológica del pecado y la gracia. Es curioso que comentaristas que aceptan como "libertad" moral el encuadramiento ideológico y ético de estos escritores, reprochen a Vittorini una limitación o tendenciosidad que para nada lo inhibe. No hagamos cuestión del valor de las ideologías como ideologías; en este terreno cada uno hace su composición de lugar, e influye mucho el factor subjetivo; pero es indudable que en este caso la limitación y la tendenciosidad ideológicas están en los comentarios que dan demasiado peso a la actuación práctica de Vittorini ciudadano y leen con este prejuicio sus libros. Por lo demás, él mismo se explica suficientemente en una *Nota* que pospone a su única novela a la que podríamos encontrar una intención polémica que, sin embargo, está superada a través de una transfiguración poética indudablemente genuina: "No porque yo sea, como todos saben, un militante comunista, se ha de creer que es éste un libro comunista. Buscar en arte el progreso de la humanidad es cosa muy distinta que luchar por ese progreso en el terreno político y social. En arte no vale la voluntad, no vale la conciencia abstracta, no valen las persuasiones racionales; todo está ligado al mundo psicológico del hombre, y no se puede afirmar nada nuevo que no sea puro y simple descubrimiento humano". Esto no es mera teoría; es lo que verdaderamente ocurre con él como con cualquier otro escritor. En realidad, la actitud de Vittorini escritor es un modo de reducir las cosas a su simplicidad elemental, reconducir todo a su origen, donde nacen la verdad y la poesía, y donde las cosas mismas se identifican con la esencia de las cosas. Y ver las cosas en su origen desde la distancia del hombre de hoy, que ha viajado tanto a través de años, experiencias, abstracciones y desviaciones, y que hace como un ademán con los brazos para despejar la visual ante sí.

Pero aunque es grande la tentación de entrar en un terreno propiamente crítico y explayarnos analíticamente sobre los caracteres y el significado del arte de Vittorini, tendremos que renunciar a ello por ser aquí nuestro propósito más de biógrafos que de críticos. Así, pues, en Milán, de 1938 a 1941, Vittorini siguió viviendo de traducciones. En esta época fué cuando nuestra amistad, de literaria, se hizo personal, y empecé a

encontrarlo en las redacciones de Mondadori y de Bompiani y en algún democrático restaurante en que practicábamos la avara dieta de la cartilla del tiempo de guerra. Hombre enjuto, alto y de mirar hacia arriba, cabello corto y tupido con canas prematuras sobre una buena cabeza dolicocefala, más tipo de italiano septentrional que de siciliano, ojos claros, bigotito castaño, gesto medido, hablar sonriente y sencillo, mucha inclinación a abstraerse, sin sombrero en pleno invierno milanés y llevando debajo del brazo su eterna cartera donde siempre había, entre papeles y libros, una naranja, un pan, caramelos. A fines del 41 dejó de traducir para planear y dirigir la colección universal "Corona" del editor Bompiani; en el 42, actividad clandestina; en el 43 fué arrestado, y en agosto, desde la ventana de la cárcel, vió arder Milán bombardeado, y supo luego que su casa, con sus libros y papeles, también había ardido. En septiembre, poco antes de la ocupación alemana, el director de la cárcel libertó a los presos políticos, pero como no destruyó los expedientes en que figuraban sus datos personales, los libertados volvieron a ser buscados y, para substraerse a la captura, Vittorini cambió de nombre y de fisonomía y se metió de lleno en la lucha de la resistencia. Después de la liberación funda *Il Politecnico*, periódico de cultura sostenido por el editor Einaudi (duró hasta diciembre del 47); y en julio del 45 publica su tercera novela, *Uomini e no*. Dice: "Me la tradujeron al francés, al alemán y a otras lenguas menores, pero todavía no al inglés y al ruso. En cambio, *Conversazione in Sicilia* ha sido traducida a muchos más idiomas, incluso al inglés". A principios del 47 da a luz su cuarta novela, *Il Sempione strizza l'occhio al Frejus*, que él, en desacuerdo con los críticos, considera su mejor obra, y que también es objeto de numerosas traducciones. En marzo del 49 apareció su novela más amplia, *Le donne di Messina*. Ahora promete la continuación de *Il Sempione* y una comedia. Los narradores que más le gustan son los anónimos de *Las mil y una noches*, el anónimo italiano del *Novellino*, Boccaccio, Chaucer, Cervantes, De Foë, Diderot, Melville, Dickens, Stendhal, Gogol, Tolstoy y Hemingway. "Considero a Hemingway —afirma— un escritor más importante, por lo menos para el común de los mortales, que Joyce, Proust, Kafka, Faulkner".

ATTILIO DABINI

N O T A S

Libros

POESÍA, ENSAYOS

EDUARDO LOZANO: *Argumento del hombre*. (Ediciones de Botella al Mar, Buenos Aires, 1948). —

¡Con qué ansia cordial busco no comprender los poemas de los poetas jóvenes! Ellos, acaso, no lo sospechan, porque es ésta una última forma de amor a la poesía que no pueden concebir a sus años. Ansia melancólica y profunda que me revelaría, no tanto mi iniciación en el acabamiento, como la irrupción vigorosa de una nueva forma poética ajena a mi sensibilidad, ese fenómeno tan difícil de precisar con límites objetivos, pero inconfundible, que anuncia la auténtica presencia de una nueva generación.

Pero cada reciente libro de versos que hojeo, sigo entendiéndolo. Sigo entendiéndolo, no sólo por las bellas imágenes que lo iluminan, sino —lo que es más grave— por sus oquedades, desfallecimientos expresivos, aparentes misterios. Sigo entendiéndolo, no porque mi sensibilidad se renueve, sino porque nada verdaderamente nuevo la solicita.

Aquí tengo entre manos el libro de un poeta auténtico, Eduardo Lozano; este libro, por ser muy característico de las tendencias poéticas que actualmente predominan entre los jóvenes, puede servir para aclarar mis conceptos. Lo abro al azar por la página 80, donde terminan sus "Textos de amigo", y encuentro las siguientes estrofas:

Muerte

Resume la tarde un oro viejo,

retal de mariposas queda;

el diapasón rojo del poniente

restaña los picos

arriba.

En cansado tumbo de caballos

perdí tu nombre.

El diapasón rojo del poniente, la pérdida del nombre en un tumbo de caballos, y, sobre todo, la disposición de las metáforas, inconexas entre sí, trae a mi mente el recuerdo de una alejada juventud poética que es cabalmente la mía. Porque este poema podría haber figurado sin desmedro para nadie —ni para él, ni para nosotros— entre los que lucían ufanos en la revista mural "Prisma" con la que allá por 1921 empapelábamos los ultraístas los muros de Buenos Aires... ¿Estaremos acaso ante un retorno? No. Es que, en el fondo, la poesía de estos jóvenes aún no ha salido de aquella entusiasta y limitada retórica. No quisiera que se tomase mi afirmación por una bravata, pero creo que si actualmente debiera buscarse una nueva sensibilidad poética, habría que recurrir a la obra de los que ya peinamos canas, pero que aún nos obstinamos en la perpetua revisión de nuestros procedimientos de oficio y normas de canto.

No tengo la inocencia de reprochar falta de madurez a lo que, para su felicidad, aún está en flor; tampoco hay en estas consideraciones la menor intención de reproche. Pero sería muy feliz si viera que la nueva poesía se me iba de las manos porque se remontaba más alta; en cambio, vuelvo a hallar en estas voces recientes los mismos titubeos de mi época juvenil, agravados por una persistencia un poquito descorazonadora. Pido a los nuevos poetas que nos dejen morir nuestra vida, y, más seriamente aún, les pido que se arriesguen a vivir su propia muerte, que la hagan individual, irreparablemente suya, como quería ese Rilke a quien tanto les gusta citar.

La poesía corre un gravísimo peligro de desnaturalizar sus esencias. Dos enemigos mortales la acechan sin tregua, dos enemigos mortales que le son enemigos tan sólo en cuanto uno de ellos pretende dominarla exclusivamente, pero que se transforman en sus más fieles aliados y servidores cuando toleran el equilibrio de sus fuerzas. Uno de ellos, el más ceñudo, es el Concepto; el otro, más sonriente, la Música. Ambos tienen por asidero la materia prima de la poesía: la palabra. La palabra es al mismo tiempo concepto y música, y la poesía no puede sin grave riesgo desconocer esa dualidad de su naturaleza ni prescindir de ella para sus propios fines, que no son, en sí, puramente conceptuales, ni esencialmente musicales, sino, como diría el maestro Pero Grullo, poéticos.

El conceptismo poético, tan tentador para los que deseáramos hallar una poesía de precisión, deriva insensiblemente hacia un endurecimiento que linda con el pismo definitivo de lo geométrico, mientras que la musicalidad acaba por esfumarse en la neblina indecisa dentro de la cual se adormece con tanto gusto la irresponsabilidad.

No me ocuparé ahora de los peligros que supone el predominio excesivo del

concepto, porque es evidente que nuestra joven poesía actual está demasiado exenta de tal riesgo. Por eso subrayaré solamente el otro.

Los modernistas de comienzos de siglo buscaron la musicalidad en lo externo, a veces por el clamoroso sonido del verso en rimas que repiqueteaban inusitadas, con el escandaloso tintineo de monedas relucientes en sus cuños inesperados, o recurriendo al truco opuesto, mediante la meliflua suavidad a lo Samain, afelpando las imágenes en lánguidos alejandrinos con sordina. Dejando de lado otros valores intrínsecos que no es del caso aquilatar aquí, resulta indiscutible que se trataba de alcanzar la musicalidad con valores prosódicos.

Se reaccionó violentamente contra aquel despliegue de suntuosidades auditivas por medio de un ascetismo que pretendió reducir al mínimo todo lo que fuera extraño al ser mismo de la poesía, prescindiendo por ello, como primera medida profiláctica, de rima y ritmo, para mayor lucimiento de la metáfora desnuda. Alejados del riesgo conceptual, parecíamos al mismo tiempo liberados del peligro de la música, pero ésta nos acechaba con precavida sutileza donde menos la esperábamos.

Porque la poesía podrá aventurarse a muchos riesgos, pero jamás intentará el prescindir de la palabra. Ahora bien, la palabra, que es simultáneamente concepto y música, en cuanto ve disminuído uno de esos valores, hipertrofia automáticamente el otro; reducid a un mínimo su valor musical y obtendréis el concepto puro de que se valen metafísicos y hombres de ciencia; tratad de anular su valor conceptual, y sólo resta una mera sonoridad, un valor prosódico, desligado de todo compromiso semántico y de toda ligadura lógica, que el poeta ha de usar, ni más ni menos, como el músico los tonos de la escala; si se empeña en rehuir la melodía, recurrirá a las disonancias. Entonces ya podrá decir, como lo hace Eduardo Lozano en este libro:

*Como vara la muerte
el pajarillo suda
la golilla del tiempo.*

La vestal del léxico, el abogado de lo conceptual se enloquecerá en indestructibles demostraciones acerca de la falta de glándulas sudoríparas en las aves; pero aún en el caso de que las tuvieran, le será necesario afrontar ese dificultosísimo sudar golillas temporales. En resumidas cuentas, los conceptistas reducirán todo esto a puro disparate, y desde su punto de vista, que no es el del autor, tienen razón. Lo que sucede es que Lozano ha prescindido deliberadamente del sentido que la acepción académica otorga a las palabras, y las ha empleado como emplea el músico las notas. Ya no es, pues, el juego pueril de hacer que las palabras "suenen", que a fin de

cuentas, aunque resulta un extravío cuando se toma como finalidad hedónica, no hiere la naturaleza profunda de la poesía; ahora se pretende utilizar la técnica de un arte, a cuya esencia está adecuada, para otro arte que no la tolera. La palabra no debe desvanecerse en un leve copo de incertidumbre sin disponer simultáneamente de un procedimiento mágico que permita cuajarla al momento en otra certidumbre nueva. El sentido de la palabra puede no emplearse de modo directo, pero tratar de prescindir del sentido es de resultados mortales en poesía. Salvo que caigamos en el mero jugueteo de la jitanjáfora, esa gárgara lírica que puede resultar eficaz para afinar la voz, pero que en modo alguno puede sustituir al canto. Cada palabra contiene un lastre tradicional del que nadie prescinde sin riesgo, y menos que nadie el poeta que aspira a superarlo para acordarle un sentido inédito. El valor poético es, si se quiere, un valor explosivo, pero su eficacia dinámica depende del uso feliz que sólo puede obtenerse plegándose y no oponiéndose a su propia naturaleza. Y lo que es válido para las palabras, lo es asimismo para su ligazón, porque las reglas gramaticales, en su inmensa mayoría, no son el invento caprichoso de pedantescos dómines, como muchos parecen suponer, sino las formas de la vitalidad del habla señaladas con la amorosa paciencia del botánico que revela la existencia de una hierba hasta el presente desconocida.

No se puede decir impunemente al comienzo del "Cántico Hereditario I":

*Yo no os amo
cuadrángulo crecido,*

o en el segundo poema de "Inicial":

*y semillas asumen
su largamente vida.*

No he sentido nunca un supersticioso acatamiento a las normas académicas, y por ello creo que la violación de la concordancia de los pronombres entre sí y con su respectivo verbo, o la inadecuada aplicación de un adverbio a un sustantivo, pueden justificarse cuando obedecen a impostergables necesidades expresivas que sobrepasan las formas comunes; pero para ello ¡oh paradoja! es imprescindible que esa expresión responda de algún modo a un concepto, ausente a mi entender de ese amor tan singularmente plural hacia el crecido cuadrángulo.

Para no perder contacto con la realidad, conviene volver cada tanto al punto de partida y recordar cuál es el objeto fundamental de la poesía: hacer memorable lo memorable, o sea mantener viviente en la memoria del hombre lo que es digno de

ello. Con ese objeto se inventó el ritmo y su humilde servidora, la rima, procedimientos todo lo elementales que se quiera, pero a su modo eficaces para cumplir su función mecánica nemotécnica. Con ese mismo fin se inventó la metáfora, para retener en su instantáneo deslumbramiento a la eternidad huidiza. Pero la metáfora, gran liberadora de la energía expresiva potencial que duerme en las palabras de más común apariencia, no puede prescindir por completo de su significado tradicional, si ha de emancipar sus resonancias más valiosas, si ha de hacerlas lucir en destellos vívidos en vez de difumar su vigor intacto en desleídas incertidumbres.

Si digo todo esto a propósito de *Argumento del hombre*, y no de otros libros, es justamente porque, de entre sus brumas deliberadas, brotan de pronto relumbrantes luces en hermosas metáforas obtenidas, no por un acatamiento excesivo a la lógica, sino porque su penetración en el misterio se logra a partir del sentido de las palabras —del sentido poético, entiéndase bien— y no como si las palabras carecieran en absoluto de significación. Véanse algunos felices ejemplos en estos versos de "Argumento del hombre":

Tu nombre visitado era brisa en higueras
.....

*Nadie sino la mar sabe tu nombre,
nadie, sino la mar y los relámpagos.*

O éste inicial del tercer poema de "País de Labrador":

Ordena, iris, tu caballería.

O esta bellísima ocurrencia de la "Cantiga de pastor":

*No digo ya, pastor, cuánta nube tenían
los sonos de tu flauta.*

O este comprimido mito que alienta en los tres versos de su "Cántico a Adán", en que se describe la inminencia de su nacimiento:

*Nadie miró, nadie contó el espacio sin nacer
un ímpetu de yeguas redoblaba los ríos
modelando tu pez y marejada íntegra.*

Y para no prolongar indefinidamente las citas, terminaré con este verso de "Fábula de América" que tiene la limpia certidumbre de un mármol:

y olas tallaron lícito desnudo.

En estos versos, y en tantos otros que lucen en el libro, sí puede hablarse de verdadera poesía, y ella se manifiesta porque las palabras de que se vale el poeta, sin admitir el yugo definitivo de la lógica, reconocen para la posibilidad de su vuelo un punto de partida; porque, en definitiva, el desasimiento de todo valor es el retorno al caos, en donde lo primero que pierde todo sentido es la libertad. Y en poesía no hay libertad digna de tal nombre que se obtenga sin el reconocimiento inicial de una servidumbre.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

CLARA SILVA: *Memoria de la Nada* (Nova, Buenos Aires, 1949). —

Característica fundamental de toda poesía femenina auténtica, es su inextricable ligazón con lo temporal: lo más profundo de su canto emerge del cuerpo y no del alma, y por ello alcanza con mayor plenitud su designio cuando se atiene con prudencia a esa fatalidad.

Los teólogos que discutieron si había un alma en la mujer no eran tan tontos como hoy nos parecen, porque el alma es de por sí una entidad masculina, actuante, mientras el cuerpo es de naturaleza femenina, pasiva. Por eso en el hombre lo corporal es accidente y en la mujer esencia, y esto nos explica la razón de que entre las mujeres no haya aparecido aún, ni posiblemente aparezca nunca, un gran metafísico de la estatura de Kant o de Platón; no porque su inteligencia sea inferior a la del hombre, ni por otras pamplinas por el estilo, sino porque su actividad vital se orienta hacia otro rumbo; lo femenino tiende a la concreción que alcanza su pleno ideal en el hijo; el clima de lo abstracto es hostil a su forma de sensibilidad.

La mujer es ante todo cuerpo, no porque esté hecha para recreo del soldado, como sostenía el pobre Nietzsche, tan poco de armas tomar para esos esparcimientos, sino porque funcionalmente es ante todo madre, matriz, sexo, que es donde más flagrantemente se evidencia el cuerpo.

Es muy común que cuando se trata de soslayar esa fatalidad esencial, la mujer poeta se diluya en vanos cerebralismos, en difusas elucubraciones con las que traiciona gratuitamente su ser sin alcanzar nada en recompensa. Pero otras mujeres poetas — tal fué el caso de Delmira Agustini — aceptan con un heroísmo demasiado ingenuo ese destino y, haciendo gestos de vestales enloquecidas, proclaman su impudor lírico con trémulo frenesí, en el que se advierte dramáticamente un ardor que escapa de lo personal, porque en él vociferan las contenciones de millones de mujeres constreñidas durante milenios por la censura moral de la tribu.

Aunque conmovedor como espectáculo humano, ese desgarramiento poco o nada tiene que ver con la poesía, que no acepta directamente lo corporal sino está previamente trascendido a una instancia más alta.

Es el caso de Clara Silva, en cuya *Memoria de la Nada* se advierte la clara conciencia de su propio cuerpo "desde" el que escribió su libro apuntando a más elevado blanco:

*y en el tiempo del cuerpo y sus razones
hice este libro triste
para el tiempo.*

Libro triste, entiéndase bien, no por lo que tiene de corpóreo, sino por lo ineludiblemente corporal. Porque la carne no es triste (*belas!*). Lo triste es el tiempo que la disgrega, y justamente porque desbarata su ingenua alegría. Lo tremendo de esta obra es que su autora advierte con clarividencia ardiente la ligazón inexorable entre su cuerpo y el tiempo, del que es pura florescencia.

*Sobre su tallo de medrosos siglos
el cuerpo abrió su flor enamorada.*

Nótese el contraste marcado entre la oscura adjetivación que le merece el tiempo (*medrosos siglos*) y la metáfora en que el cuerpo se convierte en flor enamorada. Por eso es que acepta, de acuerdo con lo que sostengo al principio de esta nota, y con toda valentía, el carácter derivativo de su alma:

¡Alma, que fuiste sólo consecuencia!

Algo así como el perfume de la flor corporal, estremecida en su móvil pedúnculo secular. Podría multiplicar las citas a las alusiones que abundan en este libro para demostrar el carácter primordial del cuerpo, pero sólo quiero añadir una más:

*Yo medía con mi cuerpo
la sensación oscura del origen;*

Creo que no es menester insistir más acerca de esta característica cuando, a través de su diáfano lenguaje, es la propia autora quien nos revela la dimensión de su poesía que parte de la sensación corporal del origen y se expande en un alma que es sólo consecuencia.

Pero lo curioso es que el resultado de esta franca aceptación la libere justamente

del mito y del tabú de lo sexual, y que sea ella la que pula la limpieza transparente de estos cantos, de los que puede decir con toda verdad su autora:

libres de amor y por amor cantados;

De ahí lo profundo de su sentido humano, tan desprovisto de la gemebunda efusión sentimental de los —y sobre todo de las— que confunden la tersura del lirismo con el lloriqueo de un yo consentido. Cuando Clara Silva, en un gesto de gran dignidad íntima, se llama a sí misma al silencio, lo hace con estas palabras reveladoras de la veracidad de su vocación:

*Calle el duro ejercicio de tu canto
donde iba tu ser comprometido,
a la intemperie tu pudor con pena.*

Ejercicio y duro ejercicio de contención es para ella el canto a cuyas exigencias —resistidas hacia lo hedónico— se sacrifica la intimidad del pudor así sometido a la intemperie del ritmo, porque lo exige el compromiso del ser. Es que el famoso “compromiso”, tan manoseado en estos días, no puede tener ninguna relación en la poesía con lo minúsculamente aleatorio de la política, sino únicamente con la apetencia de eternidad del ser, tan por encima de lo político y de lo económico y de lo moral y de todo lo que afinque su inestabilidad en las arenas movedizas del tiempo.

A veces se advierte todavía en estos versos un vago y venturosamente pasajero desmayo, como el de ciertos “afinados violines de la historia” o una “sombrilla malva del recuerdo”, con su dejo modernista, tan poco moderno ya, pero afortunadamente son lo suficientemente escasos como para no merecer sino una alusión así de pasada.

La calidad indiscutible de este libro resplandece ya desde la encontrada antinomia de su título, porque eso, y nada menos que eso, *Memoria de la Nada*, aspira a ser en definitiva toda poesía: memoria de la nada y en plena nada. El memorizar ya es denodada afirmación excepcional del creacionismo, y se podría decir que Dios, al crear el mudo, no trató sino de eso, de fijar una increíble Memoria de la Nada. Como cabal expresión de tal desaforado heroísmo, lo más logrado sin duda en esta obra es el poema “Espejo”, en el que resaltan estos versos visitados y asistidos por el misterio:

*Dejas que el contemplar sea demorado,
que entre imagen y forma
la vida ascienda lenta,
en el mirar, mirándose.*

Este mirar mirándose, esta lentitud por la que asciende la vida entre imagen y forma mientras plantea tácitamente los enigmas sin solución —¿cuál es la imagen y cuál la forma? ¿cuál es el mirar que mira a qué mirar?— llega al transfondo mismo de la verdadera lírica en la que todo se identifica en la superación de lo dialéctico, porque allí no se alcanza el compromiso intelectual de la síntesis, sino que es el puro Amor lo que resplandece.

Y todo este acierto proviene, a mi ver, de la ininterrumpida fluencia oculta del reconocimiento inicial de la condición corpórea de su canto, que es de inmediato superada, porque, como lo dice la propia Clara Silva, aunque desde luego sin proponérselo con esta finalidad que señalo:

*la carne
roca de miel ya rota su clausura.*

Rezumando esa dulzura trascendente, el libro de Clara Silva —al rehuir las evidencias demasiado inmediatas con la “fidelidad secreta de un testigo”, como dice ella misma al referirse al espejo— rescata de la nada esta memoria de auténtica poesía.

E. G. L.

JORGE M. FURT: *Libro de compañía (Toda la obra, I)* (Francisco Colombo, Buenos Aires, 1948). —

El primero que me habló de Furt fué Eduardo Jorge Bosco. Recuerdo cómo andaba con el *Libro de prosa*, con la *Antología gauchesca*, cómo nos hizo leer, a Salas y a mí, obligándome casi, el *Echeverría*. Ahora tengo en las manos su *Libro de compañía*, lindo título para tan lindo libro.

Empiezo a propósito con tanto nombre amigo para hablar de una obra donde hay tantos otros que también son míos, en admiración y hasta en trato: Francisco Capello, Güiraldes, Ricardo Viñes, Arturo Farinelli, Don Eleuterio Tiscornia, Morera, Borges, Molinari con su *Panegírico*, y el primero, el del autor mismo. Y las otras presencias que también forman compañía: su infancia en el campo que ahora también es nuestra; y los altos nombres que ruedan en este libro de recuerdo y de recreación: Leopardi, Chenier, Don Juan de Pineda, Guérin y Echeverría, la catedral de Chartres; D'Annunzio y las iglesias italianas, porque Furt es quizás el único escritor nuestro que siente el fuerte peso de Italia, directa o indirectamente, en nuestra cultura latina. Italianos también —d'annunzianos casi— sus adjetivos enfilados seguidos en serie continuos sin ninguna coma que nos prevenga. También d'annunziana, esa epifa-

nía de la llama que se dice para la vida. Italianas, y ya nuestras. Tan nuestras como esos "potreros tan grandes que olvidan alambrados".

Lindo libro, con tantas cosas buenas, y a veces con tantas que en otros serían defectos (defecto es "falta de") y que en Furt son Furt. Es que a Furt —y es altísima alabanza— no puede medírsele con gramáticas: escribe más allá de toda superstición palabrera, y puede permitirse (sin osadía, sí con tranquilidad auténtica) sus conjugaciones insólitas y la sonante riqueza de ciertas palabras castellanas que ya nadie se atreve a escribir.

A pesar de grandes diferencias —hasta con él mismo, a veces—, de admiraciones no compartidas, de principios inconciliables (admiraciones y principios casi excluidores en cualquier otro caso) Furt se me impone, a mí que no lo conozco, como se le impondría a cualquiera. Es una presencia, en nuestra literatura, porque empieza por ser. No es el suyo un "libro desnombrado que quizás no leerá nadie". En sus páginas resplandece, como el oro apagado de las buenas vírgenes y los santos criollos que en él se nombran, ese sol bajo y último de la tarde sobre el campo mojado, ese sol de después de la lluvia —yo también lo he visto y lo he querido para mí—, ese sol que brilla al principio y al fin de su *Libro de compañía* con un relumbre que se extiende sobre "toda la obra".

DANIEL DEVOTO

Música

"LA ZAPATERA PRODIGIOSA", DE JUAN JOSÉ CASTRO

(No una crítica; apenas una impresión fugaz. Escuchar una ópera el día de su estreno es estar solicitado por mil detalles, y no se puede atender a todo. Una de las fallas más serias del hombre, en su estado actual, es la limitación de la conciencia a un corto número de estímulos; mientras esa falla no se subsane o se supere, la ópera, como espectáculo múltiple y total, no pasará de un anhelo.)

Ante todo, una impresión de agrado sumo, de pleno goce. Desde la primera nota, el espectáculo se apodera del espectador, se lo incorpora; y cuando cae el telón y el oyente se restituye a su mundo, vuelve en sí, se pregunta azorado qué es lo que podrá decir acerca de él. Tratando de analizar esta impresión, vemos que proviene de la armonía lograda entre los diversos elementos de la ópera. Todo colabora y se

ajusta al fin propuesto, manteniendo un raro equilibrio, una perfecta cohesión interna. Por rarísima casualidad, tratándose de un género como éste, nadie ha querido prevalecer sobre el prójimo, sobresalir a costa de los otros. La música no violenta el texto, ni éste ahoga aquélla: ni ópera de "bel canto", ni mera recitación lírica. La palabra del poeta subsiste intacta —salvo algunos detalles accesorios— y gracias a la música intensa y respetuosa a la vez cobra una nueva perspectiva; las menores intenciones, todo lo que hay de gracia, de ironía, de malignidad o de gracejo, aparece destacado, puesto en relieve sin que su perfil se altere en lo más mínimo.

Quizás el milagro de esta colaboración, de este equilibrio de fuerzas se deba al amor, a la simpatía con que todos han emprendido la tarea. Amor por la obra del poeta, que ha movido al músico, al escenógrafo, a la "régisseuse", a los intérpretes. Este sentimiento primordial, este piadoso respeto, ha traído todo lo demás. Los ha inducido a una labor ímproba, paciente, inacabable, para que todo resultara bien. Y todo resultó como se había deseado. Hubo armonía y coherencia perfectas; un funcionamiento ajustado de los mil resortes de la pieza. ¡Cuánto trabajo para lograrlo!

Juan José Castro ha aprovechado las posibilidades teatrales de la comedia; ha intercalado en la ópera coplas y romances que el mismo García Lorca acostumbraba a incluir en las representaciones de su *Zapatera*; y con singular acierto ha interpolado dos escenas imaginarias, escenificación de los sueños de los protagonistas. Toda vez que el texto se prestaba a concertantes y "tuttis", los ha compaginado con gran habilidad.

Quizá la habilidad no sea un factor estéticamente ponderable pero, ¡con qué inteligencia, con qué maestría se ha logrado dar a la ópera su tono apropiado! Nada desentona, nada está fuera de lugar; no hay detalle que no tenga su justificación. La música siempre fresca, ágil, no olvida en los momentos más dramáticos de insinuarnos, con un toque ligeramente humorístico, que no nos acongojemos demasiado, que todo acabará bien. Hay una ironía sutil en la presentación de los personajes, en los giros de la voz, en la elección de los timbres, en las combinaciones de los grupos instrumentales que da a la ópera un ritmo, una marcha desenvuelta y variada. La voz se pliega con facilidad a la letra, y la línea melódica, de graciosa curva, no perturba la cabal comprensión de las palabras. Todo ello sobre un fondo instrumental límpido en su trama y siempre delicado en sus efectos tonales.

¿Españolismo? Sí, pero no mucho. Difícilmente un músico español hubiera escrito una partitura semejante. El ambiente está apenas sugerido, aquí y allá, con ligerísimos toques que sitúan el medio sin caer en los recursos fáciles del "color local". Salvo cuando se escuchan coplas o romances tradicionales, la música no es de carácter específicamente hispano, y al no incurrir en los lugares comunes del es-

pañolismo internacional, nos da una impresión mucho más castiza y honda que la de éste.

¿Cómo proceder a un reparto equitativo de premios entre todos los participantes de esta bella labor? El músico —Juan José Castro— ha escrito la más hermosa y más lograda de sus partituras; y entre todos los que lo han secundado, ¿cómo pasar por alto a la exquisita zapatera —Irina Gromova— tan “prodigiosa” al natural como en la escena; a los demás intérpretes, movidos por un entusiasmo subyugante; a la mano maestra con que Margarita Xirgu manejó ese mundillo pueblerino; a la decoración de Horacio Butler, con sus jugosos colores, exquisitamente armonizados y sus trajes tan en ambiente; al impecable desempeño de coristas y bailarinas? ¿Cómo no estar agradecidos a los hermanos uruguayos por la acogida y el apoyo prestados a la realización de una obra que no hubiera podido darse en su país de origen?

LEOPOLDO HURTADO

Documentos

LOS ASESINOS ESTÁN CON NOSOTROS

J. A., mi compañero de viejos tiempos, fué puesto en libertad en junio de este año, después de ocho meses de detención en un departamento policiaco de ultramar, “con la pierna izquierda seca” —así me llega ahora la noticia— por aplicación de “un soplete de acetileno”. Murió a los quince días. Las páginas que siguen, de argumentación voluntariamente simplificada, están escritas bajo el acicate inmediato de ese hecho. Con pasión deliberada.

Cuando en 1933 el nacionalsocialismo se hizo con el poder en Alemania, quedaron destruídos para amplios espacios europeos los diques que venían preservando la dignidad humana. Una inmensa ola de terror político rompió sobre ellos, anegándolos. Desde entonces millones de hombres y mujeres han muerto ante los piquetes de ejecución y en las cámaras letales de los campos de exterminio; han conocido la prisión durante

años, y en ella el hambre, la desesperación, el miedo y la tortura, los mil caminos que conducen al aniquilamiento físico y moral.

La oleada no ha remitido, como en el entusiasmo de la lucha se creyó, a terminar la guerra "por la libertad del mundo". En el ámbito occidental siguen vigentes muchos sistemas de poder que utilizan el terror como medio normal de dominación política. El tiro en la nuca y los trabajos forzados hasta la muerte han pasado a ser procedimientos habituales de gobierno para los grupos que disponen del aparato estatal. Sobre la población que les está sometida se hace sentir perpetuamente la amenaza de la eliminación física por razón de estado; todo el mundo, también los adheridos a la facción dominante, vive en constante inseguridad, constante miedo.

Éstos son los hechos. Deberíamos excusarnos de traerlos a colación una vez más, puesto que tenemos de ellos noticias abundantes. Por las mañanas nos las sirven los diarios, negro sobre blanco, a la hora del desayuno, aunque apenas les echamos una mirada. A todos nos asiste una extraordinaria facilidad para asimilar los nuevos hechos que en tan precipitada sucesión se están produciendo en este mundo en crisis, y el terrorismo estatal en países pertenecientes a nuestra civilización lleva ya quince años de vigencia. Durante ellos —no hay más remedio que admitirlo— ha perdido virtualidad hasta para inquietarnos. Mientras permanecemos fuera de su alcance, claro está.

Desde luego, no siempre ha sido así. Cuando los hechos bestiales comenzaron, nos negamos incluso a admitir que se estuvieran produciendo. En una patética *Exhortación*, Koestler ha dejado constancia del obsesionante sentimiento de impotencia que se apoderó de quienes, testigos o víctimas del terror naciente, se esforzaban por hacer comprender en vano lo que habían presenciado o sufrido. Todavía en 1942, mientras se asesinaba a los judíos en Polonia por millones y se fusilaba a centenares de rehenes en Francia, en los Estados Unidos, aún neutrales, una encuesta pública arrojaba un noventa por ciento de escépticos sobre aquellas *atrocidades*.

Pero la resistencia a creer ha dado paso a la naturalidad con que lo admitimos hoy. El terror político ha tomado carta de naturaleza en nosotros. Por la simple presión de su pertinacia se nos ha ido imponiendo tácitamente en la conciencia y en forma subrepticia ha minado nuestra capacidad de reacción. Sus manifestaciones, ahora más graves puesto que son endémicas, no nos producen ni el horror ni la alarma que provocó la revelación en el primer momento. Incluso quienes, viviendo fuera de los territorios afectados, conocen sin embargo lo que hay de indignidad y sufrimiento tras el telegrama de la agencia noticiosa, necesitan un acicate adicional, más inmediato, para quedar despojados de esta inercia.

Mientras tanto, lo que leemos en los diarios sólo son *noticias*. Y éstas, frecuente-

mente, no son más que manifestaciones de la aceptación tácita del terror que se está produciendo en nuestro mundo. Por ejemplo: después de 1944 los diarios franceses vinieron llenos con las descripciones de lo sucedido en Dachau, Oradour y Buchenwald. Más tarde los contradictores fueron saliendo del mutismo en que los sumió la victoria aliada. Replicaron. No, naturalmente, para negar que aquello hubiera sucedido, sino para hacer constar que *también* se había torturado en el *Institut Dentaire* (el retruécano sobre el nombre de esta cámara de suplicio es demasiado fácil, omitirlo, *please*) y otros lugares. A lo cual contestaron los primeros, llenos de virtuosa indignación, que los tormentos que se aplicaron por la buena causa no podían compararse con los que infligían las gentes de Doriot. La sencilla enormidad del hecho, el ingenuo horror ante la tortura y muerte dadas por razón política, estuvo por lo general ausente de las discusiones. No faltaron en cambio en la polémica amenazas sobre la suerte que habrían de seguir los contradictores si de nuevo se daba vuelta a la tortilla. Como se ve, también los escritores se sentían *durs*, y se contaba entre ellos buen número de comanditarios de verdugos.

Pero el fenómeno llega más lejos. El patronazgo del terror no se limita a la actitud feroz de ciertos vencedores, al afán de desquite de sus víctimas y a la indiferencia de espectadores lejanos que no se esfuerzan en saber de qué se trata. También abarca a los vencidos. En las cárceles de Franco, esperando el momento de ser ejecutados —solían mediar de seis meses a dos años entre la sentencia de muerte y la pared— la frase espontánea, centenares de veces repetida, era: "Mala suerte, hemos perdido", en aceptación, como de cosa natural, que a la derrota siga el fusilamiento. No de otra forma debían aguardar la mutilación y el degüello los prisioneros de los asirios. Mientras, los vencedores proclaman como magnanimidad cualquier limitación que impongan a su facultad de exterminio. Y, de hecho, eso sucede cuando desaparece de las conciencias el último vestigio del valor autónomo de la existencia humana.

De ello estamos ahora más cerca que nunca, en muchos siglos. Y se trata del único escalón que nos eleva sobre la barbarie. Los últimos años han demostrado hasta la saciedad que cuando falta, la bestialidad nos cubre sin omitir a nadie. Ni el grado de civilización, ni la pertenencia a una determinada raza, son talismanes que milagrosamente impidan la regresión a la barbarie cuando nos decidimos a ir hacia ella o nos dejamos ir conducidos por aquellos a quienes hemos abandonado la facultad de decidir por nosotros.

La atribución de la bestialidad a estados culturales retrasados o a determinados grupos étnicos fué el primer expediente al que apelamos, antes de que se produjera su reinado ecuménico, para tranquilizar nuestras aprensiones. La actitud ante los sucesos

de la revolución soviética fué encogerse mentalmente de hombros. Bastó por lo general la afirmación de que Rusia se encuentra fuera de las fronteras culturales de Occidente, atribuir al alma eslava ingénitos depósitos de crueldad y echar aquellos horrores a su cuenta. Pero después han seguido los alemanes y los *quislings* —y los no *quislings*— de todas las razas y colores. La explicación que se basaba en este racismo al revés no es evidentemente satisfactoria. En cuanto a la cultura... Los españoles recuerdan todavía el gesto con que los acogían sus vecinos galos cuando al terminar la lucha cruzaron la frontera. Las atrocidades de la guerra civil les habían precedido y la mayoría de los franceses expresaban sin disimulo su opinión: ¿qué otra cosa se puede esperar de estos toreros? Dos años más tarde Oradour y el Instituto Dental entraban en encarnizada competencia.

Hemos de encarar la realidad. El Mal no es un accidente, un simple desorden del ánimo, transitorio y propenso a la extinción. Su vigor es tan grande como el del Bien y toda la vida moral consiste en la lucha que tan parejamente traban. El hombre no es bueno por naturaleza; en todas las colectividades hay multitud de verdugos disponibles. Es ceguera, obstinada y condenable ceguera, atribuir las bestialidades del terror a una minoría de anormales sádicos. Son una manifestación de la vida colectiva en la que participa, al menos en su origen, hasta que se profesionaliza, la población en masa. Cuenta en su iniciación con el aplauso de quienes apoyan el régimen político que impere (por lo general, son en ese momento mayoría) pero también con la colaboración activa de millares de individuos. No se trata sólo de las falanges de todo género de sicarios, sino de aficionados, de multitud de torturadores y verdugos espontáneos que no forman en los cuerpos oficiales de represión y a cargo de los cuales corren las ejecuciones privadas, los *paseos*. Atribuirles la condición de anormales, según la piadosa teoría que tanto predicamento tuvo durante los últimos cincuenta años, es ensanchar el concepto más allá de lo que la ciencia admite. Por lo demás, sería sólo un cambio de palabras decir que el hombre es propenso a este género de anormalidades en vez de decir que tiene fácil inclinación al crimen. La mayoría de los ejecutores *no son* enfermos. En estos tiempos la convivencia con asesinos ha dejado de ser una experiencia excepcional. Si no se os ha presentado la ocasión, preguntad a otro. Os dirá seguramente que Hans, Pierre o Paco— que formó en los cuerpos especiales de las S. S., torturó *maquisards* o dió paseos en las afueras de las poblaciones españolas, es un *uomo qualunque*— y si llegó a conocerlo sin prevención, sin saber de antemano su condición de asesino, “buena persona”. En cuanto a la colaboración pasiva, a la masa que alienta y alimenta esos hechos, basta recordar que las muchedumbres asistiendo a las ejecucio-

nes capitales es un espectáculo permanente en la historia, que sólo sufrió eclipse a finales del siglo pasado, pero que vuelve a resurgir en nuestros días.

Hay que aceptar por fuerza que el hombre no es por naturaleza compasivo o que puede con facilidad dejar de serlo. La compasión, el sentir con, vicariamente, los dolores que pueda sufrir el semejante, es un sentimiento en extremo frágil. Requiere sentir próximo al otro, implica una gran generosidad, ya que consiste en ponerse en su lugar precisamente cuando está sufriendo. Y lo cierto es que el prójimo se nos extraña fácilmente. Un *status* social al que no pertenezcamos basta, por ejemplo, para que lo sintamos diferente. El daño que les pueda sobrevenir, que aun siendo ellos diferentes pueda afectarles de la misma manera que a nosotros, restablece sin duda la proximidad, y la compasión encuentra abierto cauce. Pero cuando al otro lado no lo sentimos intercambiable con nosotros —y hoy estamos empeñados en que el adversario político no lo es— el sentimiento compasivo queda obturado en la misma fuente. No es necesaria entonces la existencia de una gran pasión asoladora para que el aniquilamiento del adversario se produzca. En los últimos tiempos se ha matado abundantemente por histrionismo puro. La proyección histórica se hace sentir hoy en todos cuantos intervienen en las convulsiones sociales, por iletrados que sean, y muchos ejecutores se han llevado a su hombre por delante sólo porque en las revoluciones que le estaban sirviendo de modelo se había eliminado al enemigo. Fouquier-Tienville, salvando a la República, ha llenado la imaginación de los fiscales de los tribunales especiales, así como su imaginación estaba llena con la virtud de los romanos viejos.

Pero ya se encarga la demagogia de suscitar sentimientos más activos. El judío para el antisemita, el jesuíta para el anticlerical, el burgués para el comunista, el comunista para el burgués, al cabo de decenios de incesante propaganda han perdido perfil humano. No es ya el semejante, ni siquiera el extraño, el que está frente a la mira del revólver, sino un enemigo de carácter demoníaco puesto que su acción, poderosa y oscura, ha traído todos los males de los que el mundo sufre. Y se mata. Se mata fácilmente, auxiliada la tarea por la impunidad y el caer de otros cuerpos en millares de ejecuciones simultáneas.

El título de un film alemán que se proyecta ahora en Buenos Aires, *Los asesinos están entre nosotros*, ha sugerido el que encabeza estas páginas. En la película se muestra a un padre de familia, capitán durante la guerra y dueño de un taller en Berlín después, que tiene en su haber una razzia de medio centenar de niños y mujeres. Los últimos metros de la cinta los llenan las grandes voces de *Unschuldung!*, *Unschuldung!* —¡inocente!, ¡inocente!— que profiere este siniestro personaje. Y en realidad nadie le contradice. El director del film que vivió entre nazis, conoce la

materia. Sabe indudablemente que la gran mayoría de los asesinos no se distingue hoy sino en cuestión de grado de quien no ha asesinado todavía. El asesino está *con* nosotros, lo llevamos dentro, presto a saltar cuando la acción concitada de todas las propaganda haya terminado de segar ese brote de compasión, de amor de mí en el prójimo —el semejante, el Hombre—, que la humanidad ha tardado en cultivar siglos. Si no reaccionamos contra sus efectos, acabará la obra. Los asesinos harán su camino en nosotros. Pero ¿no somos ya cómplices? En la película hay otro personaje. El joven médico que no puede olvidar. ¿La acción del otro, que ordenó la matanza? Seguramente, no. Su propia cobardía, su protesta vaga que fué ineficaz para impedir el crimen. Pues mientras permanecemos quietos, también somos culpables.

JORGE LUZURIAGA

Actualidad

LOS PENÚLTIMOS DÍAS

OCTUBRE 2.—Estos meses se han llevado la calefacción de las habitaciones. Cosa que les agradezco, pues no tolero el abotagamiento que pueden procurarme unas horas de calefacción. La calefacción, junto con la refrigeración, junto con todo lo que se llama *confort*, ¿no son, acaso, indicios de un plan para anular el mundo y separar al hombre del mundo? Hasta podría suponerse que las ideas y sentimientos que concibe un ser humano en un cuarto "calefaccionado" son (aunque no parezcan) inmorales. Pues no debemos confundir la calefacción con una mera defensa contra el frío, como el fuego de las chimeneas. La calefacción es un estado espiritual: la convicción de que el mundo es dominable y suprimible. El fuego está siempre al alcance del hombre, es un instrumento, mientras que aquélla es la idea del fuego, el fuego elevado a preocupación, convertido en algo abstracto que está en nosotros y nos enerva. El *confort* es la culminación de una actitud de temor y soberbia de la ciencia del hombre con respecto al mundo. Durante

cuatrocientos años hemos pensado, por temor, que el hombre podía y debía separarse del mundo, dominarlo, desentenderse de él. Y en cuatrocientos años hemos transformado ese temor en un sistema de altanería que se nos ha metido en la cabeza, en el sexo, en el corazón, que nos aleja de nuestra raíz y nos desnaturaliza. Pero el sentido profundo del *confort* está escrito en forma aún más explícita y terrible: en su carrera de análisis y dominio del mundo, la ciencia ha llegado a poner sus instrumentos sobre el espíritu del mundo —la fuerza del átomo— y esa fuerza la ha vencido. Se dice que las armas atómicas no han estallado, que el hombre las tiene en su mano. No se dice la verdad. Esa fuerza ha roto la mano del hombre. Psicológicamente, atemoriza, paraliza y suspende la vida. Concretamente, exige un poder mundial discrecional que anule las libertades individuales y nacionales para evitar el uso agresivo de esa fuerza. Y ha destrozado también la ciencia. Porque ésta nació como ejercicio de la libertad

sobre el mundo; mas por el sentido en que se ha venido practicando tal libertad, las avanzadas investigadoras de la ciencia deben renunciar a ser libres y permitir que el Estado las cerque con la fiscalización y el secreto. Se ha consumado una especie de reducción por el absurdo de la soberbia científica. Hemos llegado al dato primario del mundo, al misterio de su creación, y ese misterio supera nuestra ciencia. Hemos aprendido que el hombre debe hacerse congruente con el mundo, en vez de intentar conquistarlo y anularlo. Y acaso de ese modo la ciencia ha inaugurado ya una nueva etapa de su desarrollo.

OCTUBRE 4. — *El revés de la trama.* Si no estuviese tan excelentemente compuesta, hubiera sospechado que era obra de un sacerdote católico, por ejemplo del mismo padre Rank, personaje de la novela. Quizás Inglaterra, Europa, en su postración, necesiten aferrarse a una religiosidad tan voluntaria y a un valor tan formal como el catolicismo, pero el caso es que aquí, en Buenos Aires, el personaje de esta novela, la malla en que se enreda, la novela entera, parecen anacrónicos; un libro del siglo XIX que se publica en el siglo XX. Con ese Dios, y la comunión, la misericordia, la plegaria y la justicia, todo es, en verdad, demasiado fácil para Scobie... Pero ya nada es así, no hay cuestiones tan claras, no hay condenas ni salvaciones tan seguras. El drama empieza ahora en un plano más radical que el que se ha permitido utilizar Graham Greene; el problema es ahora la falta de sentido de todos los problemas. Esta novela puede conmover a un católico, pero si escuchamos las palabras de los predicadores dominicales y los argumentos de los católicos inteligentes comprendemos hasta qué punto el catolicismo se ha convertido en una técnica para escamotear la realidad y ha perdido su tradicional intuición del mal. En definitiva ¿existe verdaderamente Scobie? Desde el principio me llamó la atención la extremada preocupación realista, el amor por la factura del detalle, un amor que empobrece los momentos capitales del li-

bro, que no está a la altura de la trascendencia ideológica a que aspira y que contrasta con la brillantez habitual de Graham Greene. Después comprendí que Scobie no existe, no puede existir, y que ese apego a lo concreto era la única forma de hacerlo verosímil. Y, efectivamente, gracias al tratamiento maestro de los detalles en muchos momentos *vemos* a Scobie; pero siempre llega un punto en que el autor se levanta sobre los hechos; entonces el velo se descorre y comprendemos que Scobie no, no existe.

OCTUBRE 7. — La respuesta de J. L. Ríos Patrón (a la que ya he contestado indirectamente en un artículo que se tituló "Sobre la naturaleza del Verbo") me lleva a preguntarme por qué los argentinos, en general, no pueden retener sus sentimientos cuando se trata estrictamente de exponer ideas; por qué no pueden superar la irritación, la viciosa mortificación personal que oscurece las facultades mentales y cierra las vías a la objetividad. Conjeturo que ello se debe a que no vivimos; al no entregarnos a nada, cada cosa de la que hay que hablar se convierte en pretexto para hablar de nosotros mismos y liberar esa carga emocional que nos oprime. Estamos obsesionados por nosotros mismos; al enfrentarnos con lo diverso, en vez de intentar desentrañarlo, lo utilizamos como una ocasión más para repetirnos incansablemente. Por eso nuestra crítica consiste en la mecánica transcripción de argumentos aprendidos, recibidos, que se esgrimen adversa o favorablemente según la simpatía que inspira el autor, según nuestros sentimientos, y no según sus valores. Por eso el diálogo, imposible entre nosotros, se reduce al intercambio de cuatro o cinco frases convencionales que son la negación del diálogo (no nos interesa el fluir del logos; sólo nos atrae nuestra propia persona, el monólogo.) Por eso en las calles de Buenos Aires pululan hombres que van monologando en alta voz, mansos o furiosos, enceguecidos, enloquecidos por sí mismos.

OCTUBRE 11. — *La cabeza del cordero*. Supongo que a los argentinos nos repugna un poco la literatura española por su pesadez, su espesura, su inverosímil fe en la verdad de lo cotidiano; en fin, por lo poco penetrada de espíritu que está la materia que utiliza. Sólo en contados momentos han logrado las letras españolas superar esta forma del españolismo. No quiero ocultar que los relatos de Ayala reiteraron en mí, al principio, esa vaga retracción. Pero a poco andar se comprueba que esa excesiva y casi brutal materialidad asume en este caso las características de una virtud innegable. El autor ha logrado que la cruda realidad que integra el primer plano de sus narraciones sea vista de súbito asentada en un plano más profundo cuyos efluvios trasfiguran el sentido de lo cotidiano y lo hacen tambalear dramáticamente. El "mensaje" que agita a tantos seres, y que ha llegado a conmover incluso al sordo protagonista del primer relato, parece al cabo no existir; el drama de la familia de la víctima, en "El Tajo", es tan limitado que no justifica y hace ridícula la tortura enorme que padeció el victimario; el enemigo de "El regreso", que ordena casi todos los pasos del viajero, no existe ya: mandaba estando muerto; y en la última narración, la inocente cabeza de un cordero sacude en una noche de enfermedad la falsa paz de ese hombre que está en acuerdo pecaminoso con el mundo. La realidad es conducida por fantasmas: tal es la sensación última que procura el libro. Las penas, los odios, las preocupaciones, las ideas están ahí, con su fuerte sabor concreto, con su violencia, como patrones de todo, y de pronto un hecho mínimo, una torcedura sin importancia nos hacen ver lo irreales, lo ineficaces que son; nos hacen preguntarnos qué sentido tienen por fin los actos que componen nuestra existencia. La realidad en bruto está en estos relatos para asegurarnos que no se trata de cuentos, pero la versión que de ella se da nos lleva a sospechar que la realidad íntegra es un cuento. Por alcanzar a transmitir una visión tal en la forma en que lo logra —aunque tuviera que objetar mis deseos de

una mayor evidencia en las pruebas de lo ilógico— me resulta este libro de primordial importancia en la historia presente de las letras españolas. Naturalmente, para ello es menester pasar por alto los propósitos enunciados en el prólogo, y la cuestión de la guerra española —que queda como un mero pretexto—, y atenerse a esas cuestiones más trascendentales que son las que el libro, por fortuna, estimula en nosotros. Aunque, si bien se piensa, la guerra española ha de haber desempeñado un gran papel en la gestación de esta obra. No es extraño que este libro —libro de inapreciable valor entre nosotros, que, con nuestra falta de sentido de la realidad, nos estamos muriendo de literatura fantástica— haya sido escrito en América. Y digo tal cosa pues supongo que el exilio debe haber influido fuertemente en el logro de esa tamización de lo hispano, en esa vuelta de un español contra el españolismo; y el exilio del autor, como el de tantos españoles, lo promovió aquella catástrofe.

OCTUBRE 13. — Dos versiones de España. El libro de Ayala me hace recordar dos exposiciones de pintores españoles que hace algunas semanas estaban abiertas al público a treinta pasos una de otra. García Lema era un fiel índice de la situación actual de España. Aferrándose con obstinación al pasado (que en su caso era un remedo del Greco), queriendo repetir ese pasado y dando una versión torpe, menesterosa de él, los oleos de García Lema pintaban una España postrada en la repetición, en lo vejatorio que para el presente y el pasado es toda repetición. García Lema, con su beatería ofensiva para el Greco, era un sueño de Franco, la forma cabal que debe tener el sueño de Franco para el arte de la España que gobierna. A pocos metros, en la misma calle, estaban los cuadros de Gines Parra, también español, pero de la España que ha tenido que desparramarse por el mundo. Nunca había visto nada tan vivo, tan próximo a esa mezcla de brutalidad e irrealdad que es la vida. Las figuras de Parra, y especialmente los paisajes, tenían una existencia de

hecho, audaz, irreprimible. Y así estaban pintados: había que acercarse a diez centímetros de las telas y observar la seguridad asombrosa, la falta de arrepentimientos con que se había movido el pincel. Practicando esa operación de mirar muy de cerca los cuadros y apreciarlos después en su conjunto me he preguntado qué magia especial tenía Parra para arrancar con una materia tan sólida, tan empastada, efectos tan sutiles. Quizás resultara explicativo invocar la facultad del espíritu español para dar la médula de lo viviente. Parra sería así un representante de ese espíritu, aguzado por el tiempo, el destierro y la época, capaz de hundirse sin temor en lo más concreto y entregar también lo más inmaterial: la esencia de las cosas.

OCTUBRE 15.—En esa capacidad para dar la esencia de las cosas, se ve la decisión fundamental del arte moderno. El credo esteticista fué superado a fuerza de profundizar en él. Su ideal absoluto era un tecnicismo destinado a alcanzar la máxima expresividad. Pero en ese mismo ideal de la expresividad estaba ya superado el esteticismo, junto con sus ideas sobre la autonomía del arte y de la belleza como objetivo final. Porque la agudización del problema de la expresividad empuja al artista a poner en tela de juicio la verdad de los objetos que tiene que expresar, a preocuparse por esa verdad. Con ello se entra en plena metafísica práctica, y el arte (gracias a la ampliación del concepto racional de verdad promovida por el irracionalismo) se ha convertido en una ardorosa gnoseología. Belleza, moral, formas, psicología, colores, anécdotas, todo, todo queda subordinado a ese ejercicio de metafísica concreta que es el arte de hoy. Una similar ordenación del arte hacia valores heterogéneos y trascendentes fué lo que guió a Sófocles, a Rembrandt, a Cervantes, a Rodin, a Shakespeare, a Bach, a Kafka.

OCTUBRE 17.—“Pero usted ¿con quién está? —me pregunta hoy X.— Directa o indirectamente ha atacado o criticado a todos los

partidos políticos. Entonces ¿qué defiende usted?” Le respondo que defiende una posibilidad del país, la que considero mejor. Sospecho —agrego— que esa posibilidad es verdaderamente buena porque, aunque suponga la transformación de todas las fuerzas con que cuenta el país, no reclama la supresión de ninguna. Mi interlocutor arguye que mi situación es cómoda, pues censuro todos los intentos de realizar concretamente esa posibilidad y me recluyo en la estéril posibilidad pura. Le insinúo que también es cómoda su actitud de poder tener fe en una facción. Intento hacerle ver la diferencia existente entre el que censura todas las formas en que lo posible se hace real, negándoles derecho a la vida, y mi crítica, que no cree poder prescindir de ninguna de ellas. Pero X. insiste en su acusación de comodidad. Señalo entonces que si los hombres se hubieran limitado siempre a lo existente estaríamos aún en la edad de piedra, y digo que únicamente lo posible es real, que lo realizado está ya muerto y no es más real, y que gracias a la crítica, que desde lo posible señala lo muerto y lo vivo, pueden las formas existentes hallar sus verdaderas vías, pervivir. A X. le repugna el plano al que se ha ido la conversación, y quiere que sea yo más concreto. Le digo entonces que él cuenta con la paz de tener fe en un partido, mientras que yo me siento vedada esa adhesión absoluta a una facción, y debo satisfacerme con otro tipo de fe más alejada. Si esta fe es un error, su creencia en un partido es otro tipo de error, y cada uno tiene derecho a escoger su particular manera de equivocarse. Agrego también que su prejuicio es típicamente argentino. Hay dos errores que son normas: el de que las clases ilustradas se rehúsen a encarar en forma seria y específica los problemas políticos, y el consiguiente de que quede a cargo sólo de los políticos el análisis de la política en un plano de aparente ilustración. Eso ha hecho que toda investigación de la realidad del país resulte viciada por intereses de facción, y que cada uno esté tan habituado a ello que no tolere otra cosa. Concluyo postulando que la

labor del que quiere interpretar a una comunidad no puede consistir en un compromiso de facción, pues la misma implica por sí un compromiso con toda la comunidad. Pero mi interlocutor, sonriente, repite su acusación de comodidad, y afirma que siembro la confusión. Yo abandono la defensa. Después de todo ¿por qué X. ha de estar de acuerdo conmigo? Su misión es la de ver tan sólo una cara de la verdad, y la de luchar con fuerza por ella contra los que ven exclusivamente la otra cara.

OCTUBRE 25. — Z. se ha marchado al extranjero. Es joven (no tiene aún treinta años), y escribe, piensa escribir. Ha justificado su partida con razones de orden material. Pero no se ha ido por ninguna de esas razones, aunque sean aparentemente ciertas. Se ha ido *partim verecundiae, partim dolore*. Por la indignancia espiritual en que este país se halla sumido, y por el dolor que le causa no entenderlo, tener que rechazarlo y sentirse rechazado por él. Se ha ido porque el punto de vista que le inculcaba el país era un *no*, y sobre esa negativa parece imposible afianzarse. Pero ¿sobre qué punto de vista se afianzará, aprenderá, vivirá ahora en el país a donde ha podido desterrarse? (Pues no se ha ido por exceso de energías, lo que hubiera sido excelente, sino por falta de ellas.) Se encontrará ante dos alternativas: la de convertirse en un mero campo de batalla de todos los puntos de vista que halle a su paso, o la de adoptar el punto de vista de su nuevo paradero. Ambos destinos son igualmente frustratorios. El hombre es un punto de vista y no un indiferente vagar entre infinitos puntos de vista, y ese punto de vista

primario se adopta inevitablemente a la sombra de la *casa* natal. Todo intento de sustituir el punto de vista originario por otro o por otros sólo conduce a aumentar la inseguridad, la vacuidad del hombre. Por eso al encontrarme a Z. pocos días antes de que se marchara, al verlo sorprendentemente alegre, liberado, me pareció un enfermo delirante que se dejaba arrastrar por los peores consejos de la fiebre.

OCTUBRE 27. — Pienso que me hizo particular impresión el caso de Z. porque no hace muchos años también yo me golpeaba la cabeza contra los muros de esta *casa*, muros de humillación, de aniquilamiento. Me daba contra ellos para huir, porque el punto de vista que me inculcaban era también un *no*, un *no* para mí, un *no* para el mundo, un *no* para todo. La suerte, con recursos de infortunio, quiso que no hallara la puerta de escape. Y entonces, poco a poco, fué surgiendo en mí esta persuasión: No hay que irse. El *no* que los muros enseñan y que nos lastima, porque nuestra existencia es un *sí* y queremos decir *sí*, hay que volverlo piadosamente contra esos muros. Es preciso castigar sin descanso a esta *casa* enferma y altanera, es preciso humillarla para que nos abra su más fértil mirador. Y esa tarea hay que proseguirla aunque puedan lastimársenos las manos, aunque el cerebro —que es el que presume que el punto de vista puede encontrarse fuera de esta *casa*— tenga que hacer enormes renunciaciones para descubrir las zonas en que los golpes serán más eficaces.

H. A. M.

PARA H. A. MURENA EN CUALQUIERA DE SUS DÍAS

He leído —¿cómo no iba a leer?— sus últimas notas de SUR. Me divierte —lo digo amistosamente— el encontrarlo detrás de las líneas apretadas, en una actitud pensante y sombría, manejando la vara de la justicia, y otorgando su plácemes o sus censuras a pin-

tores, concertistas, actores, y cuanto hay en presencia o en acción en este Buenos Aires de sainete.

Hace algunas entregas (SUR, Nº 177) le ha tocado el turno —¿y por qué no?— a los socialistas. Y desde mi claro mirador de la

calle Viamonte —donde hasta ahora he luchado estoicamente contra la asfixia de los números— he vuelto a recordarlo tal como lo conozco, con su presencia fantasmal que sorprende de repente después de su paso silencioso y discreto entre pilas de la mejor revista de Buenos Aires, que esperan turno de distribución.

Y me he dicho: —¿Existirá Murena? ¿No será un espíritu bienamado de los dioses que llega hasta nosotros con mensajes de hechicería? Releo sus trabajos, y, realmente, lo vuelvo a encontrar. Si la dirección de SUR suele ser generosa con sus colaboradores, no lo es al publicar las notas de este muchacho que escribe bien y pretende pensar. ¿De dónde se me ocurre a mí el dudar de su existencia y el vincularlo a las esferas de la divinidad? Sé que, por razones de oficio, vive cerca del éter. (Y no busque metáfora ningún malintencionado.) ¿Será por eso que siempre habla desde arriba? Pero —me digo— si a veces lo he hallado invocando la Gracia, en algún trabajo suyo, ¿estará inves-

tido realmente de los caracteres que nos distinguen como simples seres humanos en este socorrido valle de miseria?

No, sin duda. En Murena hay otra cosa. Para permitirse orillar el bien y el mal — ¡ay! tan relativos— y emprenderla con los escrúpulos excesivos de los buenos socialistas, tan ingenuos y severos en la prédica de un mundo más justo, y tan solos en su inhumana abstinencia de todos los alcoholes, para permitirse todo eso, pienso, debe poseer el secreto de las grandes soluciones. Los de todos los bandos se hacen las preguntas últimas sobre cómo retomar en el país la línea de su destino, que cada uno ve desde su ventana. Los que no tienen ventana para mirar o manos para hacer, miran desde las torres. Desde arriba. Y yo, amigo Murena, mirando humildemente hacia su torre le pregunto con la unción de la plegaria: ¿Qué hace usted para cambiar las cosas? ¿Qué haremos nosotros para mejorarlas?

Lo saludo cordialmente.

NELLY SAGLIO

CALENDARIO

LOS VEINTICINCO AÑOS DE "MARTÍN FIERRO". — El periódico *Martín Fierro* y el grupo "martinfierrista" son una de las tradiciones mejor establecidas de nuestra literatura. Tanto se habló de ese periódico y de su influencia, que poco a poco la leyenda fué superponiéndose a la realidad y se llegó al extremo de no poder precisar dónde comenzaba la una y dónde terminaba la otra.

Ahora, con motivo de cumplirse el cuarto de siglo de la aparición de *Martín Fierro*, se ha intentado una valoración crítica. En las reuniones que al efecto organizó la Sociedad Argentina de Escritores, estuvo presente la "vieja guardia" martinfierrista: Bullrich, Córdova Iturburu, González Tuñón, Norah Lange, Prebisch entre otros. Todos coincidieron en afirmar que *Martín Fierro* marcó una etapa

capital en nuestras letras (Julio Payró señaló también su influjo en nuestra plástica) y que, desde su aparición, en la Argentina se ha escrito de otro modo, con más vigor, con más sinceridad, con más ahinco. *Martín Fierro*, se dijo, despertó en nuestro medio la pasión literaria; dió una generación cargada de sentido, y no es dudoso que los hombres de esa generación fueran en conjunto lo mejor que en cualquier momento determinado tuvieron nuestras letras.

Hubo, por cierto, disidencias. En el debate que organizó la SADE, Barletta y Larra renovaron la vieja polémica, exaltando a Boedo —Yunque, Castelnuevo, Arlt— contra Florida —el grupo "martinfierrista"— desde el punto de vista del arte social. Volvieron a aparecer viejas expresiones que creíamos que ya

pertenecían a nuestra historia literaria; pudimos ver cómo continuaba viviendo aquello que habitualmente nos llegaba sólo a través del recuerdo. Más radical, más tajante, fué la disidencia de Borges, para quien *Martín Fierro* no tuvo ninguna importancia, y que en realidad casi no existió, pues no hubo ninguna verdad en lo que se dijo acerca de un grupo "martinfierrista". Esta opinión, publicada en *Nueva Gaceta*, podrá parecer excesiva; es corriente manifestar prevención ante los juicios de Borges, a quien se declara arbitrario. Pero la gravitación que ya en aquellos años tenía el futuro autor de *El Aleph* hace que sus opiniones deban ser tenidas muy en cuenta cuando se habla de la vida literaria del veintitantos. Borges vió y vivió aquel mundo y aquel momento, como actor principal muchas veces, y como espectador próximo otras.

Podrían expresarse muchos otros juicios sobre *Martín Fierro* y los "martinfierristas"; la verdad es que los emitidos fueron muy pocos de variedad, salvo la inesperada afirmación borgiana. Los "martinfierristas" se elogiaron a sí mismos y defendieron su obra; hubo entre ellos muy pocas diferencias de apreciación. Queda entonces sólo la posición antagónica de los defensores del viejo grupo de Boedo, posición previsible y que, por otra parte, apenas ratifica y renueva una antigua querrela.

Quizá no estarían de más dos o tres sugerencias irrespetuosas, acordes con el espíritu que privó en *Martín Fierro*, como siempre privó en toda revista literaria hecha por gente joven. Podría, por ejemplo, insinuarse que *Martín Fierro* existió para mostrar prácticamente al país qué cosa era una generación literaria, fenómeno hasta entonces sólo conocido aquí por los manuales de literatura. Podría también sostenerse que *Martín Fierro* fué el producto de alguna habilísima conspiración urdida por dos o tres hombres maduros, o viejos, muy talentosos (Lugones entre ellos; quizá Lugones solo), con el propósito de mostrar a esos muchachos, cuando festejaran las bodas de plata del periódico, que también ellos crearían que el tiempo se detuvo con ellos y que

con entera buena fe habrían de seguir creyéndose revolucionarios del arte a la vez que aceptaban celebraciones académicas. Por último, podría aducirse que el grupo "martinfierrista", a la sombra de su periódico, organizó un golpe de Estado contra nuestras letras, desalojando a los mayores e instalándose sus miembros en los puestos de comando y en las redacciones periodísticas, donde continúan hasta ahora. Esta hipótesis daría un carácter más sudamericano a la empresa.

ARTAUD. — *Cahiers de la Pléiade* trae en su número de primavera el relato de dos visitas a Antonin Artaud en sus últimos días. Jacques Brenner da sólo detalles triviales, externos, pero a través de la crónica de Claude Nerguy se siente latir una presencia extraña y terrible. Artaud se queja de los médicos, que le habían dejado salir hacía poco de "sus asilos de locos", con la espalda perforada a martillazos. Se levanta luego, toma un martillo y comienza a golpear sobre un bloque de madera. "De esta manera —dice— ritmo mis poemas. Eso les da más fuerza, más poder, más "vuelo". Mientras golpea, ruge un poema del que apenas se entiende la primera palabra: "Caín..."

Cesan los golpes. Artaud entrega a Nerguy un cuaderno con dibujos y poemas. Dibujar también "le da más fuerza". Vuelve a ritmar con el martillo, luego regresa y con voz dulcemente admonitoria dice a su interlocutor: "Está mirando los dibujos al revés". Le saca el cuaderno, lo examina y se lo devuelve, colocado en el mismo sentido que antes. Explica uno de los dibujos: "Un hombre, y la cadena que lo mata viniendo del infinito". Otro dibujo: "Esto es una máquina volante que atravesó los espacios interplanetarios. Está detenida, estropeada, rota..." Artaud extiende el brazo y con un dedo toca el pecho de Nerguy; en la otra mano tiene un dibujo. Mira fijamente a Nerguy; éste tiene la impresión de "ser atravesado por ondas". Y algo de eso hay, porque Artaud invita a su visitante para el lunes a la

noche, a la audición de su "emisión". Naturalmente, el lunes Artaud estaba muerto.

Antes de despedirse, había escrito esta dedicatoria en el libro que le presentaba su visitante: "A Claude Nerguy, a condición de que esté solo, porque soy enemigo de la sexualidad".

HAZLITT V. WORDSWORTH. — Aun cuando Hazlitt nunca estuvo en muy buenas relaciones con Wordsworth, lo toleraba porque era, al igual que él, un admirador de la revolución francesa; admiración que Hazlitt hacía extensiva a Napoleón, destronador de reyes. Pero cuando Wordsworth se decidió a hacerse perdonar su pasado político escribiendo el soneto "Noviembre de 1813" en celebración de la victoria de Leipzig, Hazlitt le cobró verdadero odio, y en los años siguientes no dejó, en cuanta oportunidad tuvo, de atacar a Wordsworth y a su poesía. Justamente, a veces; injustamente, la mayoría de las veces. Nada parecía inadecuado para tal propósito; ni la mención del cargo oficial que ahora desempeñaba Wordsworth, ni alusiones a su vida pasada, ni evidentes inexactitudes, ni apasionadas diatribas. Los detalles de esta guerra —y de la reacción de Wordsworth, que por cierto no demuestra elevación moral— están bien expuestos en "William Hazlitt: Bonapartist Critic of 'The Excursion'", artículo de B. Bernard Cohen aparecido en el número de junio de *Modern Language Quarterly*.

Hazlitt escribe en *The Examiner*, bajo el título: "Apóstatas Modernos", que Wordsworth era el mismo que en 1800 pedía que "se ahorcara a toda la Cámara de los Comunes por hacer eco a los discursos del rey sobre la continuación de la guerra con Francia", pero que ahora tenía en la mano un soneto celebrando la "fortaleza real" por haber terminado con éxito esa guerra, quince años después". En otro artículo ("Abogados y Poetas Modernos") afirma que Wordsworth "odía toda ciencia y todo arte... odia la prosa, odia toda la poesía salvo la propia... está contento de que Bonaparte haya sido confinado en Santa Elena, y de que

el Louvre haya sido dispersado... para librarse de la idea de que existe algo más grande que sí mismo". El tono general es de gran dureza; Wordsworth reaccionó ante los ataques recordando que Hazlitt había sido expulsado de la región de los lagos por su conducta "inmoral" con una mujer joven. Wordsworth, residente entonces en esa región, afirmaba haberlo salvado de manos de los pobladores enfurecidos.

EN LA ACADEMIA SE CONCLUYE. — *In my end is my beginning*, concluye *East Coker*. Si en Gran Bretaña hubiera academias, habría podido decir Eliot: *In my end is the academy*. Es el fin inevitable —o casi— de los hombres de letras; y de las revistas literarias. La Academia, especie de preceñimiento, aguarda a todos; hasta al *Mercure de France*. Próximo a cumplir sesenta años, ha realizado una lógica trayectoria y ahora se nutre de académicos. Los tres primeros artículos de su entrega de septiembre pertenecen a miembros de *l'Académie Française*. Y hay un cuarto artículo, de Henri Queffélec, sobre viajes en Portugal, que merecería haber sido escrito por el más anciano y esclerificado de los académicos.

A eso ha venido a parar la revista cuyos redactores, en otro tiempo, no despreciaban el escándalo. Baste recordar lo que refiere Thibaudet: cómo en 1896 la redacción en pleno del *Mercure* asaltaba los ómnibus y trepaba a la imperial cantando a voz en cuello la famosa *Chanson du décervelage* de Jarry.

BORGES EN INGLÉS. — El número de septiembre de 1949 de *Partisan Review* trae una traducción del cuento de Borges (aparecido originariamente en SUR) *Emma Zunz*. Puede discutirse la elección, sobre todo tratándose de la primera muestra que da *Partisan Review* de la obra de Borges, ya que el cuento, aun cuando muy bien ejecutado, no representa el espíritu esencial de esa obra. Una cosa no admite discusión, y es el error cometido al clasificar a Borges como novelista en la noticia que sobre él se da.

SIMPLICIDAD DE GÓNGORA. — Un señor que se oculta bajo las iniciales P. G. comenta, en el número de julio de *Europe*, las *Poesías* del marqués de Santillana, que, con una introducción de Jean Cassou, ha editado el Instituto de estudios occitanos de Toulouse. "La gracia simple y espontánea" de la poesía del marqués, que pone de realce Cassou, es para P. G. un fenómeno general de la poesía española, y lo anotado es exacto para "otros genios españoles, de Góngora a Lorca".

Por supuesto, las *Soledades* deben tener un lugar de honor en esa poesía de "gracia simple y espontánea".

UNA CARTA DE VALÉRY SOBRE RIMBAUD. — No hace mucho *Combat* publicó el texto de una carta dirigida por Valéry, el 25 de febrero de 1943, a Jean-Marie Carré, con motivo de la nueva edición de su *Vie de Rimbaud*.

Dice:

"Su libro da del caso Rimbaud una idea muy diferente de la que está de moda y que me parece fantástica. La literatura poética está invadida hoy por un espíritu de misticismo, y aun de iluminismo, que hace tomar muy fácilmente por revelaciones los efectos de una cierta "retórica". Hace algo más de cincuenta años, cuando sufrí el impacto de las *Illuminations*, traté de explicarme el sistema, consciente o no, que suponen los pasajes más virulentos de esos poemas. Recuerdo haber resumido mis observaciones —y, en suma, mis defensas— en estos términos: Rimbaud inventó o descubrió el poder de la "incoherencia armónica".

"Legando a ese punto extremo, paroxístico, de la irritación voluntaria de la función del lenguaje, sólo podía hacer lo que hizo: huir."

ALFREDO J. WEISS

A LOS LECTORES DE PIOVENE

Por falta de espacio no hemos podido publicar en este número "Historia de un monje español", de Guido Piovene. Este relato forma parte de *La Gaceta Negra*, que viene apareciendo en SUR desde el número 176. Lo publicaremos en la entrega de diciembre.

ÍNDICE

	PÁG.
<i>Vicente Fatone: La ley del día y la pasión por la noche</i> . . .	7
<i>Miguel Angel Asturias: Machojón</i>	16
<i>H. A. Murena: La quimera. La alegría.</i>	37
<i>Eduardo Lozano: Elegía</i>	39
<i>Mario Albano: Palabras</i>	41
<i>François de Veynes y Leon Regis: La escuela de los pobres (II)</i>	43
CRÓNICAS	
<i>Henri Peyre: La juventud de hoy en el mundo</i>	66
<i>Attilio Dabini: Breve biografía de Elio Vittorini</i>	72
NOTAS	
LIBROS:	
<i>Eduardo González Lanuza: Eduardo Lozano: "Argumento del hombre"</i>	82
<i>Clara Silva: "Memoria de la nada"</i>	87
<i>Daniel Devoto: Jorge M. Furt: "Libro de compañía"</i> . .	90
DOCUMENTOS:	
<i>Jorge Luzuriaga: Los asesinos están con nosotros</i>	93
MÚSICA:	
<i>Leopoldo Hurtado: "La zapatera prodigiosa", de Juan José Castro</i>	91
ACTUALIDAD:	
<i>H. A. M.: Los penúltimos días</i>	98
<i>Nelly Saglio: A H. A. Murena en cualquiera de sus días</i> .	102
<i>Alfredo J. Weiss: Calendario</i>	103

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos o traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia. No se devuelven las colaboraciones enviadas espontáneamente ni se sostiene correspondencia sobre ellas.

*Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689
Registro Nacional de la Propiedad intelectual Nº 311.959
Título de marca Nº 229.356*

ESTE NÚMERO CIENTO OCHENTA Y UNO DE
"SUR" SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA
VEINTIUNO DE NOVIEMBRE DE MIL
NOVECIENTOS CUARENTA Y NUE-
VE, ARTES GRÁFICAS BARTOLOMÉ
U. CHIESINO, AMEGHINO 838,